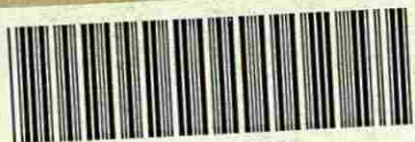


CIÓ

大正
九年

PQ2511
P28
v.2



1020026923



UANL

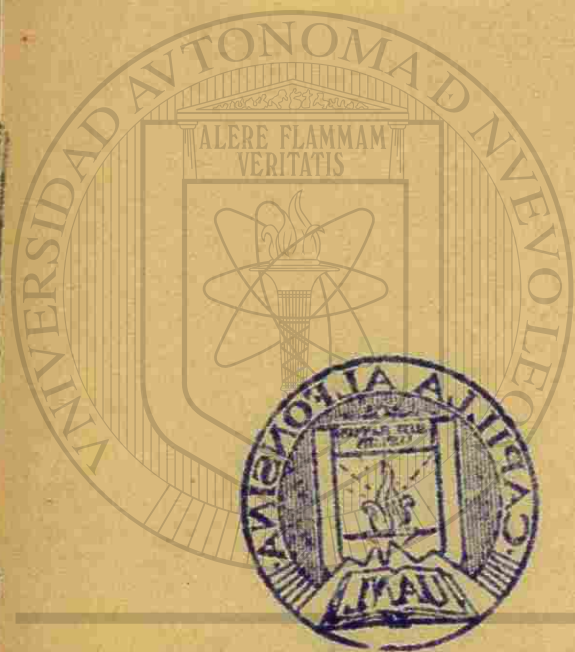


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



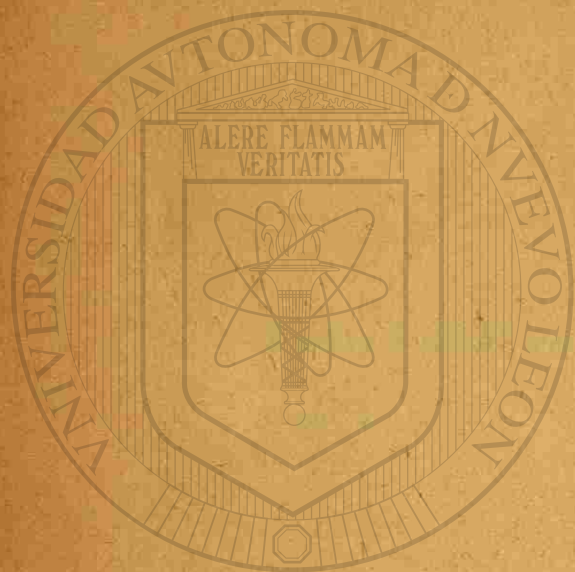
UNA PÁGINA DE AMOR

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EMILIO ZOLA

UNA
PÁGINA DE AMOR

NOVELA

Traducida por

EMILIO M.^a MARTINEZ

Tomo II

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

GASSÓ HERMANOS, Editores

VALENCIA, 263

BARCELONA

101220

30863

843
Z.

P2511
P28
v. 2



CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE

Imp. Cassó Hermanos — Barcelona

UNA PÁGINA DE AMOR

IV

En agosto, el jardín del doctor Deberle era un verdadero pozo de follaje. Contra la verja, las lilas y los ébanos de los Alpes mezclaban sus ramas, en tanto que las plantas trepadoras, las yedras, las madreselvas, las clemátidas, lanzaban por todas partes brotes sin fin, que se deslizaban, se anudaban, caían como lluvia y llegaban hasta los olmos del fondo, después de haber corrido á lo largo de las paredes; y allí se hubiera dicho que era aquello una tienda colgada de un árbol á otro, pues los olmos se erguían como los pilares poderosos y compactos de un salón de verdura. Aquel jardín era tan pequeño, que el menor lienzo de sombra lo cubría.

En el centro, el sol de mediodía formaba una sola mancha amarilla, que dibujaba el redondel del arriate de césped, flanqueado por los dos macizos de flores. Contra la escalinata, veíase un gran rosal,

en el que enormes rosas de the se abrían á centenares. Por la tarde, cuando caía el calor, su perfume se tornaba penetrante, y un olor cálido de rosas se dejaba sentir pesadamente bajo los olmos. Y no había nada más encantador que aquel rincón perdido, tan embalsamado, en el que los vecinos no podían ver nada, y que despertaba un ensueño de selva virgen, en tanto que algunos orgánulos tocaban polkas en la calle Vinense.

—Señora,—decía diariamente Rosalía.—¿Por qué no baja al jardín la señorita? Estaría divinamente bien bajo los árboles.

La cocina de Rosalía había sido invadida por las ramas de uno de los olmos. La criada arrancaba sus hojas con la mano, y vivía impregnada de la alegría de aquel colosal ramillete, en el fondo del cual no podía distinguir nada. Pero Elena respondía:

—No está bastante fuerte aun... La frescura de la sombra le hará daño.

No obstante, Rosalía se obstinaba en ello. Cuando creía que se le había ocurrido una idea buena, no la abandonaba tan fácilmente. La señora andaba equivocada al creer que la sombra hacía daño. Sería más bien que la señora temiera molestar á la gente; pero se equivocaba, porque la señorita no incomodaría de fijo á nadie, ya que en el jardín no había ningún bicho viviente; el señor no se presentaba nunca allí, y la señora tenía que estarse en los baños de mar hasta mediados de septiembre; esto era tan cierto, que la portera había pedido á Ceferino que diera un rastrillazo por allí, y que, hacía ya dos domingos, Ceferino y ella pasaban en el

jardín toda la tarde. ¡Oh! Era bonito, incomparablemente bonito.

Elena seguía negándose. Juana parecía sentir fortísimo deseo de bajar al jardín, del cual había hablado con gran frecuencia durante su enfermedad, pero un sentimiento singular, una turbación que le hacía bajar los ojos, le impedía el insistir con su madre. Por fin, al domingo siguiente, la criada se presentó, desalentada, y diciendo:

—¡Oh, señora! No hay nadie, se lo juro á usted. No estamos más que yo y Ceferino, que está rastrillando. Déjela usted venir. No puede usted imaginarse qué bien se está. Venga usted un poco, un poco nada más, para verlo.

Y se mostraba la muchacha tan convencida, que Elena cedió. Arrojó á Juana con un chal y dijo á Rosalía que tomara una gruesa colcha. La niña, entusiasmada, con un entusiasmo mudo que sólo sus brillantes ojos testimoniaban, quiso bajar la escalera sin que la ayudasen, para demostrar sus fuerzas. Por detrás de ella su madre adelantaba los brazos, dispuesta á sostenerla. Ya abajo, cuando pusieron los pies en el jardín, las dos exhalaban un grito. No lo reconocían. Tan poco se parecía aquel paraje impenetrable al rinconcito limpio y casero que habían visto en primavera.

—¡Cuando yo se lo decía á ustedes!—repetía Rosalía triunfante.

Los macizos se habían ensanchado, cambiando las avenidas en estrechos senderos, y dibujando todo un laberinto en que las faldas se prendían al paso. Hubiérase creído aquello el hundimiento lejano de

un bosque, bajo la bóveda de los follajes que dejaban caer una luz verde, de una dulzura y un misterio encantadores. Elena buscaba el olmo al pie del cual se había sentado en abril.

—Pero, no quiero yo,—dijo,—que Juana se quede aquí. La sombra es demasiado fresca.

—Espere usted, pues,—repuso la sirvienta.—Va usted á ver.

En tres pasos se atravesaba el bosque. Y allá, en medio del hueco de verdura, sobre el arriate de césped, se hallaba el sol, un ancho rayo de oro que caía, tibio y silencioso, como en el raso de un bosque. Al levantar la cabeza, no se veían más que ramas, que destacaban sobre el manto azul del cielo, con una ligereza de tules. Las rosas de the del gran rosal, algo marchitas por el calor, dormían sobre sus tallos. En las cestas de flores, margaritas rojas y blancas, de tono viejo, dibujaban esquinas de viejos tapices.

—Van ustedes á ver,—repetía Rosalía.—Déjenme ustedes á mí. Yo voy á arreglarlo, yo.

Acababa de plegar y de colocar la colcha en el borde de una avenida, en el lugar en que terminaba la sombra. Después hizo sentar á Juana, con los hombros cubiertos con su chal, diciéndole que extendiera las piernecitas. De aquel modo, la niña tenía la cabeza á la sombra y los pies al sol.

—¿Estás bien, vida mía?—preguntó Elena.

—Sí, sí,—respondió la niña.—Ya ves, no tengo frío. Parece que estoy al lado de una estufa. ¡Oh! ¡qué bien se respira, qué á gusto se está aquí!

Entonces Elena, que contemplaba con aire de in-

quietud los cerrados postigos del hotel, dijo que iba á subir á su casa un instante. Y dirigió toda clase de recomendaciones á Rosalía. Ella vigilaría bien al sol, no dejaría á Juana allí más de media hora, y no separaría la vista de ella.

—No tengas miedo, mamá,—exclamó la pequeña, que se reía.—Por aquí no pasa ningún coche.

Cuando estuvo sola, cogió puñados de arena, á su lado, jugando á dejarlos caer como una lluvia de una mano á la otra. Entre tanto, Ceferino rastrellaba. Cuando había visto á la señora y á la señorita, se había apresurado á ponerse la guerrera, que estaba colgada de una rama; y por respeto había suspendido el rastrellar.

Durante toda la enfermedad de Juana, se había presentado en la casa cada domingo, según su costumbre; pero se colaba hasta la cocina con tantas precauciones, que Elena no hubiera llegado ni siquiera á sospechar su presencia si Rosalía, cada vez, no hubiera preguntado de su parte por la salud de la señorita, añadiendo que Ceferino compartía la pena que afligía á toda la casa.

¡Oh! Se estaba haciendo ya á los modales desenvueltos, como decía la muchacha; se le iba yendo en París el pelo de la dehesa más que deprisa. De modo que, apoyado en el rastrillo, dirigía á Juana un movimiento de cabeza de simpatía. Cuando le vió la niña, le mostró una sonrisa.

—He estado muy malita,—dijo.

—Ya lo sé, señorita,—respondió el soldadito llevándose la mano al corazón.

Después, quiso hallar una frase gentil, un broma que alegrara la situación; y añadió:

—La salud de usted ha entrado en caja, eso es. Ahora va usted á reventar de gorda.

Juana había vuelto á coger un puñado de piedrecillas. Entonces Ceferino, contento de sí mismo, y riendo con risa silenciosa que le hendía la boca de oreja á oreja, recommenzó el rastrillado con toda la fuerza de sus brazos. El rastrillo, sobre la arena, producía un ruido singular y estridente. Al cabo de algunos minutos, Rosalía, que veía á la niña abstraída en su juego, feliz y tranquilísima, se alejó de ella paso á paso, como atraída por el ruido del rastrillo. Ceferino se hallaba al otro lado del arriate, á pleno sol.

—Sudas como un buey,—le dijo entre dientes.—Quítate la chaqueta. La señorita no se ofenderá por eso.

Quitóse Ceferino la guerrera y la colgó de una rama. Su pantalón rojo, sujeto con una correa á la cintura, le subía hasta muy alto, al paso que su camisa de gruesa tela, sostenida en el pescuezo por un cuello de crin, estaba tan tiesa, que se abombaba redondeando más aun al soldadete. Remangóse haciéndose el tonto, sin más objeto que el mostrar una vez más á Rosalía dos inflamados corazones que se había hecho tatuar en el regimiento, con esta divisa: *Para siempre.*

—¿Has ido á misa esta mañana?—preguntó Rosalía, que le hacía sufrir todos los domingos un interrogatorio por el estilo.

—A misa... á misa...—respondió él riéndose con sorna.

Sus dos orejas rojas se separaban de la cabeza pelada muy al rape, y toda su personilla redonda adoptaba aspecto profundamente socarrón.

—Sin duda que he ido á misa,—acabó por decir.

—¡Mientes!—repuso con toda violencia Rosalía.—Ya veo que mientes, porque se te mueve la nariz... ¡Ah, Ceferino! Tú te pierdes... No tienes ni siquiera religión... No te fies...

Por toda respuesta, el soldado, con ademán galante, quiso cogerla por la cintura. Pero ella se mostró escandalizada y exclamó:

—Te vuelvo á hacer poner la chaqueta si no te portas bien... ¡No te da vergüenza! Ahí tienes á la señorita que te está mirando...

Entonces Ceferino se puso á rastrillar con toda su alma. Juana, en efecto, acababa de levantar los ojos. El juego la fatigaba un poco; después de las piedrecillas había recogido hojas y arrancado hierba, pero invadía una especie de pereza, y jugaba con más gusto á no hacer nada, á mirar al sol que llegaba hasta ella despacito, despacito. Hacía un momento, sólo las piernas hasta las rodillas, se sumergían en aquel cálido baño de rayos; ahora los tenía ya hasta la cintura, y el calor seguía subiendo, y Juana lo sentía crecer en ella como una caricia, con cosquilleos agradabilísimos. Lo que, sobre todo, la divertía, eran las manchas redondas, de un hermoso color amarillo de oro, que bailoteaban en su chal. Hubiérase dicho que eran animalitos. Y echaba la cabeza hacia atrás, para ver

si le subirían hasta el rostro. Entretanto, había unguido de sol sus dos manitas. ¡Qué delgadas parecían! ¡Qué transparentes se le habían quedado! El sol pasaba al través de ellas, y sin embargo también de aquel modo le parecían bonitas, con su color rosado de concha, frías y alargadas, parecidas á las manitas infantiles de un niño Jesús. Después el aire libre, aquellos grandes árboles que alrededor tenía, aquel calor la habían aturdido un tanto. Creía dormir, y no obstante, oía y veía. Aquello era muy bueno, muy dulce.

—Señorita, si se echara usted un poco hacia atrás...—dijo Rosalía que había vuelto á colocarse á su lado.—El sol la calienta á usted demasiado.

Peró Juana, con un ademán, se negó á moverse. Se encontraba muy bien. Ahora no se preocupaba ya más por la criada y por el soldadito, cediendo á una de esas curiosidades que sienten los niños por las cosas que se les ocultan. Con toda picardía bajó los ojos, queriendo hacerles creer que no les miraba; y por entre las largas pestañas les espiaba, en tanto que parecía por completo distraída.

Rosalía permaneció á su lado por espacio de unos minutos más. Pero se sentía sin fuerzas contra el ruido del rastrillo. De nuevo se juntó con Ceferino, paso á paso, como á pesar suyo. Regañábasele por sus nuevos modales; pero en el fondo, sentíase sobrecogida por ellos, entusiasmada, llena de admiración sorda. El soldadete, en sus largos paseos con sus camaradas, por el Jardín de Plantas y por la plaza del Château d'Eau, en donde tenía el cuartel, adquiría las gracias floridas del tronera

parisiense. Aprendía su retórica, sus floreos galantes, sus retorcimientos de estilo, tan aduladores para las damas. A veces, quedábase Rosalía sofocada de placer, oyendo frases que él la llevaba con cierto balanceo de hombros, y en las cuales, palabras que no comprendía ni por asomo, la hacían ponerse encendidísima de orgullo. El uniforme no le estorbaba ya; estiraba los brazos hasta desconyuntárselos, con aire de calavera; sobre todo, tenía un modo de llevar el chacó caído sobre la nuca, que descubría su rostro redondo, con la nariz hacia adelante, en tanto que el chacó acompañaba blandamente el redondeo de su cuerpo. Además, se emancipaba, *bebía gotas*, cogía por la cintura *al sexo*. De seguro que ya sabía muchísimo más que ella entonces, con su manera de reirse por debajo de la nariz y de hablar con medias palabras. París le desbastaba con exceso. Y deslumbrada y furiosa á un tiempo, Rosalía se plantaba delante de él, vacilando entre los dos deseos de echarle las uñas, ó de dejar que le dijese majaderías.

Entretanto Ceferino, sin dejar de rastrillar, había dado la vuelta á la avenida. Hallábase detrás de un gran bonetero, lanzando á Rosalía ojeadas oblicuas, mientras parecía atraerla hacia sí con los golpecitos de su rastrillo. Cuando la muchacha se halló cerca de él, la pellizcó con fuerza en la cadera.

—No grites, que así es como te quiero,—dijo entre dientes y tartajeando.—Y además toma esto.

Y la besaba á lo que saliera, en la oreja. Después, como Rosalía á su vez, le pellizcase hasta

hacerle sangre, Ceferino le soltó otro beso, aquella vez en la nariz. La muchacha estaba de color de escarlata, muy contenta en el fondo, pero exasperada por no poder arrearle un bofetón, por causa de la señorita.

—Me he pinchado,—dijo volviendo al lado de Juana, para explicarle el ligero grito que había soltado.

Pero la niña había visto la escena, al través de las delgadas ramas del bonetero. El pantalón rojo y la camisa del soldado formaban una viva mancha en la verdura. Juana levantó lentamente la vista hacia Rosalía, y la contempló un instante, en tanto que la chica enrojecía cada vez más, con los labios húmedos y los cabellos en desorden. Después, bajó Juana de nuevo los párpados, tomó un puñado de piedrecillas y no se sintió con fuerzas para jugar; permaneció con las dos manos sobre la tierra cálida, soñolienta, en medio de la gran vibración del sol. Una ola de salud subía en su interior y la ahogaba. Los árboles le parecían gigantes y poderosos, y las rosas la anegaban en su aroma. Pensaba en cosas vagas, sorprendida y arrebatada.

—¿En qué piensa usted, señorita?—le preguntó inquieta Rosalía.

—No lo sé... en nada...—respondió Juana.—¡Ah! Sí, ya sé... Mira, querría vivir hasta muy vieja...

Y no pudo explicar estas palabras. Era una idea que se le ocurría, decía ella. Pero por la noche, después de comer, como continuase pensativa y su madre le interrogara, hizo de repente esta pregunta:

—Mamá, ¿se casan los primos y las primas?

—Claro que sí,—dijo Elena.—¿Por qué me preguntas eso?

—Por nada... Por saber...

Por otra parte, Elena estaba ya acostumbrada á las preguntas extraordinarias de la niña. Juana se halló tan bien por la hora que había pasado en el jardín, que bajó á él todos los días de sol. Las repugnancias de Elena desaparecieron poco á poco; el hotel permanecía cerrado, y Enrique no se dejaba ver; la joven había acabado por permanecer allí y sentarse junto á Juana, en una esquina de la colcha. Pero al domingo siguiente, se sintió inquieta al ver por la mañana las ventanas abiertas.

—¡Diantre! Están oreando las habitaciones,—decía Rosalía para invitarla á bajar.—Cuando le digo á usted que no hay nadie...

Aquel día, el tiempo estaba aún más cálido. Una granizada de flechas de oro atravesaba los follajes. Juana, que comenzaba á fortalecerse, anduvo por espacio de diez minutos, apoyada en el brazo de su madre. Después, fatigada, fué á sentarse sobre la colcha, haciendo un sitio pequeño á Elena. Las dos se sonreían una á otra, divertidas al verse de aquel modo por el suelo. Ceferino, que había acabado de rastrillar, ayudaba á Rosalía á coger perejil, del que crecían algunas matas desperdigadas á lo largo de la pared del fondo.

De pronto se oyó gran ruido en el hotel; y cuando Elena estaba pensando en escaparse, madame Deberle apareció en la escalinata. Llegaba en traje de viaje, hablando alto, atrafagadísima. Pero cuando vió á madame Grandjean y á su hija sen-

tadas en el suelo, delante del arriate de césped, se abalanzó hacia ellas, y las colmó de caricias, aturdiéndolas con un chorro de palabras.

—¡Cómo! ¿Son ustedes?... ¡Oh! ¡Cuánto me alegro de verlas!... Dame un beso Juanita. ¿Has estado muy enferma, verdad, gatita mía? Pero estás mucho mejor... Tienes muy buenos colores... ¡Cuántas veces he pensado en usted, querida amiga! Le he escrito... ¿Ha recibido usted mis cartas? Han debido ustedes de pasar horas muy terribles... En fin, ya se ha concluído... ¿Quiere usted permitirme que le de un beso?

Elena se había puesto en pie. Tuvo que consentir que le depositaran dos besos en las mejillas y hubo de devolverlos. Aquellas caricias la helaban, y baluceaba:

—Nos perdonará usted que le hayamos invadido el jardín...

—¡Quite usted allá!—contestó impetuosamente Julieta.—¿No está usted aquí en su casa?

Las dejó solas un instante, y volvió á subir la escalinata, para gritar al través de las habitaciones abiertas de par en par:

—Pedro, no olvide usted nada... Hay diecisiete paquetes.

Pero volvió al punto al jardín y habló de su viaje.

—¡Oh! Una temporada hermosísima. Estábamos en Trouville, ya lo sabe usted. Tanta gente en la playa que no podíamos rebullirnos. Y la nata y flor... He tenido visitas... ¡oh! visitas... Papá estuvo allí á pasar quince días con Paulina... Pero de todos modos, se queda una muy satisfecha al vol-

ver á su casa... ¡Ah! No le he dicho á usted. Pero no; ya se lo contaré á usted más tarde.

Bajóse y besó á Juana de nuevo; después se puso seria y formuló esta pregunta:

—¿Me he puesto morena?

—No, yo no lo noto,—respondió Elena que la miraba.

Julieta conservaba sus ojos claros y lípidos, sus manos regordetas, su bonita cara amable. No envejecía; ni el aire del mar siquiera había podido hacer mella en la serenidad de su indiferencia. Parecía regresar de unas diligencias en París, de dar una vuelta por casa de sus proveedores, con el reflejo de los escaparates en toda su persona. Y sin embargo, rebosaba de cariño, y Elena estaba tanto más cortada cuanto que se sentía llena de malestar. En medio de al colcha, Juana no se movía; tan sólo alzaba su fina cabecita de niña que padece, y tenía las manos cruzadas y puestas al sol como si tuviese frío.

—Espere usted, no ha visto usted á Luciano,—exclamó Julieta.—Hay que verle. Está crecidísimo.

Y cuando llevaron al muchacho, á quien la doncella estaba limpiando del polvo del viaje, la madre le cogió y le hizo dar vueltas para exhibirlo. Luciano, grueso, mofletudo, moreno de tanto haber jugado sobre la playa, al viento de alta mar, reventaba de salud; mostrábase algo regañón porque acababan de lavarlo. Le habían secado mal, y tenía una mejilla húmeda todavía, y rosada por el frote de la toalla. Cuando vió á Juana se detuvo sorprendido. La niña le miraba con su pobre sem-

blante enflaquecido, de palidez de tela blanca, encuadrado en el chorrear negro de sus cabellos, cuyos bucles le caían sobre los hombros. Sus hermosos ojos ensanchados y tristes le llenaban toda la cara; y á pesar del calor fuerte, tenía un débil temblor, en tanto que sus friolentas manos se extendían aún como ante un gran fuego.

—Bueno, ¿no vas á darle un beso?—dijo Julieta.

Pero Luciano parecía tener miedo. Acabó por decidirse, con precaución, alargando los labios, para acercarse á la enferma lo menos posible. Después, retrocedió en seguida. Elena tenía gruesas lágrimas en el borde de los ojos. ¡Qué bien estaba aquel niño! ¡Y su Juana que estaba tan jadeante por haber dado una vuelta al arriate de césped! ¡Había madres muy felices! Julieta, de repente, comprendió su crueldad. Entonces se incomodó con Luciano.

—¡Bien, hombre, qué tonto eres! ¿Se dan besos de ese modo á las señoritas?... No tiene usted idea, querida amiga. En Trouville se me ha puesto imposible.

Se embrollaba. Felizmente para ellas se presentó el doctor. Julieta salió del paso con una exclamación:

—¡Ah! Ahí está Enrique.

El no las esperaba hasta la noche. Pero Julieta había tomado otro tren. Y explicó largamente por qué causa, sin conseguir hacerlo con claridad. El doctor escuchaba sonriendo.

—Por fin ya estáis aquí,—dijo.—Es todo lo que me falta.

Acababa de dirigir á Elena un saludo silencioso. Su mirada cayó por un instante sobre Juana; pero al punto, con cierta turbación, desvió la vista y volvió la cabeza. La niña había sostenido valientemente aquella mirada; y separando las manos, con instintivo ademán asió la falda de su madre y la atrajo hacia sí.

—¡Oh, mi valiente!—repetía el doctor, que había levantado á Luciano y le besaba en las mejillas. —Crece que es un encanto.

—¿Bueno, y á mí, se me olvida?—preguntó Julieta.

Adelantaba la cabeza. Entonces Enrique no dejó á Luciano, sino que teniéndole en brazos se inclinó para besar también á su esposa. Los tres se sonreían.

Elena, muy pálida, habló de subir á su casa. Pero Juana se negó á ello; quería ver, y sus miradas lentas se detenían en los Deberle, y después se convertían hacia su madre. Cuando Julieta había ofrecido los labios al beso de su marido, una llama se había encendido en los ojos de la niña.

—Pesas demasiado,—continuaba el doctor, dejando á Luciano en el suelo.—¿De manera que la temporada ha sido buena?... Ayer ví á Malignon, que me contó su estancia por aquellos barrios... ¿Conque le has dejado partir antes que vosotros?

—¡Oh! Está insoportable,—murmuró Julieta, que se puso seria, con cierta turbación en el rostro.— Nos ha hecho rabiar á cada momento.

—Tu padre esperaba para Paulina... ¿No se ha significado nuestro hombre?...

—¿Quién? ¿El, Malignon?—exclamó ella como sorprendida y ofendida.

Después hizo un gesto de enojo.

—¡Quita allá! ¡Un chiflado!... ¡Qué contenta estoy de estar en mi casa!

Y tuvo, sin transición aparente, una de aquellas efusiones que sorprendían, en su naturaleza de ave encantadora. Estrechóse contra su marido levantando la cabeza. El, indulgente y tierno, la tuvo un instante entre los brazos. Parecía haber olvidado que no estaban solos.

Juana no separaba la vista de ellos. La cólera le hacía temblar los decoloridos labios, y tenía el rostro de mujer celosa y mala. El dolor que sufría era tan vivo, que tuvo que desviar los ojos. Y en aquel momento vió, en el fondo del jardín, á Rosalía y á Ceferino que continuaban buscando perejil. Para no incomodar á nadie sin duda, se habían metido en el más espeso de los macizos, agachados uno y otro. Ceferino, socarronamente, había cogido un pie de Rosalía, y ésta, sin hablar, le daba puñetazos. Juana, entre dos ramas, veía la cara del soldadete, una luna bondadosa, muy colorada, y reventando de amorosa risa. Hubo un empujón, y el soldadillo y la criada rodaron por detrás del follaje. El sol caía á plomo, y los árboles dormían en el aire caliente, sin que una sola hoja se moviese. De debajo de los olmos llegaba un aroma, el aroma craso de la tierra no removida nunca por el azadón. Lentamente, las últimas rosas

de tie dejaban llover sus pétalos uno á uno sobre la escalinata. Entonces Juana, con el pecho henchido, dirigió la vista hacia su madre; y al verla inmóvil y muda ante lo que allí pasaba, tuvo para ella una mirada de suprema angustia, una de esas profundas miradas de niño que no se atreve uno á interrogar.

Entretanto, madame Deberle se había acercado, diciendo:

—Espero que nos veremos. Puesto que Juana se encuentra ya bien, es preciso que baje aquí todas las tardes.

Elena buscaba ya una excusa, pretextando que no quería fatigarla demasiado. Pero Juana intervino vivamente:

—No, no, el sol es tan bueno... Sí que bajaremos, señora. Usted me guardará este sitio, ¿verdad?

Y como el doctor se hubiera quedado atrás, la niña le sonrió.

—Doctor, diga usted á mamá que el aire no me hace daño.

Enrique se adelantó, y aquel hombre avezado al dolor humano sintió leve rubor en las mejillas porque la niña le había hablado con dulzura.

—Sin duda,—dijo á media voz.—El aire libre no puede sino adelantar la convalecencia.

—¡Ah! Ya ves, mamita; será preciso que vengamos,—dijo con adorable mirada de ternura, en tanto que las lágrimas se ahogaban en su garganta.

Pero Pedro había vuelto á aparecer en la escalinata; los diecisiete paquetes de la señora estaban ya dentro. Julieta, seguida de su marido y de Lu-

ciano, huyó, declarando que estaba tan sucia que metía miedo y que iba á tomar un baño. Cuando estuvieron solas madre é hija, Elena se arrodilló sobre la colcha, como para colocar mejor el chal alrededor del cuello de Juana. Después, en voz baja:

—¿Ya no estás incomodada con el doctor?

Hizo la niña una larga seña con la cabeza.

—No, mamá.

Hubo un silencio. Elena, con manos temblorosas y poco diestras, parecía no poder apretar el nudo del chal. Entonces Juana murmuró:

—¿Por qué quiere á otras?... Yo no quiero.

Y su mirada negra se puso dura, en tanto que sus extendidas manecitas acariciaban los hombros de su madre. Esta quiso contestar algo, pero tuvo miedo á las palabras que le subían á los labios.

Catá el sol; las dos subieron á su casa. Entre tanto, Ceferino había aparecido con un ramito de perejil que espurgaba, lanzando á Rosalía miradas asesinas. La criada, á distancia, se mostraba desconfiada al ver que no había ya nadie allí; y como él la pellizcase, en el momento en que ella se agachaba para doblar la colcha, le soltó un puñetazo en la espalda que hizo un ruido como de tonel vacío. El golpe llenó de satisfacción á Ceferino. Aun se estaba riendo por dentro cuando entró en la cocina, espurgando todavía el perejil.

A partir de aquel día, Juana puso todo su empeño en bajar al jardín en cuanto oía en él la voz de madame Deberle. Escuchaba ávidamente los chismorreos de Rosalía sobre el hotelito contiguo, preocupándose por la vida que en él se llevaba, y esca-

pándose á veces de la alcoba para ir por sí misma á acechar á la ventana de la cocina. Abajo, hundida en un pequeño sillón que del salón le hacía llevar Julieta, la niña parecía vigilar á la familia, mostrándose reservada con Luciano, impacientándose con sus preguntas y con sus juegos, sobre todo cuando el doctor estaba allí. Entonces se arrellenaba, como cansada, con los ojos abiertos y mirando. Eran para Elena un gran sufrimiento aquellas tardes. Y no obstante, volvía á pesar de las rebeliones de todo su sér. Cada vez que Enrique, á su regreso, depositaba un beso sobre los cabellos de Julieta, sentía la joven un vuelco en el corazón. Y en aquellos momentos, si, para ocultar su rostro trastornado, fingía dedicar su atención á Juana, hallaba á la niña más pálida que ella, con los ojos negros abiertos desmesuradamente, y la barbilla convulsa por la reprimida cólera. Juana soportaba sus tormentos. Los días en que su madre, con las fuerzas agotadas ya, agonizaba de amor al separar los ojos, Juana también se quedaba tan sombría y destrozada, que era preciso subirla á casa y acostarla. Ya no podía ver al doctor acercándose á su esposa sin cambiar el rostro, temblorosa, y persiguiéndole con el inflamado mirar de una amante traicionada.

—Toso por las mañanas, —le dijo un día.—Es preciso que vaya usted y me vea.

Cayeron lluvias. Juana quiso que el doctor volviera á empezar sus visitas. Sin embargo, estaba muchísimo mejor. Su madre, por contentarla, había tenido que aceptar dos ó tres invitaciones á comer en casa de los Deberle. La niña, con el corazón des-

garrado tanto tiempo por un obscuro combate, pareció calmarse cuando por fin su salud se hubo restablecido por completo. Repetía su pregunta:

—¿Eres dichosa, mamita?

—Sí, muy dichosa, ángel mío.

Entonces la niña irradiaba. Había que perdonarle sus antiguas maldades, decía. Hablaba de ellas como de un ataque independiente de su voluntad, de un dolor de cabeza que la hubiese asaltado de repente. Había algo que se henchía en ella, aunque no sabía qué era á punto fijo. Toda clase de ideas luchaban en su cerebro, ideas vagas, feos sueños que ni siquiera hubiera podido repetir. Pero ya había pasado; se curaba y aquéllo no volvería ya.

V

Caía la noche. Del pálido cielo en que brillaban las primeras estrellas, parecía llover una ceniza fina sobre la gran ciudad, á la que enterraba lentamente, sin darse punto de reposo. Grandes masas de sombra llenaban ya los huecos, en tanto que una línea como una ola de tinta, subía del fondo del horizonte, tragándose los restos del día, los vacilantes resplandores que se retiraban hacia Poniente. Ya no quedaban, por debajo de Passy, más que unos cuantos mantos de techumbres que se distinguieran todavía. Después la ola se desarrolló, y fueron las tinieblas.

—¡Qué cálida noche!—murmuró Elena, sentada delante de la ventana, llena de languidez por los tibios soplos que París le enviaba.

—Una hermosa noche para la gente pobre,—dijo el sacerdote, en pie detrás de ella.—El otoño será dulce.

Aquel martes Juana se había aletargado durante los postres, y su madre la había acostado, vién-

garrado tanto tiempo por un obscuro combate, pareció calmarse cuando por fin su salud se hubo restablecido por completo. Repetía su pregunta:

—¿Eres dichosa, mamita?

—Sí, muy dichosa, ángel mío.

Entonces la niña irradiaba. Había que perdonarle sus antiguas maldades, decía. Hablaba de ellas como de un ataque independiente de su voluntad, de un dolor de cabeza que la hubiese asaltado de repente. Había algo que se henchía en ella, aunque no sabía qué era á punto fijo. Toda clase de ideas luchaban en su cerebro, ideas vagas, feos sueños que ni siquiera hubiera podido repetir. Pero ya había pasado; se curaba y aquéllo no volvería ya.

V

Caía la noche. Del pálido cielo en que brillaban las primeras estrellas, parecía llover una ceniza fina sobre la gran ciudad, á la que enterraba lentamente, sin darse punto de reposo. Grandes masas de sombra llenaban ya los huecos, en tanto que una línea como una ola de tinta, subía del fondo del horizonte, tragándose los restos del día, los vacilantes resplandores que se retiraban hacia Poniente. Ya no quedaban, por debajo de Passy, más que unos cuantos mantos de techumbres que se distinguieran todavía. Después la ola se desarrolló, y fueron las tinieblas.

—¡Qué cálida noche!—murmuró Elena, sentada delante de la ventana, llena de languidez por los tibios soplos que París le enviaba.

—Una hermosa noche para la gente pobre,—dijo el sacerdote, en pie detrás de ella.—El otoño será dulce.

Aquel martes Juana se había aletargado durante los postres, y su madre la había acostado, vién-

dola algo cansada. Dormía Juana ya en su camita, en tanto que M. Rambaud, en el velador, se dedicaba con toda gravedad á recomponer un juguete, una muñeca mecánica que andaba y hablaba, regalada por él á la niña, y que ésta había roto; M. Rambaud se pintaba solo para aquella clase de trabajos. Elena, falta de aire, padeciendo aquellos últimos calores de septiembre, acababa de abrir la ventana de par en par, consolada por aquel mar de sombras, por aquella inmensidad negra que se extendía ante ella. Había acercado allí un sillón para aislarle, y quedó sorprendida al oír al sacerdote. Este continuó dulcemente:

—¿Ha tapado usted bien á la niña?... El aire es siempre vivo en estas alturas.

Pero Elena cedía á la necesidad de guardar silencio y no respondió. Gozaba del encanto del ocaso, del último desvanecer de las cosas, del amodorramiento de los ruidos. En la punta de las flechas y de las torres ardía un resplandor de mariposa; San Agustín se apagó primero, el Panteón conservó por un instante una claridad azulada, la cúpula de los Inválidos se puso como una luna en una creciente marea de nubes. Era el Océano, la noche, con su inmensa extensión en el fondo de las tinieblas, como un abismo de obscuridad en el que se adivinaba un mundo. Un hálito enorme y dulce llegaba de la ciudad invisible. En la prolongada voz que roncaba subían ruidos aun, debilitados y distintos, un brusco rodar de omnibus en el muelle, el silbido de un tren que atravesaba el puente del Point-du-jour, y el Sena, engrosado por las últi-

mas tempestades, pasaba muy ancho con la fuerte respiración de un sér viviente, alargándose allá abajo en un pliegue de sombras. Un olor cálido se exhalaba de los techos ardientes aún, en tanto que la ribera, en aquella exhalación lenta de los ardores del día ponía pequeños soplos de frescura. París, desaparecido, tenía el reposo soñador de un coloso que deja que la noche le envuelva y permanece así, inmóvil por un momento, con los ojos abiertos.

Nada enternecía más á Elena que aquel minuto de paro en la vida de la ciudad. En los tres meses que llevaba sin salir, clavada al lado del lecho de Juana, no había tenido otro compañero de vela, junto al lecho de la enferma, que aquel gran París que se extendía en el horizonte. En aquellos calores de julio y de agosto, las ventanas estaban casi continuamente abiertas, y Elena no podía atravesar la estancia, moverse, volver la cabeza, sin verle delante de ella desarrollando su eterno cuadro. Estaba allí, á todas horas, entrando por mitad en sus dolores y de sus esperanzas, como un amigo que se imponía. Ella seguía ignorándolo, y nunca había estado más lejos de él, más indiferente á sus calles y á su pueblo; París llenaba su soledad. Aquellos pocos pies cuadrados, aquella alcoba de sufrimiento cuya puerta cerraba Elena tan cuidadosamente, se abría de par en par á él por sus dos ventanas. Muy á menudo la joven había llorado contemplándole, cuando iba á echarse de pechos allí para ocultar sus lágrimas á la enferma; un día, el día en que la había creído perdida, había permanecido allí largo rato, sofocada, estrangulada, siguiendo con la

vista las humaredas de la Manutención que se escapaban. A menudo también, en las horas de esperanza, había confiado las alegrías de su corazón á las perdidas lejanías de los arrabales. No había un solo momento que no le recordara una emoción alegre ó triste. París vivía con su existencia. Pero nunca le quería más Elena que á la hora del ocaso, cuando la urbe, terminado el día, consentía en un cuarto de hora de apaciguamiento, de olvido y de meditación, esperando que el gas estuviera encendido.

—¡Cuántas estrellas!—murmuró el padre Jouve.
—Brillan á millares.

Acababa de tomar una silla y de sentarse al lado de Elena. Entonces la joven alzó los ojos contemplando el cielo de verano. Las constelaciones clavaban en él sus clavos de oro. Un planeta, casi al ras del horizonte, relucía como un carbunco, en tanto que un polvillo de estrellas casi invisibles enarenaba la bóveda con una arena salpicada de centellas. El Carro, lentamente, giraba, con la lanza al aire.

—Mire usted,—dijo Elena á su vez,—esa estrellita azul, en ese rincón del cielo. Cada noche la vuelvo á encontrar... Pero se va, retrocede todos los días.

Entonces el sacerdote no la estorbaba ya. Le sentía á su lado como un sosiego más. Cambiaron algunas palabras espaciadas por largos silencios. Por dos veces le preguntó Elena por los nombres de algunas estrellas; siempre la había atormentado la vista del cielo. Pero el padre vacilaba, no sabía.

—¿Ve usted,—preguntaba la joven,—esa hermosa estrella que tiene destellos tan puros?

—¿A la izquierda, verdad?—decía él.—Al lado de otra menos grande, verdosa... Hay demasiadas; he olvidado...

Calláronse, con los ojos levantados aún, deslumbrados y sobrecogidos por ligero escalofrío ante aquel hormiguero creciente de astros. Tras los millares de estrellas, otros millares de estrellas aparecían, sin tregua, en la profundidad infinita del cielo. Era un florecimiento continuo, una atizada brasa de mundos ardiendo con el tranquilo fuego de las pedrerías. Ya blanqueaba la vía láctea, des- envolviendo sus átomos de sol tan innumerables y tan lejanos que no son, para la redondez del firmamento, más que una banda de luz.

—Me da miedo eso,—dijo Elena en voz muy baja.

E inclinó la cabeza para no ver más, y bajó las miradas hacia el bostezante vacío en que parecía haberse hundido París. Allí, ni una luz todavía, la noche completa extendida por igual; una ceguedad de tinieblas. La voz alta y prolongada había tomado una dulzura más tierna.

—¿Llora usted?—preguntó el sacerdote, que acababa de oír un sollozo.

—Sí,—respondió sencillamente Elena.

No se veían. Elena lloraba largamente, con murmurio de todo su sér. Entre tanto, Juana detrás de ellos, ponía la calma inocente de su sueño, y M. Rambaud, absorto, inclinaba la canosa cabeza encima de la muñeca, cuyos miembros había des-

montado. Pero el buen señor, á ratos, dejaba escapar secos ruidos de resortes que se distendían, balbuceos de niño que sus gruesos dedos sacaban lo más dulcemente posible del descompuesto mecanismo. Y cuando la muñeca había hablado demasiado fuerte, M. Rambaud se detenía, inquieto é incomodado, mirando si no habría despertado á Juana. Después volvía á consagrarse á la composición con toda cautela, sin tener más instrumentos que unas tijeras y un punzón.

—¿Por qué llora usted, hija mía?—prosiguió el sacerdote.—¿No puedo yo proporcionar á usted ningún consuelo?

—¡Oh, déjeme usted!—murmuró Elena.—Estas lágrimas me hacen mucho bien. En seguida, en seguida...

Se ahogaba demasiado para responder. Ya en otra ocasión en aquel mismo sitio, una crisis de llanto la había destrozado; pero estaba sola, y había podido sollozar en las tinieblas, desfallecida, esperando que se agotara el manantial de emoción que la henchía. No obstante, no se conocía ninguna pena; su hija se había salvado, y ella misma había vuelto á emprender el curso monótono y encantador de su existencia. Era aquello en ella, bruscamente, como el punzante sentimiento de un inmenso dolor, de un vacío insondable que no colmaría nunca, de una desesperanza sin límites en la que se hundía con todos cuantos le eran caros. No hubiera podido explicar qué desgracia la amenazaba de aquella suerte; pero estaba sin esperanza, y lloraba.

Ya, en la iglesia perfumada de flores del mes de María, había sentido enternecimientos semejantes. El vasto horizonte de París, en el ocaso, la conmovía con profundísima impresión religiosa. La llanura parecía ensancharse, y de aquellos dos millones de existencias que se borran ascendía una especie de melancolía. Después, cuando reinaban las tinieblas, cuando la ciudad se había desvanecido con sus ruidos moribundos, el oprimido corazón de Elena estallaba, y sus lágrimas se desbordaban en presencia de aquella paz soberana. Hubiera juntado las manos y balbuceado plegarias. Una necesidad de fe, de amor, de anonadamiento divino, le producía enorme escalofrío. Y entonces era cuando las estrellas al levantarse la trastornaban con un goce y un terror sagrados.

Al cabo de un largo silencio insistió el padre Jouve.

—Hija mía, debe usted confiarse á mí. ¿Por qué vacila usted?

Elena seguía llorando, pero con dulzura de niño, como cansada y sin fuerzas.

—La iglesia la asusta á usted,—continuó el cura.—Por un instante, la creí á usted conquistada por Dios. Pero ha ocurrido de otra suerte. El cielo tiene sus designios... Pues bien, ya que desconfía usted del sacerdote, ¿por qué ha de negar por más tiempo una confidencia á un amigo?

—Tiene usted razón,—balbuceó Elena.—Sí; estoy afligida y siento necesidad de confiarme á usted. Es preciso que le confiese á usted estas cosas. Cuando yo era niña, no entraba mucho en las igle-

sias; hoy, no puedo asistir á una ceremonia sin sentirme profundamente perturbada. Y ahora, mire usted, lo que me hacía sollozar hace un momento, es esa voz de París que se parece al sonido de un órgano, es esa inmensidad de la noche, es ese hermoso cielo... ¡Ah! Quisiera creer. Ayúdeme usted... enséñeme...

El padre Jouve la calmó colocando ligeramente su mano sobre la de ella.

—Dígame usted todo,—replicó sencillamente.

Elena luchó un instante, llena de angustia.

—No tengo nada, se lo juro á usted... Nada le oculto... Lloro sin razón, porque me ahogo, porque mis lágrimas brotan por sí mismas... Ya conoce usted mi vida. Ahora no podría yo encontrar en ella una tristeza, ni una falta, ni un remordimiento... Y no sé, no sé...

Su voz se extinguió. Entonces, el sacerdote dejó caer lentamente esta frase:

—Usted ama, hija mía.

Elena se sobresaltó, y no se atrevió á protestar. Volvió á reinar el silencio. En el mar de tinieblas que dormía ante ellos, había relucido una centella. Había sido á sus pies, en cualquier parte del abismo, no habrían podido precisarlo. Y, una por una, otras centellas aparecieron. Nacían en la noche con brusco sobresalto, de repente, y permanecían fijas, refulgentes como estrellas. Parecía que fuese aquello una nueva salida de los astros, en la superficie de un sombrío lago. Pronto las centellas dibujaron una doble línea, que partía del Trocadero y se iba hacia París, en ligeros saltos de luz; después, otras lí-

neas de puntos luminosos cortaron la primera; se dibujaron curvas, y se extendió una constelación, extraña y magnífica.

Elena continuaba sin hablar, siguiendo con la vista aquellos centelleos, cuyos fuegos continuaban el cielo por debajo del horizonte, como una prolongación de lo infinito, como si la tierra hubiese desaparecido y se viera por todas partes la redondez celeste. Y la joven volvía á hallar en aquello la emoción que le había desgarrado el alma algunos minutos antes, cuando el Carro se había puesto á girar lentamente alrededor del eje del polo, con la lanza hacia arriba. París, que se iluminaba, se extendía, melancólico y profundo, llevando consigo las aterradoras meditaciones de un firmamento en el que pululan los mundos.

Entretanto el sacerdote, con aquella voz monótona y dulce que le daba la costumbre del confesionario, cuchicheaba largamente al oído de Elena. Una noche la había prevenido, y le había dicho que la soledad de nada le valía. No se podía uno colocar impunemente fuera de la vida común. La joven se había enclaustrado en demasía, y con ello había abierto la puerta á los ensueños peligrosos.

—Soy muy viejo, hija mía,—murmuró,—y he visto con gran frecuencia mujeres que venían á nosotros con lágrimas, oraciones, deseos de creer y de prosternarse... De manera que poco puedo equivocarme hoy. Las mujeres, que parecen buscar á Dios tan ardientemente, no son más que pobres corazones perturbados por la pasión... Es un hombre lo que adoran en nuestras iglesias...

Elena no le escuchaba, en el colmo de la agitación por el esfuerzo que hacía para ver por fin claro en su propio interior. Se le escapó la confesión, pero en voz muy baja, como ahogada;

—Pues bien; sí, amo... Eso es todo. No sé más, no sé más...

El sacerdote procuraba ya no interrumpirla; Elena habló llena de fiebre, con frases cortas; y gozaba alegría amarga al confesar su amor, al compartir con aquel anciano su secreto, que la ahogaba desde hacía tanto tiempo.

—Le juro á usted que no puedo leer en mí misma... Esto ha venido sin que yo lo supiera. Quizá de repente. Y sin embargo, no he sentido su dulzura sino á la larga... Pero por otro lado, ¿á qué hacerme más fuerte de lo que soy? No he procurado huir de ello, me sentía demasiado feliz; hoy, tengo todavía menos valor. Vea usted; mi hija ha estado enferma, y me he visto á punto de perderla; pues bien, mi amor ha sido tan profundo como mi pena; ha vuelto todopoderoso después de aquellos días terribles, y me posee, y me siento arrebatada...

Se detuvo para tomar aliento, temblorosa.

—Por fin he agotado ya mis fuerzas. Tenía usted razón, amigo mío, me consuela el confiarle á usted estas cosas... Pero, se lo suplico; dígame usted qué pasa en el fondo de mi corazón. ¡Estaba yo tan tranquila!... ¡Era tan feliz! Esto ha sido como un rayo en mi existencia. ¿Por qué yo? ¿Por qué no otra? Porque yo no había hecho nada para esto, y me creía muy escudada... ¡Ah! Si usted supiese...

Yo no me conozco ya. ¡Oh! ¡Ayúdeme usted, sálveme!

Al ver que se callaba, el sacerdote, maquinalmente, con su acostumbrada libertad de confesor, hizo una pregunta:

—El nombre, dígame usted el nombre.

Vacilaba Elena, cuando un ruido singular le hizo volver la cabeza. Era la muñeca, que, entre los dedos de M. Rambaud, volvía á adquirir poco á poco su vida mecánica; acababa de dar tres pasos sobre el velador, con el rechinamiento de los engranajes que funcionaban mal aún; después, se había caído hacia atrás, y á no ser por el digno señor, hubiese saltado al suelo. M. Rambaud la seguía, con las manos extendidas, pronto á sostenerla, lleno de ansiedad paternal. Cuando vió volverse á Elena, le dirigió una sonrisa de confianza, como para prometerle que la muñeca iba á andar. Y se puso de nuevo á hurgar en el juguete con el punzón y las tijeras. Juana dormía.

Entonces llena, apaciguada por aquel ambiente de sosiego, murmuró un nombre al oído del sacerdote. Este no se movió. En la sombra no se le podía ver el rostro. Habló al cabo de una pausa:

—Lo sabía, pero quería recibir la confesión de usted. Hija mía, debe usted de padecer muchísimo.

Y no pronunció ninguna frase vulgar acerca de los deberes. Elena, anonadada, triste hasta morir por aquella compasión serena del sacerdote, seguía de nuevo con la vista las chispas que salpicaban de oro el sombrío manto de París. Multiplicábanse

hasta lo infinito. Eran como ese fuego que corre por la ceniza negra de un papel sellado. Al principio, los puntos luminosos habían partido del Trocadero, yendo hacia el corazón de la ciudad. Pronto, apareció otro foco por la izquierda, hacia Montmartre; después otro á la derecha, detrás de los Inválidos, y otro más, más atrás, por el lado del Panteón. De todos aquellos focos á la vez descendían vuelos de pequeñas llamas.

—Acuérdese usted de nuestra conversación,—prosiguió el cura lentamente.—No he cambiado de parecer... Debe usted casarse, hija mía.

—¡Yo!—dijo Elena aplastada.—Si acabo de confesarle á usted... Bien sabe usted que no puedo.

—Debe usted casarse,—repitió él con más fuerza.—Se casará usted con un hombre honrado...

Parecía haber crecido dentro de su vieja sotana. Su gran cabeza ridícula, que se inclinaba de ordinario sobre uno de los hombros, con los ojos medio cerrados, se erguía, y sus miradas eran tan amplias y claras, que Elena las veía relucir en la noche.

—Se casará usted con un hombre honrado que será un padre para su Juana, y que la devolverá á usted toda su lealtad...

—Si yo no le amo... ¡Dios mío! Si no le amo...

—Le amaré usted, hija mía. El la ama á usted y es bueno.

Defendíase Elena, bajaba la voz al oír el leve ruido que M. Rambaud hacía detrás de ellos. El buen señor era tan paciente y tan fuerte en su esperanza, que, desde hacía seis meses no la había

importunado una sola vez hablándole de su amor. Esperaba con tranquilidad confiada, pronto por naturaleza á las abnegaciones más heroicas. El sacerdote hizo ademán de volverse.

—¿Quiere usted que yo se lo diga todo?... El le tenderá á usted la mano, él la salvará. Y usted le colmará de alegría inmensa.

Elena la detuvo, trastornadísima. Su corazón se rebelaba. La asustaban aquellos dos hombres tan apacibles y tan tiernos, cuya razón conservaba tanta frialdad al lado de las calenturas de su pasión. ¿En qué mundo vivían para negar de aquel modo aquello que tanto la hacía sufrir? El sacerdote extendió la mano, señalando á los vastos espacios.

—Hija mía, vea usted esta hermosa noche, esta paz suprema en frente de la agitación de usted... ¿Por qué se niega usted á ser feliz?

París entero se había alumbrado. Las pequeñas llamas danzantes habían agujereado el mar de nieblas de un extremo á otro del horizonte, y ya sus millones de estrellas ardían con resplandor fijo en una serenidad de noche de verano. Ni un soplo de viento, ni un escalofrío asustaba á aquellas luces que parecían como suspendidas en el espacio. París, al que no veían, había retrocedido hasta el fondo de lo infinito, tan ancho como un firmamento. Entre tanto, por bajo de las pendientes del Trocadero, un resplandor rápido, los faroles de un fiacre ó de un ómnibus, cortaban las sombras con la estela de luz continua de una estrella volante; y allá, en el irradiar de los mecheros del gas, que despedían como una neblina amarilla, se distinguían vaga-

mente fachadas revueltas, copas de árboles de un verde crudo de decoración. Sobre el puente de los Inválidos se cruzaban estrellas sin descanso; en tanto que, debajo, á lo largo de una cinta de nieblas más espesas, se destacaba un prodigio, una banda de cometas cuyas colas de oro se alargaban en lluvia de centellas; eran, en las negras aguas del Sena, las reverberaciones de los faroles del puente. Pero al otro lado, lo desconocido volvía á empezar. La larga curva del río estaba indicada por un doble cordón de gas, unido por otros cordones de tanto en tanto; habríase dicho que era una escala de luz lanzada al través de París, y apoyando sus dos extremidades en los bordes del cielo, en las estrellas. A la izquierda, bajaba otra serie de agujeros; los Campos Elíseos llevaban un desfile regular de astros desde el Arco del Triunfo á la Plaza de la Concordia, en donde lucía el centelleo de una pléyade; después, las Tullerías, el Louvre, los grupos de casas del borde del agua, el Ayuntamiento en el fondo, formaban cintas sombrías, separadas de trecho en trecho por el cuadrado luminoso de una gran plaza; y más hacia atrás, en la desbandada de las techumbres, las claridades se desparramaban, sin que se pudiera encontrar otra cosa que un hundimiento de calle, alguna esquina de boulevard, alguna prolongación de encrucijada incendiada. En la otra margen á la derecha, sólo la Esplanada se dibujaba limpiamente, con su rectángulo de llamas, semejante á algún Orión de las noches de invierno, que hubiese perdido su escudo; las largas calles del barrio de San Germán espaciaban claridades tris-

tes; al otro lado, los barrios populosos parecían brasas, alumbrados por pequeñas llamas apretadas, luciendo en una confusión de nebulosa. Era, hasta los arrabales y todo alrededor del horizonte, un hormiguero de mecheros de gas y de ventanas iluminadas, como un polvillo que llenaba las lejanías de la ciudad con aquellas miriadas de soles, de esos átomos planetarios que la vista humana no puede descubrir. Los edificios se habían oscurecido, y ni una luz se veía en ellos. A ratos se hubiera podido creer en alguna fiesta gigantesca, en un monumento ciclópeo iluminado, con sus escaleras, sus rampas, sus ventanas, sus frontones, sus terrazas, su mundo de piedra, cuyas líneas de lámparas trazaran en fosforescentes rasgos la extraña y enorme arquitectura. Pero la sensación que producía era la de un nacimiento de constelaciones, la de un agrandamiento continuo del cielo.

Elena, siguiendo el lento ademán del sacerdote, había paseado una larga mirada por el encendido París. Allí también ignoraba el nombre de las estrellas. De buena gana hubiera preguntado qué era aquel resplandor vivo, allá abajo, á la izquierda, que veía todas las noches. Otros la interesaban también. Había algunos á los que tenía cariño, y en cambio otros la dejaban inquieta y enojada.

—Padre mío,—dijo, empleando por primera vez este nombre de ternura y de respeto.—Déjeme usted que viva... Es la belleza de esta noche lo que me agita... Se ha equivocado usted; no podría usted á esta hora darme consuelo, porque no puede usted comprenderme.

El sacerdote abrió los brazos, y luego los dejó caer con lentitud resignada. Y después de una pausa habló en voz baja:

—Sin duda, así tenía que ser... Pide usted socorro, y no acepta usted la salvación... ¡Cuántas desesperadas confesiones he recibido, y cuántas veces me ha sido imposible el evitar las lágrimas!... Oiga usted, hija mía; prométame usted una sola cosa; si alguna vez la vida llega á ser para usted demasiado pesada, piense usted en que un hombre honrado la ama y la espera... No tendrá usted más que poner su mano en la de él para recobrar la calma.

—Se lo prometo á usted,—respondió Elena con gravedad.

Y cuando hacía esta promesa, se oyó en la alcoba una leve risa. Era Juana, que acababa de despertarse, y que contemplaba á su muñeca andando por el velador. M. Rambaud, encantado con su compostura, adelantaba de nuevo las manos por temor á cualquier accidente. Pero la muñeca era sólida; golpeaba con los taconitos, y volvía la cabeza dejando escapar á cada paso las mismas palabras, con voz de cotorra.

—¡Oh! Eso es trampa...—murmuraba Juana, medio dormida aún.—¿Qué le has hecho, dime? Estaba rota, y otra vez anda... Déjame que yo la vea... Eres muy amable.

Entretanto, sobre el encendido París subía una luminosa neblina. Hubiérasele creído el rojo aliento de una hoguera. Al pronto, no fué más que una palidez de la noche, un reflejo apenas sensible. Des-

pués poco á poco, á medida que la noche avanzaba, se tornó sangrienta; y suspendida en el aire, inmóvil por cima de la ciudad, compuesta de todas las llamas y de toda la zumbadora vida que se exhalaban de ella, era como una de esas nubes de rayos y de incendio que corona la boca de los volcanes.



CUARTA PARTE

I

Habían servido ya las servilletitas, y las damas, delicadamente, se enjugaban los dedos en ellas. Hubo un momento de silencio alrededor de la mesa. Madame Deberle lanzó una mirada, para ver si todo el mundo había acabado; después, se levantó sin hablar, en tanto que sus invitados la imitaban, con gran movimiento de sillas. Un señor anciano, que estaba á su derecha, se apresuró á ofrecerle el brazo.

—No, no,—dijo Julieta, conduciéndole hacia una puerta.—Vamos á tomar el café al saloncito.

Algunas parejas la siguieron. Al final iban dos damas y dos caballeros, que continuaban una conversación, sin pensar en unirse al desfile. Pero, en el saloncito, desapareció la tirantez y reapareció la alegría de los postres. El café estaba ya servido sobre un velador, en anchá bandeja de laca. Madame Deberle le dió la vuelta, con la buena gracia de un ama de casa que se preocupa por los diferentes gustos de sus convidados. En realidad, era Pau-

lina la que más se movía, y la que se reservaba el servir á los caballeros. Había una docena de personas, poco más ó menos el número reglamentario que invitaban los Deberle cada miércoles á partir de diciembre. Por la noche, á cosa de las diez, iba mucha gente.

—Monsieur Guiraud, una taza de café,—decía Paulina, parada frente á un hombrecillo calvo.—¡Ah! No, ya sé, usted no toma... Entonces, una copita de *chartreuse*?

Pero se embrollaba en el servicio, y le daba una copa de cognac. Y, sonriente, daba la vuelta en torno de los invitados, con su aplomo de costumbre, mirando á todo el mundo á los ojos, y circulando con soltura á pesar de su gran cola. Llevaba un soberbio vestido blanco de cachemira de la India, adornado de plumas de cisne, y abierto en cuadro en el escote. Cuando todos los hombres estuvieron en pie, con sendas tazas en la mano, y paladeando el café á pequeños sorbos, la doncella se acercó á un buen mozo, al Tissot hijo, á quien hallaba una hermosa cabeza.

Elena no había querido café. Se había sentado un poco separada, con cierto aspecto de cansancio; iba vestida con un traje de terciopelo negro, sin adornos, que la cubría severamente. En el saloncito se fumaba, y las cajas de cigarros estaban cerca de ella, en una consola. El doctor se acercó y cogió un cigarro, preguntando:

—¿Juana está bien?

—Muy bien,—respondió Elena.—Hemos ido hoy

al bosque de Bolonia, y ha jugado muchísimo. Debe de estar durmiendo á estas horas.

Los dos hablaban amigablemente, con la sonriente familiaridad de las personas que se ven todos los días. Pero de pronto se dejó oír la voz de madame Deberle:

—Mire usted, madame Grandjean podrá decirlo... ¿No es verdad que volví de Trouville hacia el diez de septiembre? Llovía, y la playa se había puesto insoportable.

Tres ó cuatro damas la rodeaban, en tanto que ella hablaba de su permanencia al borde del mar. Elena tuvo que levantarse y unirse al grupo.

—Nosotros pasamos un mes en Dinard,—refirió madame de Charmette.—¡Oh! ¡Un país delicioso, y una gente encantadora!

—Detrás del chalet había un jardín, además una terraza que daba al mar,—continuaba madame Deberle.—Ya saben ustedes que por fin me decidí á llevarme el *landau* y al cochero... Es mucho más cómodo para dar paseos... Pero madame Levasseur fué á vernos...

—Sí, un domingo,—dijo ésta.—Estábamos nosotros en Cabourg... ¡Oh! Tenía usted allí una instalación de primera; algo cara tengo entendido...

—A propósito,—interrumpió madame Berthier, dirigiéndose á Julieta.—¿No la ha enseñado á usted á nadar monsieur Malignon?

Observó Elena en el rostro de madame Deberle una turbación, una contrariedad súbita. Ya varias veces había creído percatarse de que el nombre de Malignon, pronunciado de improviso delante de ella,

la enojaba. Pero la joven se había repuesto.

—¡Valiente nadador!—exclamó.—Como no le den lecciones á él... Yo tengo un miedo espantoso al agua fría... Sólo el ver gente que se baña me hace tiritar.

Y le dió un bonito repeluzno, que hizo subir sus hombros regordetes, como un pájaro mojado que se sacude.

—¿Entonces es cuento?—preguntó madame de Guiraud.

—Naturalmente. Apuesto cualquier cosa á que es él mismo el que lo ha inventado. No me puede ver desde que pasó allí un mes con nosotros.

La gente empezaba á llegar. Las damas, con sendos manojos de flores en la cabeza, y con los brazos al aire, sonreían con un balanceo de cabeza; los hombres, de frac, con el sombrero en la mano, se inclinaban, tratando de encontrar una frase. Madame Deberle, sin dejar de parlotear, tendía la yema de los dedos á los íntimos de la casa; y muchos no decían nada; se limitaban á saludar y pasaban.

Entretanto, acababa de entrar la señorita Aurelia. En seguida se quedó extasiada ante el traje de Julieta, un traje de terciopelo azul marino, adornado de *faïlle*. Entonces las damas que se hallaban allí parecieron fijarse por primera vez en el vestido. ¡Oh! Delicioso, verdaderamente delicioso. Salía de casa de Worms. De él hablaron cinco minutos. Habíase terminado el café y los invitados habían depositado las vacías tazas en todas partes, en la bandeja, en las consolas; tan sólo el señor viejo no acababa nunca, deteniéndose á cada sorbo para ha-

blar con una dama. Un olor cálido, el aroma del café mezclado con los leves perfumes de los trajes, impregnaba el ambiente.

—Ya sabe usted que yo no he tomado nada,—dijo el Tissot hijo á Paulina, que le hablaba de un pintor á cuya casa la había llevado su padre para ver cuadros.

—¡Cómo! ¿No ha tomado usted nada? Le he dado á usted una taza de café.

—No, señorita, se lo aseguro á usted.

—Pues yo quiero absolutamente que tome usted algo... Espere usted. ¡Aquí hay *chartreuse*!

Madame Deberle había llamado discretamente á su marido con una seña de cabeza. El doctor comprendió; abrió por sí mismo la puerta del gran salón, y todos pasaron á él, en tanto que un criado se llevaba la bandeja. Hacía casi frío en la vasta pieza, que seis lámparas y una araña de diez bujías iluminaban con viva luz blanca. Ya había allí señoras, colocadas en círculo ante la chimenea. Sólo había dos ó tres hombres en pie en medio de las extendidas colas. Y por la puerta del salón resedá que había quedado abierta, se oía la voz aguda de Paulina, que había quedado sola con el Tissot hijo.

—Ahora que se lo he echado á usted... ¡Oh, tiene usted que bebérselo, no faltaba más! ¿Qué quiere usted que haga con él? Pedro se ha llevado ya la bandeja.

Después se la vió aparecer, completamente blanca, con su traje adornado de plumas de cisne. Anunció, con sonrisa que mostraba los dientes entre los frescos labios:

—Aquí está el bello Malignon.

Los apretones de manos y los saludos continuaban. M. Deberle se había colocado cerca de la puerta. Madame Deberle, sentada entre las damas en un *puf* muy bajo, se levantaba á cada instante. Al presentarse Malignon, afectó la dama volver la cabeza. El pollo estaba vestido con exquisita corrección, muy rizado, con el cabello separado por una raya que le bajaba hasta el pescuezo. En el dintel se había colocado un monóculo en el ojo derecho, con ligera mueca «llena de *chic*», como repetía Paulina; y paseaba sus miradas alrededor del salón. Indolentemente estrechó la mano del doctor, sin decirle nada, y después se adelantó hacia madame Deberle, ante la cual dobló su alta estatura, ceñidísima por el negro frac.

—¿Ah, es usted?—dijo ella de manera que la oyesen.—Parece que ya nada usted ahora.

Malignon no comprendió, pero no obstante respondió para *hacer ingenio*:

—Sin duda... Un día salvé á un terranova que se ahogaba.

A las damas les pareció esto encantador. La misma madame Deberle pareció desarmada.

—Le consiento á usted los terranova,—respondió.—Sólo que sabe usted muy bien que no me bañé ni una sola vez en Trouville.

—¡Ah! ¿La lección que le dí á usted?—exclamó el pollo.—Vamos á ver; ¿no es verdad que un día, en el comedor de esta casa, le dije á usted que había que mover los pies y las manos?

Todas las señoras se echaron á reír. Aquel hom-

bre era delicioso. Julieta se encogió de hombros. No se podía hablar en serio con él. Y se levantó para salir al encuentro de una señora que poseía gran talento de pianista, y que iba por primera vez á su casa. Elena, sentada junto al fuego, miraba y escuchaba con su hermosa calma. Malignon, sobre todo, parecía interesarla. Hábiale visto hacer una sabia evolución para acercarse á madame Deberle, á quien oía detrás de su sillón. De pronto las voces cambiaron. Elena se echó hacia atrás, con objeto de oír mejor. La voz de Malignon decía:

—¿Por qué no fué usted ayer? La esperé á usted hasta las seis.

—Déjeme usted; está usted loco,—decía en voz baja Julieta.

Entonces la voz de Malignon se elevó, tartajosa.

—¡Ah! ¿No cree usted lo que le digo de mi terranova? Pues me dieron una medalla, y se la enseñaré á usted.

Y añadió muy bajo:

—Me había usted prometido... Recuérdelo...

Llegaba una familia entera, y madame Deberle estalló en cumplidos, en tanto que Malignon volvía á presentarse en medio de las damas, con el monóculo en el ojo. Elena se quedó palidísima por aquellas palabras que acababa de sorprender.

Habían sido como un rayo para ella, algo de inesperado y de monstruoso. ¿Cómo aquella mujer tan feliz, de rostro tan tranquilo, de mejillas blancas y serenas, podía hacer traición á su marido? Siempre le había parecido tener los cascos á la jineta, con un

ribete de egoísmo amable que la preservaba contra las desazones de una tontería. ¡Y con un Malignon! Bruscamente, á la memoria de Elena se presentaron aquellas tardes del jardín, Julieta sonriente y afectuosa al recibir el beso con que el doctor rozaba sus cabellos. Y sin embargo se amaban. Entonces, por un sentimiento que no pudo explicarse, se sintió llena de cólera contra Julieta, como si ella misma hubiese sido engañada personalmente. Aquello la humillaba por Enrique, y un furor celoso la colmaba; su malestar se leía con tanta claridad en su semblante, que la señorita Aurelia le preguntó:

—¿Qué tiene usted? ¿Se siente usted mala?

La anciana señorita se había sentado junto á ella al verla sola. Mostrábale viva amistad, pues la entusiasmaba el modo complaciente con que aquella señora tan grave y tan hermosa escuchaba sus comadrerías por espacio de horas enteras.

Pero Elena no respondió. Sentía una gran necesidad; la de ver á Enrique, la de saber al instante lo que estaba haciendo, y qué rostro tenía. Se incorporó, le buscó con la vista por el salón, y acabó por encontrarlo. Hablaba en pie ante un hombre gordo y descolorido, y estaba muy tranquilo, con aire satisfecho, con su delicada sonrisa. Un momento le examinó Elena. Experimentaba por él una compasión que le rebajaba un poco, al mismo tiempo que le amaba más, con una ternura en la que entraba cierta idea vaga de protección. Su sentimiento, muy confuso aun, era el de que en aquel momento debía ella compensar en torno de él la dicha perdida.

—¡Bueno por Dios!—murmuraba la señorita Aurelia.—Nos vamos á divertir si se pone á cantar la hermana de madame de Guiraud... Es la décima vez que oigo las *Tortolillas*. No sabe otra cosa este invierno... Ya sabe usted que se ha separado de su marido. Mire usted á aquel caballero moreno, allí, junto á la puerta. Se llevan divinamente. Julieta se ve obligada á recibirle, porque si no ella no vendría tampoco...

—¡Ah!—dijo Elena.

Madame Deberle, vivamente, iba de grupo en grupo, rogando que se guardase silencio para oír á la hermana de madame de Guiraud. El salón se había llenado; una treintena de damas ocupaban el centro, sentadas, cuchicheando y riendo; dos, no obstante, permanecían en pie hablando más alto, con lindos movimientos de hombros, en tanto que cinco ó seis hombres, muy á sus anchas, parecían en su casa allí, como perdidos en medio de las faldas; corrieron algunos «chist» discretos, decayó el ruido de las voces, y los rostros adquirieron una expresión inmóvil y enojada; y ya no se sintió más que el rasgueo de los abanicos, en el aire cálido.

La hermana de madame de Guiraud cantaba, pero Elena no la oía. A la sazón estaba contemplando á Malignon, que parecía saborear las *Tortolillas*, afectando inmoderada afición á la música, ¿Era posible? ¿Con aquel pollo? Sin duda había sido en Trouville en donde habían jugado á algún juego peligroso. Las palabras sorprendidas por Elena parecían indicar que Julieta no había cedido aún, pero la caída parecía próxima. Ante ella, Ma-

lignon llevaba el compás con un balanceo de embeleso; madame Deberle mostraba una admiración complaciente, en tanto que el doctor se callaba paciente y amable, esperando el fin de la pieza para proseguir su palique con el hombre gordo y descolorido.

Oyéronse ligeros aplausos cuando terminó la cantante. Algunas voces decían pasmándose:

—¡Delicioso! ¡Arrebatador!

Pero el bello Malignon, alargando los brazos por cima de los tocados de las damas, aplaudía con los enguantados dedos, sin hacer ruido, y repitiendo «¡Brava! ¡Brava!», con voz cantante que dominaba á todas las demás.

En seguida terminó aquel entusiasmo; los distendidos rostros sonrieron y se levantaron algunas damas, en tanto que las conversaciones se reanudaban, en medio del consuelo general. Aumentaba el calor, y un perfume almizclado huía de los trajes bajo el azote de los abanicos. A ratos, entre el murmullo de las conversaciones, sonaba una risa perlina, y una palabra pronunciada en voz alta hacía volver las cabezas. Por tres veces había ido ya Julieta al saloncito, para suplicar á los hombres que se refugiaban en él que no dejaran solas á las señoras. Seguíanla ellos, y, á los diez minutos habían vuelto á desaparecer.

—Es insoportable,—decía la dama entre dientes con enojo.—No se puede retener á uno solo.

Entre tanto, la señorita Aurelia decía los nombres de las señoras á Elena, que era sólo la segunda vez que iba á las recepciones del doctor. Allí es-

taba toda la alta burguesía de Passy, gentes riquísimas. Después, inclinándose:

—Decididamente es cosa hecha... Madame de Chermette casa á su hija con aquel rubio alto, con quien estuvo dieciocho meses... Por lo menos, será una suegra que quiera á su yerno.

Pero se interrumpió, llena de sorpresa.

—¡Toma! El marido de madame Levasseur hablando con el amante de su mujer! Sin embargo, Julieta había jurado no volver á recibirlos juntos.

Elena, con mirada lenta, recorría el salón entero. De modo que en aquel digno mundo, entre aquella burguesía de apariencia tan honrada; ¿no había sino mujeres culpables? Su rigorismo provinciano se asombraba por las promiscuaciones toleradas en la vida parisina. Y amargamente se censuraba por haber sufrido tanto cuando Julieta ponía la mano en la suya. ¡Qué tonta había sido al sentir semejantes escrúpulos! Allí el adulterio se aburguesaba de un modo sencillísimo, aguzado con una punta de refinamiento de coquetería. Madame Deberle ya parecía arreglada con Malignon; y pequeña, arrellenando en un sillón sus redondeces de morenita indolente, se reía de las frases de ingenio que decía el pollo. M. Deberle pasó por delante de ellos.

—¿No os peleáis esta noche?—preguntó.

—No,—contestó Elena muy alegremente.—Dice demasiadas tonterías... Si vieras todas las majaderías que nos cuenta...

Volvieron á cantar. Pero el silencio fué mucho más difícil de conseguir. Era el Tissot hijo el que

cantaba un duo de la *Favorita* con una señora más que madura, peinada á lo niña. Paulina, en pie en una de las puertas, en medio de los negros fracs, contemplaba al cantor con aire de franca admiración, como había visto mirar las obras de arte.

—¡Oh, qué hermosa cabeza!—dejó escapar, durante una frase ahogada del acompañamiento; y lo dijo tan alto, que todo el salón la oyó.

Avanzaba la velada, y una especie de cansancio invadía los rostros. Algunas damas, sentadas en el mismo sillón desde hacía tres horas, tenían aspecto de inconsciente aburrimiento, y se sentían no obstante felices al aburrirse allí. Entre dos piezas, oídas como quien oye llover, volvían á empezar las conversaciones, y parecía que fuese la vacía sonoridad del piano la que continuaba. M. Letellier contaba que había ido á examinar un pedido de sedas á Lyon; las aguas del Saona no se mezclaban con las del Ródano, y esto le había sorprendido en gran manera. M. de Guiraud, magistrado, dejaba caer sentenciosas frases sobre la necesidad de poner un dique al vicio de París. Rodeábase á un señor que conocía á un chino y que daba de él mil detalles. Dos damas, en un rincón, cambiaban confidencias respecto á sus criados. Entre tanto, en el grupo de mujeres en que reinaba Malignon, hablaban de literatura; madame Tissot declaraba á Balzac ilegible; el pollo no decía que no; pero debía hacer constar que Balzac tenía, de vez en cuando, una página bien escrita.

—¡Un poco de silencio!—exclamó Paulina.—Van á tocar.

Era la pianista, la señora que tenía tan envidiable talento. Todas las cabezas se volvieron por cortesía. Pero, en medio del recogimiento, se oyeron gruesas voces de hombre discutiendo en el saloncito. Madame Deberle pareció desesperada. Sentía un pesar infinito.

—¡Oh! ¡Qué pesados son! ¡Que se queden en sus casas, si no quieren venir; pero por lo menos, que se callen.

Y envió á Paulina, que, encantada, corrió á desempeñar el encargo.

—¿Saben ustedes, señores? Van á tocar,—dijo, con su tranquila audacia de virgen, vestida de reina.—Se les suplica que se callen.

Hablaba muy alto, y tenía la voz penetrante. Y como se quedase allí, con los hombres, riendo y bromeando, el ruido se hizo mucho más fuerte. La discusión continuaba, y Paulina proporcionaba nuevos argumentos. En el salón, Julieta pasaba por un verdadero suplicio. Por otra parte, ya había habido bastante música, y todos se quedaron fríos. La pianista volvió á sentarse, con los labios fruncidos, á pesar de los cumplidos exagerados que la dueña de la casa creyó deber dirigirle.

Elena sufría. Enrique parecía no verla. No se había vuelto á acercar á ella. A ratos le sonreía desde lejos. Al comenzar la velada, la joven había experimentado cierto consuelo al hallarle tan razonable. Pero desde que conocía la historia de los otros dos, hubiera deseado cualquier cosa, no sabía qué, una muestra de ternura, aun á riesgo de quedar comprometida. Agitábala un deseo confu-

so, mezclado á toda suerte de malos sentimientos. ¿Acaso no la amaba ya, que estaba tan indiferente? De seguro que hacía de necesidad virtud. ¡Ah! Si ella hubiera podido decírsele todo, hacerle ver la indignidad de aquella mujer que llevaba su nombre! Entonces, en tanto que el piano desgranaba gamas vivísimas, la arrullaba un sueño; Enrique había arrojado á Julieta, y ella estaba con él como su esposa, en países lejanos cuya lengua ignoraban.

Una voz la hizo estremecerse.

—¿No toma usted nada?—preguntaba Paulina.

El salón estaba vacío. Acababan de pasar todos al comedor para tomar el the. Elena se levantó penosamente. Todo se aturrullaba en su cerebro. Pensaba que lo había soñado todo, las palabras que había oído, la caída próxima de Julieta, el adulterio casero, sonriente y apacible. Si aquellas cosas fuesen verdad, Enrique estaría cerca de ella, y ambos habrían abandonado ya aquella casa.

—¿No quiere usted tomar una taza de the?

Sonrió y dió las gracias á madame Deberle, que le había reservado un puesto en la mesa. Bandejas de dulces cubrían el mantel, y un gran brioche y dos pasteles se elevaban simétricamente en unos fruteros; y como faltaba espacio, las tazas de the se tocaban casi, separadas de dos en dos por estrechas servilletas grises, de largas franjas. Sólo las señoras estaban sentadas. Comían con la punta de los dedos desenguantados pastelillos y frutas en dulce, alargándose unas á otras las fuentes de crema, y sirviéndose ellas mismas con delicados ademanes. Tres ó cuatro, no obstante, se habían senti-

do abnegadas y servían á los hombres. Estos, á lo largo de las paredes, bebían, tomando toda clase de precauciones para preservarse de involuntarios codazos. Otros, que se habían quedado en los dos salones, esperaban que los pasteles fuesen á ellos. Era la hora en que triunfaba Paulina. Hablábbase más fuerte, sonaban cristalinos ruidos de argentería, y el olor á almizcle se caldeaba más aun con los penetrantes aromas del the.

—Hágame usted el favor de darme el brioche,—dijo la señorita Aurelia, que se encontraba precisamente al lado de Elena.—Todos esos otros dulces son poco serios.

Había vaciado ya dos platos. Después, con la boca llena:

—Ya se va todo el mundo,—dijo.—Ahora estaremos á gusto.

Las damas se iban efectivamente, después de haber estrechado la mano á madame Deberle. Muchos hombres habían partido discretamente. La habitación se vaciaba. Entonces, algunos señores se sentaron á su vez á la mesa. Pero la señorita Aurelia no dejó su sitio. Habría deseado un vaso de ponche.

—Voy por uno,—dijo Elena levantándose.

—¡Oh! no, gracias. No se moleste usted.

Hacía un instante que Elena vigilaba á Malignon. Este había ido á dar un apretón de manos al doctor, y estaba saludando á Julieta, en el dintel de la puerta. Madame Deberle tenía el rostro blanco y los ojos claros, y, á juzgar por su sonrisa de complacencia, se hubiera creído que él la felicitaba por

la velada. Al echar Pedro el ponche, sobre un aparador cerca de la puerta, Elena se adelantó y maniobró de forma que se hallara oculta detrás del repliegue de la antepuerta. Escuchó.

—Se lo ruego á usted,—decía Malignon.—Vaya usted pasado mañana... La esperaré á usted á las tres...

—¿No puede usted hablar con seriedad un momento?—respondió riendo madame Deberle.—¡Cuántas tonterías dice usted!

Pero él insistía, sin cesar de repetir:

—La esperaré... Vaya usted pasado mañana...

¿Sabe usted dónde?

Entonces, rápidamente, murmuró Julieta:

—Pues bien, sí; pasado mañana.

Malignon se inclinó y partió. Madame de Chermette se retiraba con madame Tissot. Julieta, alegremente, las acompañó hasta la antesala, diciendo á la primera, con el tono más amable:

—Iré á ver á usted pasado mañana. Ese día tengo que hacer infinidad de visitas.

Elena se había quedado inmóvil, palidísima. Entre tanto, Pedro, que había servido el ponche, le presentaba el vaso. Tomólo la joven maquinalmente, y se lo llevó á la señorita Aurelia, que atacaba á las frutas en dulce.

—¡Oh, es usted muy amable!—exclamó la solterona.—Hubiera llamado á Pedro... ¿Ve usted? Hacen mal en no ofrecer ponche á las señoras... Cuando se tiene mi edad...

Pero se interrumpió, observando la palidez de Elena.

—Está usted mala, sí... Tome usted un vasito de ponche.

—Gracias, no es nada... El calor es tan fuerte...

Vacilaba, y volvió al salón desierto, donde se dejó caer sobre un sillón. Las lámparas ardían con resplandor rojizo; las bujías de la araña, muy gastadas, amenazaban con hacer estallar las arandelas. Del comedor se oían llegar los adioses de los últimos invitados. Elena había olvidado aquella partida, y quería quedarse allí para reflexionar. De modo que no era un sueño; Julieta iría á casa de aquel hombre. Pasado mañana; sabía el día. ¡Oh! no se reprimiría más; este era el grito que oía en su interior. Después pensó que su deber era hablar á Julieta, evitarle la falta. Pero este buen pensamiento la helaba, y lo descartaba como importuno. En la chimenea, que Elena contemplaba fijamente, chisporroteaba un tronco casi extinguido. El aire pesado y durmiente conservaba el olor de las cabelleras.

—¡Toma! ¿Está usted ahí?—exclamó Julieta al entrar.—¡Ah! Ha hecho usted muy bien en no marcharse en seguida. ¡Por fin se respira!

Y como Elena, sorprendida, hiciera ademán de levantarse:

—Espere usted, nada le urge... Enrique, dame mi frasquito.

Tres ó cuatro personas, los íntimos, se habían quedado. Sentáronse ante el apagado fuego, y se habló con indolencia encantadora, en el cansancio adormecido ya de la gran estancia. Las puertas estaban abiertas, y se veía el saloncito pequeño vacío, el comedor vacío, y toda la casa iluminada aún

y sumida en pesado silencio. Enrique se mostraba tiernamente galante con su esposa; acababa de subir á tomar de su alcoba el pomo que Julieta aspiraba cerrando lentamente los ojos; y le preguntaba si estaba demasiado fatigada. Sí; Julieta sentía algo de fatiga; pero estaba contentísima, pues todo había salido bien. Entonces contó que, las noches de recepción, no podía dormirse, y se agitaba en el lecho hasta las seis de la mañana. Enrique sonrió, y los demás bromearon. Elena les contemplaba y se estremecía, en aquel aletargamiento de sueño que parecía invadir poco á poco la casa entera.

Entre tanto, ya no quedaban allí más que dos personas. Pedro había ido por un coche. Elena se quedaba la última. Dió la una. Enrique, sin preocuparse más, se irguió y apagó dos bujías de la araña que calentaban las arandelas. Hubiérase dicho que, apagadas las luces una por una, la estancia se anegaba en una sombra de alcoba.

—Les impido á ustedes que se acuesten,—balbuceó Elena levantándose bruscamente.—Despídanme ustedes.

Se había puesto muy colorada, y la sangre la ahogaba. Ambos la acompañaron hasta la antesala. Pero allí, como hacía frío, el doctor se inquietó por su esposa, cuyo cuerpo estaba muy escotado.

—Entra, que cogerás frío... Tienes demasiado calor.

—Pues bien, adiós,—dijo Julieta, que besó á Elena, como le solía suceder en sus momentos de ternura.—Venga usted á verme más á menudo.

Enrique había cogido el abrigo de pieles, y lo

sostenía, para ayudar á Elena. Cuando ésta hubo metido los dos brazos, el doctor le subió el cuello, vistiéndola así con una sonrisa, delante de un espejo inmenso que cubría la pared de la antesala. Estaban solos, y se veían en el espejo. Entonces, de repente, sin volverse, y arropada con el abrigo, Elena se echó hacia atrás en brazos de Enrique. Desde hacía tres meses no habían cambiado más que apretones de manos amistosos; querían no amarse más. El cesó de sonreír; su rostro cambiaba, ardiente é hinchado. La estrechó locamente, y la besó en el cuello. Y Elena echó la cabeza hacia atrás para devolverle el beso.

II

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

Elena no había dormido en toda la noche. Daba vueltas, febril, y cuando se sumía en algo parecido al letargo, siempre la misma angustia la despertaba con sobresalto. En la pesadilla de aquel semisueño, se sentía atormentada por una idea fija; hubiera querido conocer el lugar de la cita. Parecíale que esto la consolaría. No podía ser el pequeño entre-suelo de Malignon, en la calle Taitbout, del que se hablaba con tanta frecuencia en casa de los Deberle. ¿En dónde, pues, en dónde? Y su cabeza trabajaba á pesar suyo, y había olvidado todo lo demás de la aventura para hundirse en aquella investigación llena de enervamiento y de sordos deseos.

Cuando despuntó el día, Elena se vistió, y se sorprendió diciendo en voz alta:

—Es mañana.

Con un pie calzado y con las manos caídas con abandono, pensaba entonces que quizás sería en algún hotel amueblado, en una habitación perdida, alquilada por meses. Después, esta suposición le

causó repugnancia. Ella se imaginaba una estancia deliciosa, con espesas colgaduras, flores, grandes fuegos clarísimos ardiendo en todas las chimeneas. Y ya no eran Julieta y Malignon los que allí se hallaban; Elena se veía con Enrique, en el fondo de aquel suave retiro al que no llegaban los ruidos del exterior. Estremeciéndose en su peñador mal ajustado. ¿Dónde era? ¿Dónde?

—Buenos días, mamita,—exclamó Juana despertándose á su vez.

La niña volvía á dormir en el gabinete desde que se encontraba ya bien. Fué con los pies desnudos y en camisa, como todos los días, á arrojar al cuello de Elena. Después se volvió á marchar corriendo, y se metió un momento más en su caliente lecho. Aquello la divertía, y la niña se reía bajo los cobertores. Por segunda vez hizo lo mismo.

—Buenos días, mamita.

Y volvió á marcharse. Esta vez se reía á carcajada suelta; se había cubierto la cabeza con la sábana, y decía desde allí debajo, con voz bronca y ahogada:

—Ya no estoy, ya no estoy...

Pero Elena no jugaba como las otras mañanas. Entonces Juana, enojada, volvió á dormirse. Era aún demasiado temprano. A cosa de las ocho, se dejó ver Rosalía y empezó á contar lo que había hecho. ¡Oh! ¡Valiente gacha la que había en la calle! Por poco se deja los zapatos en el fango al ir por la leche. Un verdadero tiempo de deshielo; sin embargo, el aire era tibio, y una se ahogaba. Después, bruscamente, se acordó; había estado la

víspera una mujer vieja preguntando por la señora.

—¡Toma!—exclamó al oír llamar.—Apuesto á que es ella.

Era la tía Tétu, pero limpieísima, soberbia, con un gorriño blanco, traje nuevo y un pañolón de tartán cruzado sobre el pecho. Sin embargo, conservaba la voz lloricona.

—Mi buena señora, soy yo, que me he permitido... Es que tengo algo que pedir á usted...

Elena la contemplaba con algo de sorpresa al verla tan bien vestida.

—¿Está usted mejor, tía Tétu?

—Sí, sí, estoy mejor, si así puede decirse... ¿Sabe usted? Sigo teniendo aún algo feo en el vientre; me late... pero, en fin, voy mejor... Pues... he tenido una suerte... Un caballero me ha encargado de su casa. Es toda una historia...

Su voz se hacía más lenta, y sus ojillos vivos se revolvían entre las mil arrugas de su rostro. Parecía esperar que Elena le preguntase. Pero la joven, sentada junto al fuego que Rosalía acababa de encender, la oía distraída, con aire absorto y de sufrimiento.

—¿Qué tiene usted que pedirme, tía Tétu?—dijo.

La vieja no respondió en seguida. Examinaba la habitación, los muebles de palisandro, los cortinajes de terciopelo azul. Y con su aire humilde y adulator de pobre, murmuró:

—¡Qué casa tan bonita tiene usted, mi buena señora!... Perdóneme usted... Mi señor tiene una alcoba por el estilo... pero la suya es de color de rosa... ¡Oh! Toda una historia. Imagínese usted un joven

de la buena sociedad, que ha ido á alquilar una habitación en nuestra casa. No es porque yo lo diga, pero las habitaciones del primer piso y del segundo son muy bonitas. Y después, es tan tranquila la casa... Ni un coche siquiera; parece que está una en el campo... Después, los trabajadores estuvieron lo menos quince días. Pusieron la alcoba hecha una ascua de oro.

Se detuvo, al ver que Elena se mostraba llena de atención.

—Es para trabajar,—dijo la vieja arrastrando más aun la voz.—El dice que es para trabajar... No tenemos portera, ya lo sabe usted. Y eso es lo que más le gusta. A él no le agradan las porteras, y la verdad es que tiene razón.

Pero de nuevo se interrumpió, como herida por una idea súbita.

—Pero espere usted... Usted debe de conocerla. Mi señor ve á una de sus amigas de usted.

—¡Ah!—dijo Elena palidísima.

—De veras; la señora de aquí al lado; aquella con quien iba usted á la iglesia... El otro día estuvo allí.

Los ojos de la tía Tétu se achicaban al espiar la emoción de la buena señora. Esta trató de hacer una pregunta con voz tranquila.

—¿Y subió á su casa?

—No; pareció pensarlo mejor; quizá se le habría olvidado algo; yo estaba en la puerta. Me preguntó por monsieur Vincent, después se volvió á meter en el fiacre, gritando al cochero: «Es muy tarde, dé usted la vuelta.» ¡Oh! Es una señora muy viva,

muy gentil, muy... Nuestro Señor no pone en la tierra muchas como ella... Después de usted, como ella no hay otra... ¡Que el cielo las bendiga á las dos!

Y continuaba soltando frases huecas, con una soltura de devota maestra en el ejercicio del rosario. Entre tanto, el trabajo sordo de las arrugas de su rostro no se había interrumpido. Mostrábase radiante, satisfechísima.

—Además,—añadió sin transición,—quisiera tener un par de zapatos buenos. Mi señor ha sido demasiado generoso, y no puedo pedirselos... Ya ve usted, voy vestida, pero necesito unos zapatos decentes. Estos están agujereados mire usted; y con estos tiempos de barro, se cogen cólicos... De verdad tuve cólico ayer, y me estuve retorciendo toda la tarde... Con un par de zapatos buenos...

—Yo le daré á usted un par, tía Tétu,—dijo Elena despidiéndola con un ademán.

Después, cuando la vieja se iba, retrocediendo de espaldas, con mil reverencias y gracias, le preguntó Elena:

—¿A qué hora está usted sola?

—Mi señor no está nunca después de las seis,—respondió.—Pero no se moleste usted; vendré yo misma, y usted puede dejar los zapatos en la portería... En fin, sea como usted quiera. Es usted un ángel del paraíso. Dios se lo pagará á usted todo.

Oyósele proferir exclamaciones aun en el rellano de la escalera. Elena, sentada, estaba bajo el estupor del informe que aquella mujer acababa de darle, con tan singular oportunidad. Ya sabía dónde. ¡Una alcoba rosa en aquella casa destartallada!

Veía con la imaginación la escalera rezumando humedad, las puertas amarillas, en cada piso, ennegrecidas por manos grasientas, toda aquella miseria que la llenaba de compasión el precedente invierno, cuando subía á visitar á la tía Tétu, y procuraba figurarse la alcoba de color de rosa en medio de aquellas fealdades de la pobreza. Mas como continuara sumergida en profunda meditación, dos manecitas tibias se posaron sobre sus ojos enrojecidos por el insomnio, en tanto que una voz risueña le preguntaba:

—¿Quién es? ¿Quién es?

Era Juana que acababa de vestirse ella sola. La voz de la tía Tétu la había despertado; y al ver que habían cerrado la puerta del gabinete, se había apresurado á despachar para reunirse con su madre.

—¿Quién es? ¿Quién es?—repetía, cada vez más vencida de la risa.

Después, como entrase Rosalía, llevando el desayuno:

—¿Sabes? no digas nada. No te preguntan nada.

—¡Acabas loca!—dijo Elena.—Ya me figuro que eres tú.

La niña se dejó caer sobre las rodillas de su madre, y allí, echada hacia atrás, meciéndose, contentísima con su idea, continuó con convencimiento:

—¡Toma, hubiera podido ser otra niña cualquiera... ¿Eh? Otra niña que te hubiera traído una carta de su mamá para invitarte á comer... Entonces te habría tapado los ojos...

—No hagas la tonta,—dijo Elena poniéndola en

pie.—Vaya unas cosas que dices... Sírvanos usted, Rosalía.

Pero la criada examinaba á la niña, diciendo que la señorita estaba muy singularmente ataviada. Efectivamente, Juana, por la prisa, ni siquiera se había puesto los zapatos. Llevaba una falda, una faldita corta de franela, cuya abertura dejaba salir una esquina de la camisa. Su camisola de muletón, desabrochada, mostraba su desnudez de chiquilla, un pecho liso de exquisita finura, en donde se dibujaban temblorosas líneas, con las manchas apenas rosadas de la punta de los pechos. Y, con los cabellos en desorden, andando con las medias mal puestas, estaba adorable, completamente blanca en sus ropas puestas de cualquier modo.

Se inclinó, se miró, y rompió á reír.

—Estoy bonita, mamá; mira. Dime, ¿quieres que me quede así?... Estoy lindísima.

Elena, reprimiendo un ademán de impaciencia, hizo la pregunta de todas las mañanas:

—¿Te has lavado ya?

—¡Oh, mamá!—murmuró la niña, apenada de repente.—¡Oh, mamá!... Lluve... hace mal tiempo...

—Entonces, no te darán de almorzar... Lávela usted, Rosalía.

De ordinario era ella la que cuidaba de lavarla. Pero sentía un verdadero malestar, y se acercaba á la llama, tiritando, aunque el tiempo no era frío. Rosalía acababa de acercar á la chimenea el velador, sobre el cual había puesto una servilleta y dos tazones de blanca porcelana. Ante el fuego hervía el café con leche, en un jarro de plata, regalo

de M. Rambaud. En aquella hora matutina, la habitación deshecha, adormecida aún y llena del desorden de la noche, ofrecía una intimidad sonriente.

—¡Mamá, mamá!—gritaba Juana desde el fondo del gabinete.—Me frota demasiado... me desuella... ¡Oh, qué fría está!

Elena, con los ojos fijos en el jarro, meditaba profundamente. Quería *saber*, iría. La irritaba y turbaba á un tiempo el pensar en el misterio de aquella cita en aquel sórdido rincón de París. Le parecía aquel misterio de un gusto detestable, y reconocía el espíritu de Malignon, un espíritu de novela, una chifladura de hacer revivir por poco dinero las pequeñas casas de la Regencia. Y sin embargo, á pesar de sus repugnancias, se sentía febril, atraída, con los sentidos ocupados por el silencio y la media luz que debían de reinar en la alcoba rosa.

—Señorita,—repetía Rosalía.—Si no me deja usted, voy á llamar á la señora.

—Me metes jabón dentro de los ojos,—respondía Juana, con la voz henchida de lágrimas.—Ya basta, déjame... Las orejas para mañana.

Pero el chorrear del agua continuaba, y se oía el gotear de la esponja al escurrirse en la palangana. Oyóse un ruido de lucha. La niña lloró. Casi en seguida volvió á presentarse, muy alegre, y gritando:

—Ya he concluído, ya he concluído... Y se sacudía, con los cabellos mojados aún, toda rosada por haberla restregado, con una frescura que olía bien. Al resistirse, se le había caído la ca-

misola; las faldas se le desataban; caíansele las medias, dejando al descubierto las piernecitas. Como decía Rosalía, de aquella manera la señorita se parecía á un niño Jesús. Pero Juana se sentía muy orgullosa de verse limpia y no quería que la vistieran.

—Mira, mamá, mira qué manos, y qué cuello, y qué orejas... ¿Eh? Déjame que me caliente, estoy demasiado bien... No digas, que hoy he merecido el desayuno...

Se había acurrucado delante del fuego, en su silloncito. Entonces Rosalía sirvió el café con leche. Juana tomó el tazón colocándose sobre las rodillas, y mojando en él la tostada gravemente, con ademanes de persona mayor. Elena generalmente le prohibía comer de aquel modo. Pero aquel día continuaba preocupada. Dejó el pan, y se contentó con beberse el café. Al tomar el último bocado, Juana tuvo un remordimiento. Una pena la henchía el corazón; dejó el tazón y se lanzó al cuello de su madre, al verla tan pálida.

—Mamá, ¿estás mala tú ahora?... ¿No te he disgustado? Dí.

—No, vida mía; al contrario, eres muy buena,—murmuró Elena dándole un beso.—Pero estoy algo cansada. He dormido mal... Juega, no te preocupes.

Pensaba que el día iba á ser horriblemente largo. ¿Qué iba á hacer esperando que llegara la noche? Desde hacía algún tiempo, no cogía una aguja, pues el trabajo le parecía un peso enorme. Horas enteras permanecía sentada, con las manos caídas, ahogándose en su alcoba, sintiendo la necesidad de salir para respirar, y sin embargo, no

moviéndose. Aquella alcoba era lo que la ponía mala; la detestaba, irritada por aquellos dos años que había vivido en ella; parecíale odiosa con su terciopelo azul, su inmenso horizonte de gran ciudad; y soñaba en un cuartito pequeño en medio del bullicio de una calle, que la aturdiera. ¡Dios santo, qué lentas eran las horas! Tomó un libro, pero la idea fija que ardía en su cabeza alzaba continuamente las mismas imágenes entre sus ojos y la comenzada página.

Entre tanto, Rosalía había arreglado la habitación, y Juana estaba peinada y vestida. Entonces, en medio de los ordenados muebles, y mientras su madre, sentada ante la ventana, se esforzaba por leer, la niña, que estaba en uno de sus días de ruidosa alegría, comenzó una gran partida. Estaba completamente sola, pero no se apuraba por ello, pues sabía hacer muy bien tres ó cuatro personas, con una convicción y una gravedad preciosísimas. Primero hizo la señora que va de visita. Desaparecía en el comedor; después volvía á entrar saludando, sonriendo y volviendo la cabeza con coquetería.

—Buenos días, señora... ¿Cómo está usted, señora?... ¡Cuánto tiempo sin ver á usted!... Es verdaderamente un milagro... ¡Dios mío, he estado enferma, señora! Oh, sí, he tenido el cólera... Es cosa muy desagradable... Pues nadie lo diría; está usted más joven, palabra de honor... ¿Y sus niños de usted, señora?... Yo he tenido tres desde el verano pasado...

Y continuaba sus reverencias ante el velador, que representaba sin duda la dama en cuya casa es-

taba de visita. Después, acercaba sillas, y sostenía una conversación general que duraba una hora, con abundancia de frases verdaderamente extraordinaria.

—No hagas tonterías, Juana,—decía su madre de vez en cuando, cuando el ruido la molestaba.

—¡Sí estoy en casa de mi amiga, mamá... Me habla y tengo que contestarle!... ¿No es verdad que, cuando se sirve the, no se mete una los pasteles en el bolsillo?

Y continuaba:

—Adiós, señora... Ha sido delicioso el the... Muchas cosas á su señor esposo...

De repente se dedicó á otra cosa. Salía en coche, é iba á hacer compras, sentándose á horcajadas en una silla, como un muchacho.

—Juan, no tan deprisa, que tengo miedo... Pare usted, que estamos delante de la modista de sombreros... ¿Señorita, cuánto vale este gorro? Trescientos francos, no es caro... Pero no es bonito. Quisiera un pájaro encima, un pájaro así de grande... Vamos, Juan, lléveme á casa del droguero... ¿No tiene usted miel? Sí, señora, aquí está. ¡Oh, qué buena es! No la quiero, deme usted diez céntimos de azúcar... Tenga usted cuidado, Juan. ¡Ya ha volcado el coche! Señor municipal, es la *charrette* la que se ha echado sobre nosotros... ¿No se ha hecho usted daño, señora? No, señor, nada absolutamente. Juan, Juan, á casa. ¡Hop, la! ¡Hop, la!... Espere usted, que voy á encargar camisas. Tres docenas de camisas para la señora... también nece-

sito unos zapatos y un corsé... ¡Hop, la! ¡Hop, la! ¡Dios mío, no acaba una nunca!

Se abanicaba y hacía la dama que vuelve á su casa y que riñe á su gente. Nunca se quedaba corta era una fiebre, un desarrollo continuo de imaginaciones fantásticas, todos los recuerdos de la vida que hervían en su cabecita y salían á jirones. Por la mañana, por la tarde, dió vueltas, charlando, bailando. Cuando estaba cansada, un taburete, una sombrilla vista en un rincón, un guiñapo recogido del suelo, bastaban para lanzarla á otro juego, con nuevos chispazos de inventiva. Lo creaba todo, personajes, lugares, escenas. Se entretenía como si hubiese tenido con ella doce niñas de su edad.

Por fin llegó la noche. Iban á dar las seis. Elena, despertando de la inquieta somnolencia en que había pasado la tarde, se echó vivamente un chal sobre los hombros.

—¿Vas á salir, mamá?—preguntó Juana asombrada.

—Sí, vida mía, una diligencia en el barrio... Volveré en seguida. Que seas buena.

Por fuera continuaba el deshielo. Un río de lodo corría por las calzadas. Elena entró, en la calle de Passy, en un almacén de calzado, á donde había llevado en otra ocasión á la tía Tétu. Después volvió á la calle de Raynouard. El cielo estaba gris, y una bruma subía del pavimento. La calle se hundía ante ella, desierta é inquietante, á pesar de la hora poco avanzada, con sus raros mecheros de gas, que, en la neblina de la humedad, ponían manchas amarillas. Elena apresuraba el paso, pasando al

lado de las casas, ocultándose como si hubiese ido á una cita. Pero cuando dió la vuelta bruscamente para entrar en el Pasaje de las Aguas, se detuvo bajo la bóveda, sobrecogida por verdadero miedo. El pasaje se abría bajo sus pies como un agujero negro. No podía verle el fondo, y distinguía solamente, en medio de aquel intestino de tinieblas, el tembloroso resplandor del único reverbero que lo alumbraba. Por fin se decidió, agarrándose á la baranda de hierro para no caerse. Con las puntas de los pies tentaba los anchos escalones. A derecha é izquierda las paredes se estrechaban, alargadas desmesuradamente por la noche, en tanto que las deshojadas ramas de los árboles, por cima, dibujaban vagamente perfiles de brazos gigantescos, de manos tendidas y crispadas. Temblaba Elena al pensar que la puerta de uno de aquellos jardines se abriría, y que un hombre se arrojaría sobre ella. No pasaba nadie, y Elena bajaba lo más deprisa posible. De pronto, salió una sombra de la obscuridad. Un estremecimiento dejó helada á Elena cuando tosió la sombra; era una vieja que subía penosamente. Entonces, se sintió tranquilizada, y levantó con más cuidado su vestido, cuya cola arrastraba por el barro. El lodo era tan espeso, que las botas se le quedaban pegadas en los escalones. Abajo ya, se volvió con movimiento instintivo. La humedad de las ramas dejaba caer gotas sobre el pasaje; el reverbero tenía una claridad de lámpara minera, colgada en el lado de un pozo al que las infiltraciones han hecho peligroso.

Elena subió en derechura al desván á que con

tanta frecuencia había ido, en todo lo alto de la gran casa del pasaje. Pero fué inútil que llamase, porque nadie respondió. Entonces volvió á bajar muy turbada. La tía Tétu debía de estar sin duda en la habitación del primer piso. Sólo que Elena no se atrevía á presentarse allí. Permaneció cinco minutos en el zaguán, alumbrado por una lámpara de petróleo. Volvió á subir, vaciló, miró las puertas, y ya iba á marcharse, cuando la vieja se inclinó sobre la baranda.

—¡Cómo! ¿Está usted en la escalera, mi buena señora?—exclamó.—Entre usted... No se quede ahí al aire... ¡Oh! ¡Es traidor como él solo!

—No, gracias,—dijo Elena.—Aquí tiene usted el par de zapatos, tía Tétu.

Y contemplaba la puerta que la tía Tétu había dejado abierta tras sí. Veíase el extremo de un hornillo.

—Estoy completamente sola, se lo juro á usted,—repetía la vieja.—Entre... Esto es la cocina. ¡Ah! Usted no es orgullosa con los pobres... Bien puede una asegurarlo...

Entonces, á pesar de su repugnancia, avergonzada de lo que hacía, Elena la siguió.

—Aquí tiene usted el par de zapatos, tía Tétu, —¡Dios mío! ¿Cómo darle á usted las gracias? ¡Oh! ¡Qué hermosos zapatos!... Espere usted. Voy á ponérmelos... Me están divinamente; entran como un guante... ¡Gracias á Dios! Por lo menos, con esto puede una andar sin miedo á la lluvia... Usted me salva, usted me prolonga diez años la vida, mi buena señora... No es adulación; es lo

que pienso, tan cierto como que esa luz nos alumbraba. No, no soy adulatora...

Enternecíase al hablar, y había cogido las manos de Elena y las besaba. Se calentaba vino en una cacerola; sobre la mesa, junto á la lámpara, una botella de burdeos, medio vacía, alargaba su delgado cuello. Por lo demás, no había allí más que cuatro platos, un vaso, dos sartenes y una marmita. Se comprendía que la tía Tétu campaba por sus respetos en aquella cocina de soltero, cuyos hornillos no encendía más que para sí misma. Al ver que los ojos de Elena se dirigían á la cacerola, tosió y se hizo la doliente.

—Me vuelve esto del vientre,—gimió.—Ya puede decir el médico, ya; yo debo de tener un gusano... Y una gota de vino me consuela... Estoy muy afligida, mi buena señora. No deseo mi mal á nadie; es demasiado malo... Por fin, ahora consigo adormecerme un poco; cuando las ha pasado una tan terribles, le es permitido adormirse, ¿verdad?... He tenido la suerte de dar con un amo muy amable. ¡Que el cielo le bendiga!

Echó en el vino dos gruesos terrones de azúcar. Engordaba más aun, y sus ojillos desaparecían bajo el abotagamiento de su rostro. Una felicidad beata retardaba sus movimientos. La ambición de toda su vida parecía por fin satisfecha. Había nacido para aquello. Cuando estaba derretido el azúcar, vió Elena en el fondo de una alacena, varias golosinas, un tarro de confitura, un paquete de bizcochos, hasta cigarros robados al señor.

—Bueno, adiós, tía Tétu, me marchó,—dijo.

Pero la vieja retiraba la cacerola hasta la esquina del fogón, diciendo en voz baja:

—Espere usted; está demasiado caliente; me lo beberé en seguida... No, no salga usted por aquí. Le pido á usted mil perdones por haberla recibido en la cocina... Demos la vuelta.

Había tomado la lámpara y se había metido por un corredor. Elena, cuyo corazón latía, echó á andar detrás de ella. El corredor, lleno de grietas, ahumado, destilaba humedad. Giró una puerta, y Elena sintió que andaba por cima de una alfombra. La tía Tétu había dado algunos pasos, en medio de una habitación cerrada y silenciosa.

—¿Eh?—dijo levantando la lámpara.—¿Verdad que es bonita?

Eran dos piezas cuadradas que comunicaban entre sí por una puerta cuyas hojas se habían quitado; sólo una antepuerta las separaba. Las dos estaban tapizadas de la misma cretona de color de rosa con medallones Luis XV, con amorcillos moletudos que se enredaban entre las guirrnaldas de flores. En la primera estancia, había un velador, dos divanes, sillones; en la segunda, más pequeña, un lecho inmenso ocupaba todo el espacio. La tía Tétu hizo observar en el techo una mariposa de cristal, suspendida por cadenas doradas. Aquella mariposa representaba, para ella, el colmo del lujo. Y daba sus explicaciones:

—No puede usted figurarse qué cosas tiene. Lo enciende todo en plena tarde, y se queda ahí, fumando un cigarro y mirando al aire... Parece que

eso le divierte.. No importa; ha debido de gastar mucho dinero...

Elena, sin hablar, daba la vuelta á las habitaciones. Le parecían poco elegantes. Eran demasiado rosadas; el lecho era grande con exceso, y los muebles nuevos en demasía. Sentíase allí algo como una tentativa de seducción ofensiva por su fatuidad. Una modistilla hubiera sucumbido al punto. Y sin embargo, Elena sentía poco á poco una turbación, en tanto que la vieja continuaba, guiñando los ojos:

—Se hace llamar monsieur Vincent... A mí me da lo mismo. Con tal que pague...

—Hasta la vista, tía Tétu,—repitió Elena, que se ahogaba.

Quiso irse, abrió una puerta, y se encontró en una serie de tres habitaciones pequeñas, de desnudez y suciedad horribles. Los papeles desgarrados colgaban, los techos eran negros, y sobre los hundidos ladrillos yacían pedazos de yeso. Aquello exhalaba olor de miseria antigua.

—¡Por ahí, por ahí!—exclamó la tía Tétu.—De ordinario esta puerta está cerrada... Son las otras habitaciones, las que no ha hecho arreglar... ¡Tomel! Le hubiera costado demasiado caro... ¡Ah! Es menos bonito, ya lo creo... Por aquí, mi buena señora, por aquí...

Y cuando volvió Elena á penetrar en el saloncito de colgaduras de rosa, la vieja la detuvo para volver á besarle la mano.

—Ya sabe usted que no tengo nada de ingrata... Toda la vida me acordaré de estos zapatos... Es que me están muy bien, y son calientes, y po-

dré andar tres leguas con ellos... ¿Qué podría yo pedirle á Dios para usted? ¡Oh, Dios mío! ¡Oyeme, haz que sea la más feliz de las mujeres! Tú que lees en el fondo de mi corazón, sabes muy bien lo que deseo. En el nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo, Amén.

Habíala sobrecogido de repente una exaltación devota, y multiplicaba las señales de la cruz, y hacía genuflexiones á la gran cama y á la mariposa de cristal. Después, abriendo la puerta que daba al rellano, añadió al oído de Elena, con voz cambiada:

—Cuando quiera usted, llame en la cocina; yo estoy siempre.

Elena, aturdida, mirando hacia atrás, como si saliera de un sitio sospechoso, bajó la escalera, subió por el Pasaje de las Aguas, y se volvió á hallar en la calle de Vineuse, sin tener conciencia del camino recorrido. Sólo al hallarse allí sintió asombro al recordar la última frase de la vieja. No, ciertamente, no volvería á poner los pies en aquella casa. Ya no tenía más limosnas que llevar á ella. ¿Para qué tenía, pues, que llamar á la cocina? Ahora se sentía ya satisfecha; ya había visto. Y experimentaba un sentimiento de desprecio hacia sí misma y hacia los otros. ¿Qué villanía el haber ido allí! Las dos habitaciones, con su cretona, reaparecían sin cesar ante su vista; habíase llevado en la mirada los menores detalles, hasta el sitio ocupado por los sillones y los pliegues de las cortinas que adornaban la cama. Pero siempre, á renglón seguido, las otras tres habitaciones pequeñas, las pie-

zas sucias, vacías y abandonadas, desfilaban; y aquella visión, aquellas leprosas paredes ocultas bajo los Amorcillos mofletudos, despertaban en ella tanta cólera como asco.

—¡Bien, señora!—exclamó Rosalía, que estaba acechando en la escalera.—¡Bonita estará la comida! Hace una hora que todo se quema.

Juana, sentada ya á la mesa, llenó á su madre de preguntas. ¿Dónde había ido? ¿Qué había hecho? Después, como no recibió más que respuestas breves, la niña se entretuvo ella sola, jugando á la comidita. Cerca de ella, sobre una silla, había sentado á su muñeca. Fraternalmente le daba la mitad de sus postres.

—Sobre todo, señorita, coma usted con limpieza... Límpiense usted los labios... ¡Ah! ¡Puerquecilla! Ni siquiera sabe ponerse la servilleta... ¡Bonita está usted! Tome usted un bizcocho. ¿Qué dice usted? ¿Que quiere usted confitura encima?... Así está mejor... Déjeme usted que le monde este cuarto de manzana...

Y ponía la parte de la muñeca sobre la silla. Pero cuando tuvo el plato vacío, volvió á coger una por una las golosinas, y se las comió, hablando por la muñeca:

—¡Oh! ¡Es exquisito!... Nunca he comido una confitura tan rica. ¿Dónde compra usted esta confitura, señora? Diré á mi marido que me lleve un tarro... ¿Es en su jardín, señora, donde coge usted estas hermosas manzanas?

Se quedó dormida jugando, y cayó en la alcoba con la muñeca en brazos. Desde por la mañana no

había parado un momento. Sus piernecitas no podían más, y la fatiga del juego la había anonadado; y, ya dormida, se reía aún; debía de soñar que seguía jugando. Su madre la acostó, inerte, abandonada, en disposición de armar algún gran juego con los ángeles.

Por fin Elena se hallaba sola en la habitación. Encerróse, y pasó una noche horrible junto al extinguido fuego. La voluntad se le escapaba, y pensamientos inconfesables realizaban en su interior un trabajo sordo. Era como una mujer mala y sensual á quien no conocía y que le hablaba con voz soberana, á la cual no podía desobedecer. Cuando dieron las doce, se acostó penosamente. Pero, en la cama, sus pensamientos se pusieron intolerables. No lograba dormir sino á medias, y daba vueltas en el lecho como si estuviera sobre ascuas. Perseguíanla imágenes, agrandadas por el insomnio. Después, una idea se fijó en su cráneo. Era inútil que quisiera rechazarla, porque la idea se clavaba, le oprimía la garganta, la dominaba por completo. Hacia las dos, se levantó con la rigidez y la pálida resolución de una sonámbula; encendió la lámpara, y escribió una carta, contrahaciendo su letra. Era una denuncia vaga; un billete de tres líneas que rogaba al doctor Deberle que fuera aquel día mismo á tal sitio y á tal hora, sin explicación, sin firma. Cerró el sobre y metió la carta en el bolsillo de su traje, que estaba arrojado sobre un sillón. Y cuando se hubo vuelto á acostar, se durmió en seguida, y quedó sin aliento, anonadada por un sueño de plomo,

Al día siguiente, Rosalía no pudo servir el café con leche hasta cerca de las nueve. Elena se había levantado tarde, derrengada, palidísima por la pesadilla de la noche. Metió la mano en el bolsillo de su traje, palpó la carta, la humdió más y fué á sentarse ante el velador, sin hablar. También Juana tenía la cabeza pesada, el aspecto gris é inquieto, Abandonaba la camita con pesar, porque no tenía el ánimo para juegos aquella mañana. Estaba el cielo de color de sebo, y una luz opaca entristecía la habitación, en tanto que bruscos chaparrones, de vez en cuando, empañaban los cristales.

—La señorita está de malas,—decía Rosalía, que hablaba sola.—No puede estar de buen humor dos días seguidos... Eso es el haber saltado tanto ayer.

—¿Estás enferma, Juana?—preguntó Elena.

—No, mamá,—respondió la niña.—Es ese cielo tan feo.

Elena se volvió á sumir en su silencio. Acabó el café, y se quedó allí, absorta, con los ojos fijos en la llama. Al levantarse, acababa de decirse que

su deber le ordenaba hablar á Julieta, hacerle renunciar á la cita de la tarde. ¿Cómo? Lo ignoraba; pero la necesidad de dar aquel paso la había asaltado de repente, y ya no quedaba en su cabeza más pensamiento que el de aquella tentativa, que se imponía y la obsesionaba. Dieron las diez, y se vistió. Juana la contemplaba. Cuando la vió tomar el sombrero, juntó las manecitas, como si tuviese frío, en tanto que una sombra de sufrimiento cruzaba por su rostro. Generalmente, se mostraba muy celosa de las salidas de su madre, no queriendo separarse de ella, y exigiendo ir con ella á todas partes.

—Rosalía,—dijo Elena,—despache usted pronto el arreglo de la habitación... No salga. Yo vuelvo al instante.

Se inclinó y besó rápidamente á Juana, sin observar su pena. Cuando hubo partido, la niña, que había hecho cuestión de dignidad el no quejarse, exhaló un sollozo.

—¡Oh! ¡Qué feo está eso, señorita!—repetía la criada á modo de consuelo.—¡Demonio! No le robarán á usted su mamá. Es preciso dejarla que vaya á sus cosas... No puede usted estar siempre cosida á sus faldas...

Entre tanto, Elena había vuelto la calle de Vineuse, y andaba á lo largo de las paredes para protegerse contra un chaparrón. Pedro fué quien le abrió, pero pareció turbado.

—¿Está en casa madame Deberle?

—Sí, señora; sólo que no sé...

Y al ver que Elena, como íntima, se dirigía hacia el salón, se permitió detenerla.

—Espere usted, señora, voy á ver...

Y se coló en la estancia, entreabriendo la puerta lo menos posible; y en seguida se oyó la voz de Julieta que se incomodaba:

—¿Cómo, ha dejado usted entrar? Le había prohibido á usted formalmente... Es increíble, no puede una estar tranquila un minuto.

Elena empujó la puerta, resuelta á cumplir lo que creía su deber.

—¡Toma! ¿Es usted?—dijo Julieta al verla.—Había entendido mal...

Pero conservaba su aspecto de contrariedad. Evidentemente, la visita le estorbaba.

—¿La incomoda á usted?—preguntó Elena.

—No, no; va usted á ver. Es una sorpresa que estamos preparando. Ensayamos el *Capriochi*, para representarlo en uno de mis miércoles. Precisamente había escogido las mañanas para que nadie pudiera sospechar... ¡Oh! Quédese usted ya. Sea usted discreta y nada más.

Y dando una palmada, y dirigiéndose á madame Berthier, que estaba en pie en medio del salón, añadió, sin acordarse ya más de Elena:

—Vamos, vamos, trabajemos... No le da usted bastante intención á esta frase... «Hacer una bolsa sin que lo sepa el marido, pasaría á los ojos de muchas personas, por algo más que romántico...» Repita usted esto.

Elena, muy asombrada por la ocupación á que la hallaba dedicada, se había sentado detrás. Habían acercado á las paredes las sillas y las mesas, y la alfombra quedaba libre. Madame Berthier, una

delicada rubia, decía su monólogo, levantando los ojos al techo para buscar las palabras; en tanto que la fuerte madame de Guiraud, una hermosa morena que se había encargado del papel de madame de Léry, esperaba en un sillón el momento de entrar en escena. Aquellas señoras, en traje de mañana, no se habían quitado ni el sombrero ni los guantes. Y delante de ellas, teniendo en la mano el tomo de Musset, Julieta, desgrefñada, envuelta en una gran bata de cachemira blanca, adoptaba el talante convencional de un director que indica á los artistas las inflexiones de voz y los juegos de escena. Como la luz era muy escasa, los visillos de bordado tul, levantados y cruzados sobre el pomo de la falleba, dejaban ver el jardín, que se hundía, negro de humedad.

—No está usted lo bastante conmovida,—declaraba Julieta.—Dele usted más intención, pues cada palabra debe llevarla. «Vamos pues, mi querida bolsita, á haceros el último tocado». Vuelva usted á empezar.

—Yo lo haré muy mal,—dijo lánguidamente madame Berthier.—¿Por qué no representa usted en mi lugar? Haría usted una Matilde deliciosa.

—¡Oh! Yo no... En primer lugar, es preciso una rubia. Además, yo soy una profesora muy buena, pero no ejecuto... Trabajemos, trabajemos.

Elena continuaba en su rincón. Madame Berthier, entregada por completo á su papel, no se había vuelto siquiera. Madame de Guiraud le había dirigido una pequeña seña con la cabeza. Y la joven comprendía que estaba de más, y que hubiera hecho

mejor en negarse á tomar asiento. Lo que la retenía no era ya tanto la idea de que tenía un deber que cumplir, como un sentimiento singular, profundo y confuso, que más de una vez había experimentado allí. Sufría por el modo indiferente con que la recibía Julieta. Había, en ésta, continuos caprichos de amistad; adoraba á las personas durante tres meses, se las echaba al cuello, parecía no vivir más que para ellas; después, un día, sin decir por qué, parecía no conocerlas ya. Sin duda obedecía, en esto como en todas las cosas, á una especie de necesidad de querer á las personas á quienes á su alrededor querían. Aquellos bruscos saltos de ternura ofendían mucho á Elena, cuyo espíritu amplio y tranquilo soñaba siempre eternidades. Muchas veces había salido de casa de los Deberle muy triste, llevándose una verdadera desesperación por lo poco que se podía fiar en los afectos humanos. Pero aquel día, en la crisis por que atravesaba, era un dolor mucho más vivo aún.

—Pasaremos la escena de Chavigny,—dijo Julieta.—No vendrá esta mañana... Veamos la entrada de madame de Léry. A usted le toca madame de Guiraud... Conteste usted.

Y leyó:

«—Figúrense ustedes que le enseño esta bolsa...»

Madame de Guiraud se había levantado. Hablando con voz de cabeza, y tomando aire de loca, comenzó:

—¡Toma! Es bastante gentil. Veamos.

Cuando el criado le había abierto, Elena se imaginaba una escena distinta. Creía encontrar á Ju-

lieta nerviosa, palidísima, estremeciéndose á la idea de la cita, vacilante y atraída; y se veía á sí misma conjurándola á reflexionar, hasta que la joven, ahogada por los sollozos, se arrojaba en sus brazos. Entonces, hubieran llorado juntas, y Elena se habría retirado con el pensamiento de que en adelante estaba Enrique perdido para ella, pero feliz por haber asegurado su felicidad. Y ni pensarlo, había caído como una bomba en aquel ensayo, del que no comprendía una palabra; hallaba á Julieta con el rostro sereno, después de haber dormido bien, con seguridad, y con el espíritu lo bastante libre para discutir los ademanes de madame Berthier, sin preocuparse ni por asomo de lo que podría hacer por la tarde. Aquella indiferencia, semejante ligereza, helaban á Elena, que llegaba ardiente de pasión.

Quiso hablar. Preguntó como al azar:

—¿Quién hace de Savigny?

—Malignon—dijo Julieta, volviéndose con aire de asombro.—Ha representado el Chavigny todo el invierno pasado... Lo pesado es que no se le puede coger para los ensayos... Escuchen, señoras; voy á leer el papel de Chavigny. De lo contrario no acabaremos nunca.

Y desde aquel momento, también ella representó, haciendo el papel de hombre, ahuecando involuntariamente la voz y adoptando modales caballerescos, arrastrada por la situación. Madame Berthier gargarizaba, y la gorda madame de Guiraud se violentaba hasta lo infinito para ser viva y espiritual. Pedro entró á echar leña al fuego, y con una mira-

da desde abajo, examinó á aquellas damas, á las que encontraba singulares.

Entretanto, Elena, que continuaba resuelta, á pesar de la angustia de su corazón, trató de llamar á Julieta aparte.

—Un minuto nada más. Tengo que decirle á usted una cosa.

—¡Oh! Imposible, querida amiga... Ya ve usted que estoy embargada. Mañana, si tiene usted tiempo.

Elena se calló. El tono indiferente de la joven la irritaba. Sentía verdadera cólera al verla tan sosegada, cuando ella estaba soportando desde la víspera tan dolorosa agonía. Por un instante, estuvo á punto de levantarse y dejar que las cosas salieran como quisiesen. Era muy tonta al querer salvar á aquella mujer. Toda su pesadilla de la noche pasada volvía á comenzar; su mano, que acababa de buscar la carta en el bolsillo, la apretaba, ardiendo de fiebre. ¿Por qué había de querer á los demás, cuando los demás no la querían ni padecían como ella?

—¡Oh! ¡Muy bien!—exclamó Julieta de repente. Madame Berthier apoyaba la cabeza en el hombro de madame de Guiraud, sollozando y repitiendo:

«—Estoy segura de que le amo, estoy segura.»

—Tendrá usted un éxito loco,—dijo Julieta.—Haga usted una pausa, ¿sabe?... «Estoy segura de que le amo, estoy segura...» Y deje usted la cabeza así. Es soberbio. Usted ahora, madame Guiraud.

«—No, hija mía, no puede ser; es un capricho, una fantasía...»—declamó la gruesa señora.

—Perfectamente. Pero la escena es larga. Des-

cansemos un momento, ¿verdad?... Es preciso que combinemos bien los movimientos.

Entonces, entre las tres, discutieron el arreglo del salón. La puerta del comedor, á la izquierda, serviría para las entradas y salidas. Se colocaría un sillón á la derecha, un canapé en el fondo, y se acercaría la mesa á la chimenea. Elena, que se había levantado, las seguía, como si se hubiera interesado por aquella colocación. Había renunciado al proyecto de provocar una explicación con su amiga, y quería tan sólo hacer la última tentativa para impedir que Julieta acudiese á la cita.

—Venía,—le dijo,—á preguntar á usted si no es hoy el día que va usted á visitar á madame de Chermette.

—Sí, esta tarde.

—Entonces, si usted me lo permite, vendré por usted, porque hace ya mucho tiempo que he prometido á esa señora ir á verla.

Julieta tuvo un instante de turbación. Pero se repuso al punto.

—Ciertamente, me alegraré mucho. Sólo que tengo una infinidad de diligencias que hacer; primero voy á algunas tiendas, y no sé en verdad á qué hora llegaré á casa de madame de Chermette.

—No importa,—repuso Elena.—Me pasearé.

—Escuche usted... Voy á hablarle á usted con toda franqueza... Pues bueno, no insista usted; me estorbaría... Quedará para el lunes que viene.

Y esto dicho sin la menor emoción, tan naturalmente, con sonrisa tan tranquila, que Elena, confundida, no añadió nada más. Tuvo que echar una

mano á Julieta, que se empeñaba absolutamente en llevar en seguida el velador junto á la chimenea. Después retrocedió, en tanto que el ensayo continuaba. Después del final de la escena, madame de Guiraud, en su monólogo, lanzó con gran fuerza estas dos frases:

«—Pero ¿qué abismo es, pues, el corazón del hombre? ¡Ah! A fe mía, valemos nosotras mucho más que ellos.»

¿Qué debía hacer Elena ya? En el tumulto que esta pregunta despertaba en ella, no se le ocurrían más que confusas ideas de violencia. Experimentaba la irresistible necesidad de vengarse de la hermosa calma de Julieta, como si tal serenidad fuese una injuria á la fiebre que la agitaba. Soñaba la perdición de su amiga, para ver si seguiría conservando la sangre fría de su indiferencia. Después se despreciaba por haber sentido delicadeza y escrúpulos. Veinte veces hubiera debido decir á Enrique: «¡Te amo, tómate, vamonos!», y no estremecerse, y mostrar el rostro blanco y reposado de aquella mujer, que tres horas antes de la primera cita, ensayaba una comedia en su casa. En aquel mismo momento, temblaba Elena más que Julieta; aquello era lo que la enloquecía; la conciencia de su arrebató en medio de la paz risueña de aquel salón, el temor de prorumpir de repente en palabras apasionadas. ¿Era cobarde pues?

Una puerta se había abierto, y la joven oyó de pronto la voz de Enrique, que decía:

—No se molesten ustedes... No hago más que pasar.

El ensayo iba á terminar. Julieta, que seguía leyendo el papel de Chavigny, acababa de apoderarse de la mano de madame de Guiraud.

«—Ernestina, la adoro á usted»,—exclamó, con arranque lleno de convicción.

«—Pero ¿no ama usted á madame de Blainville?»—recitó madame de Guiraud.

Pero Julieta se negó á continuar en tanto que su marido estuviese allí. Los hombres no tenían necesidad de enterarse. Entonces, el doctor se mostró muy amable hacia aquellas señoras; les dirigió cumplidos, y les prometió un hermoso éxito. Enguantado de negro, correctísimo, con el rostro afeitado, volvía de sus visitas. Al llegar, se había limitado á saludar á Elena con una inclinación de cabeza. El había visto, en la Comedia Francesa, una actriz que representaba el papel de madame de Léry, é indicaba á madame de Guiraud los movimientos de la escena.

—En el momento en que Chavigny va á caer á los pies de usted, se acerca usted á la chimenea, y arroja la bolsa al fuego. Fríamente, ¿comprende usted? Sin cólera, como mujer que está fingiendo amor...

—Bueno, bueno, déjanos,—repetía Julieta.—Ya lo sabemos todo.

Y cuando Enrique empujaba por fin la puerta de su gabinete, volvió á decir:

«—¡Ernestina, la adoro á usted!»

Enrique, antes de salir, había saludado á Elena con la misma inclinación de cabeza. Ella se había quedado muda, aguardando alguna catástrofe. Aquel

brusco paso del marido le parecía lleno de amenazas. Pero cuando Enrique no estuvo ya allí, le pareció ridículo, con su cortesía y su ceguera. ¡El también pensaba en aquella comedia imbécil! ¡Y no había tenido ni una llama en la mirada al verla allí! Entonces, toda la casa le pareció hostil y glacial. Era un desquiciamiento, y nada la detenía ya, porque detestaba á Enrique tanto como á Julieta. En el fondo del bolsillo había vuelto á coger la carta en la mano crispada. Balbuceó un «hasta la vista», y se fué, llena de un vértigo que hacía girar los muebles á su alrededor, en tanto que resonaban en sus oídos estas palabras pronunciadas por madame de Guiraud:

«—Adiós. Hoy me odiará usted tal vez, pero mañana sentirá usted alguna amistad por mí, y, créame, eso vale más que un capricho.»

En la acera, y cuando Elena hubo cerrado la puerta, sacó la carta con ademán violento y como mecánico, y la deslizó en el buzón. Después, estuvo algunos segundos, atontada, contemplando la estrecha hoja de cobre que había vuelto á caer.

—Hecho está,—dijo á media voz.

Volvía á ver las dos habitaciones tapizadas de cretona rosa, los divanes, la gran cama; allí se hallaban Malignon y Julieta; de pronto se abría la pared y el marido entraba. Y Elena no sabía ya más, y estaba muy tranquila. Con mirada instintiva, miró si alguna persona la había visto al echar la carta. La calle estaba vacía. Dió la vuelta á la esquina, y subió de nuevo.

—¿Has sido buena, mi vida?—dijo besando á Juana.

La pequeña, sentada sobre el mismo sillón, levantó el amohinado rostro. Sin responder, echó los dos bracitos al cuello de su madre, y la besó, exhalando un gran suspiro. Tenía mucha pena.

Durante el almuerzo, Rosalía se quedó asombrada.

—La señora debe de haber andado mucho.

—¿Por qué?—preguntó Elena.

—Porque la señora come con un apetito... Hace mucho tiempo que no ha comido tan bien señora...

Era verdad. Elena sentía verdadera hambre, y un brusco consuelo le abría el estómago. Hallábase con una paz, con un bienestar indecibles. Después de las sacudidas de los dos últimos días, acababa de realizarse en ella un gran silencio. Sus miembros estaban descansados, flexibilizados como al salir de un baño. No experimentaba más que cierta sensación de pesadez no sabía dónde, un peso vago que la agobiaba.

Cuando entró en la alcoba, sus miradas se dirigieron en derecha al reloj, cuyas manecillas marcaban las doce menos veinte minutos. La cita de Julieta era para las tres. Aun quedaban dos horas y media. Hizo Elena este cálculo maquinalmente. Por otra parte, no tenía ninguna prisa; las manecillas andaban, y nadie en el mundo tenía ya poder para detenerlas; y dejaba que los hechos se consumaran.

Desde hacía mucho tiempo yacía sobre el velador un sombrero de niño. Tomólo Elena y se puso á coser delante de la ventana. Un gran silencio adormecía la habitación. Juana se había sentado en su

sitio de costumbre, pero estaba con las manos cansadas y caídas.

—Mamá,—dijo.—No puedo trabajar; no me divierte el trabajo.

—Pues bueno, ángel mío; no hagas nada... Mira, me enhebrarás las agujas.

Entonces la niña, sin decir palabra, empezó á trabajar con lentos ademanes. Cortaba cuidadosamente hebras de hilo iguales, y pasaba infinidad de tiempo para hallar el ojo de la aguja; y no llegaba sino en el momento preciso en que su madre tenía que emplear, una por una, las agujas que ella le preparaba.

—Ya ves tú,—murmuró Elena.—Así voy más de prisa... Esta noche, habré terminado los seis sombreritos.

Y volvió la cara para mirar el péndulo. La una y diez minutos. Aun quedaban cerca de dos horas. Ahora debía de empezar Julieta á vestirse. Enrique habría recibido ya la carta. ¡Oh! Seguramente iría. Las indicaciones eran exactas y claras, y encontraría la casa en seguida. Pero todas estas cosas le parecían aún lejanas y la dejaban fría. Cosía á puntadas regulares, con aplicación de obrera. Los minutos transcurrían uno por uno. Dieron las dos.

Un campanillazo la llenó de asombro.

—¿Quién será, mamita?—preguntó Juana, que se había estremecido en la silla.

Y como entrase M. Rambaud:

—¡Eres tú! ¿Por qué llamas tan fuerte?... Me has asustado.

El digno señor pareció afligidísimo. Efectivamente, había tenido la mano algo pesada.

—Hoy no estoy de buenas; me siento mal,—continuó la niña.—No hay que asustarme.

M. Rambaud se mostró inquieto. ¿Qué tenía la pobrecilla niña? Y no se sentó tranquilizado, hasta que vió á Elena dirigirle una mirada para advertirle que Juana estaba con la negra, como decía Rosalía. De ordinario, el buen señor solía ir muy poco durante el día. De modo que quiso explicar en seguida su visita. Se trataba de un compatriota, de un viejo obrero que no hallaba trabajo por causa de su mucha edad, y que tenía á su mujer parálitica, en una habitacioncita no más grande que la mano. Era imposible imaginar semejante miseria. Aquella misma mañana había ido él á su casa, para darse cuenta de lo que era. Un zaquizamí debajo del tejado, con una ventanilla pequeñísima, cuyos rotos vidrios dejaban penetrar la lluvia; dentro de la guardilla, un jergón, una mujer envuelta en una cortina vieja, y un hombre entontecido, tirado al suelo, sin tener ya ni siquiera ánimos para dar una escobada.

—¡Oh! ¡Desgraciados, desgraciados!—repetía Elena, conmovida hasta el llanto.

No era el anciano obrero el que preocupaba á M. Rambaud. Le tomaría en su casa, y ya hallaría en qué ocuparle. Pero la mujer, aquella parálitica á quien su marido no osaba dejar sola un instante, y á la que hacía dar vuelta como un fardo... ¿Dónde meterla, qué hacer con ella?

—He pensado en usted,—continuó.—Es preciso que la haga usted entrar al punto en un hospicio...

Yo habría ido directamente á casa de monsieur Deberle, pero he pensado que usted le conoce más, y que tendrá más influencia con él... Si él quiere hacerlo, el asunto estará arreglado mañana mismo.

Juana había escuchado, palidísima, temblorosa por un estremecimiento de compasión. Juntando las manos murmuró:

—Oh, mamá, sé buena; haz entrar á la pobre mujer...

—Con el mayor deseo,—dijo Elena, cuya emoción aumentaba.—En cuanto pueda, hablaré al doctor, y él mismo se encargará de dar los pasos... Deme usted los nombres y las señas, monsieur Rambaud.

Este escribió una nota sobre el velador. Después, levantándose:

—Son las dos y media y cinco minutos,—dijo.

—Quizá podría usted encontrar al doctor en su casa.

Elena se había levantado también, y miraba el reloj, con todo el cuerpo sobresaltado. Eran de verdad las dos y media y cinco, y las manecillas andaban. Balbuceó la joven y dijo que el doctor debía de haber salido á sus visitas. Sus miradas no se separaban del péndulo. Entre tanto, M. Rambaud, con el sombrero en la mano, la tenía en pie, y volvía á comenzar su relato. Aquella pobre gente lo había vendido todo, hasta el brasero; desde el principio del invierno, pasaban los días y las noches sin fuego. A fines de diciembre, habían estado cuatro días sin comer. Elena lanzó una exclamación de dolor. Las manecillas señalaban las tres menos veinte. M. Rambaud tardó aún dos minutos larguísimos en marcharse.

—Bueno, confío en usted,—dijo.

E, inclinándose para besar á Juana:

—Hasta la vista, preciosa mía.

—Hasta la vista... Vete tranquilo; mamá no se olvidará; yo se lo recordaré.

Cuando volvió Elena de la antesala, hasta la cual había acompañado á M. Rambaud, los minutos estaba en los tres cuartos. Dentro de un cuarto de hora, todo habría concluído. Inmóvil ante la chimenea, tuvo Elena la brusca visión de la escena que iba á ocurrir. Julieta estaba ya allí, é iba Enrique y la sorprendía. Ella conocía la habitación, y recordaba sus menores detalles con claridad espantosa. Entonces, conmovida aún por la lastimera narración de M. Rambaud, sintió un gran escalofrío que le subía al rostro desde el cuerpo. Y un grito estallaba en ella. Era una infamia lo que había hecho; aquella carta escrita, aquella denuncia cobarde. Esta idea se le aparecía también de repente con resplandor cegante. ¿Era verdad que había cometido ella semejante infamia? Y recordaba el ademán con que había echado la carta al buzón, con el estupor de una persona que hubiera visto á otra hacer una acción mala, sin haber tenido la idea de intervenir. Parecíale salir de un sueño. ¿Qué había pasado? ¿Por qué estaba ella allí, siguiendo aún el movimiento de las manecillas en la esfera? Dos nuevos minutos habían transcurrido.

—Mamá,—dijo Juana.—Si quieres, iremos las dos juntas esta tarde á ver el doctor. Así me pasará. Hoy me ahogo.

Elena no oía. Trece minutos aun. Y sin embar-

go, no podía dejar que se consumara una abominación semejante. En aquel tumultuoso despertar, no quedaba en ella más que una voluntad furiosa de impedir aquello. Era preciso. De lo contrario, no podría vivir. Y como una loca corrió por la alcoba.

—¡Ah! ¿Me llevas?—exclamó Juana alegremente.—¿Vamos á ver al doctor en seguida, verdad, mamita?

—No, no,—respondía Elena buscando sus botinas, y agachándose para mirar debajo de la cama.

No las encontró; hizo un gesto de despreocupación suprema, pensando que bien podría salir con los zapatitos de casa que llevaba puestos. En seguida, revolvió todo el armario de luna para buscar el chal. Juana se había acercado muy zalamera.

—Entonces, ¿no vas á casa del doctor, mamita?

—No.

—Bueno, no importa; llévame... ¡Oh! ¡Llévame, me darás mucho gusto!

Pero Elena había encontrado ya el chal, y se lo echaba sobre los hombros. ¡Dios santo! Nada más que doce minutos, el tiempo preciso para llegar corriendo. Iría allí, y haría cualquier cosa, fuera lo que fuese. Por el camino lo pensaría.

—Mamita, llévame,—repetía Juana con voz cada vez más baja y conmovedora.

—No puedo llevarte,—dijo Elena.—Voy á una parte donde no van los niños... Deme usted mi sombrero.

El rostro de Juana se había cubierto de sombras. Sus ojos se ennegrecieron, y la voz se le puso dura. Preguntó:

—¿Dónde vas?

La madre no respondió, porque estaba distraída atándose las bridas del sombrero. La niña continuaba:

—Ahora sales siempre sin mí... Ayer saliste, hoy has salido, y ahora te vuelves á marchar. Yo tengo mucha pena, tengo miedo aquí sola... ¡Oh! Me moriré si me dejas... ¿Oyes? Me moriré, mamá...

Después, sollozando, acometida por un acceso de dolor y de rabia, se aferró á las faldas de Elena.

—Vamos, suéltame, sé razonable; vuelvo en seguida,—repetía ésta.

—No, no quiero... no, no quiero...—tartamudeaba la niña.—¡Oh! Ya no me quieres... Si no, me llevarías... ¡Oh! Ya sé que quieres más á otros... Llévame... Llévame, ó me voy á echar al suelo, y me encontrarás en el suelo...

Y enlazaba los bracitos alrededor de las piernas de su madre, y lloraba entre los pliegues de su vestido, agarrándose á ella, haciéndose la pesada para impedirle que anduviese. Las manecillas andaban, y eran las tres menos diez minutos; entonces pensó Elena que ya no podría llegar á tiempo; y con la cabeza loca, rechazó con violencia á Juana, gritando:

—¡Qué insoportable niña! ¡Es una verdadera tiranía!... ¡Si lloras vas á ver!

Salió, cerrando bruscamente la puerta tras sí. Juana había retrocedido tambaleándose hasta la ventana, con las lágrimas cortadas por aquella brutalidad, envarada y completamente blanca. Tendió los brazos hacia la puerta, gritó por dos veces aun: «¡Mamá! ¡Mamá!» Y se quedó allí, derribada so-

bre la silla, con los ojos agrandados y trastornado el rostro por la celosa idea de que su madre la engañaba.

Ya en la calle, Elena apresuró el paso. La lluvia había cesado; sólo algunas gotas gruesas caían de los canalones, mojóndole pesadamente los hombros. Elena se había prometido reflexionar entonces, decidir un plan. Pero ya no sentía más necesidad que la de llegar. Cuando se metió por el Pasaje de las Aguas, vaciló un momento. La escalera estaba convertida en torrente; los riachuelos de la calle Raynouard se desbordaban y caían por ella. Había, á lo largo de los escalones, entre las próximas paredes, salpicaduras de espuma, al paso que relucían algunos puntos del empedrado, lavados por el cubasco. Un rayo de luz opaca, cayendo del cielo gris, alumbraba el pasaje por entre las ramas negras de los árboles. Elena se levantó apenas el vestido y bajó. El agua le subía hasta los tobillos, y sus zapatitos por poco se quedan en los charcos; y oía á su alrededor, á lo largo de la pendiente, un cuchicheo claro, parecido al murmulio de los arroyuelos que corren bajo la hierba, en el fondo de los bosques.

De pronto, se halló en la escalera delante de la puerta, y se detuvo allí, jadeante, torturada. Después se acordó, y prefirió llamar á la cocina.

—¡Cómo! ¿Es usted?—dijo la tía Tétu.

No tenía entonces su voz lacrimosa. Sus ojos pequeños relucían, en tanto que una risita de vieja comadre chispeaba entre las mil arrugas de su rostro. Ya no fingía, y dió unos golpecitos en las

manos á Elena al oír sus palabras entrecortadas. La joven le dió veinte francos.

—¡Dios se lo pague á usted!—balbuceó la tía Tétu por costumbre.—Todo lo que usted quiera, niña mía.

coba por segunda vez, y en ella experimentó una sensación de vanidad; le parecía muy bien, completamente «chic», con su lecho perdido en una sombra voluptuosa. En el momento en que estaba colocando bien los bordados de las almohadas, dieron en la puerta tres golpes rápidos. Era la seña.

—¡Por fin!—dijo en voz alta, con aire de triunfo.

Y corrió á abrir. Entró Julieta, con el velo echado, envuelta en un abrigo de pieles. En tanto que Malignon cerraba suavemente la puerta, la joven permaneció un momento inmóvil, sin que se pudiese ver la emoción que le cortaba la palabra. Pero antes de que el joven hubiera tenido tiempo de tomarle la mano, se levantó ella el velo, y descubrió su rostro sonriente, algo pálido, muy tranquilo.

—¡Toma! ¿Ha encendido usted?—exclamó.—Creí que detestaba usted las luces en pleno día.

Malignon, que se disponía á estrecharla entre sus brazos, con apasionado ademán que tenía estudiado, se sintió desconcertado y explicó que el día era muy feo, y que sus ventanas daban á terrenos horribles. Por otra parte, adoraba la noche.

—Con usted no sabe una nunca á qué atenerse,—replicó ella bromeando.—La primavera pasada, en mi baile de niños, me armó usted un cisco regular; estaba uno en una tumba, parecía que entraba en casa de un muerto... En fin, admitamos que el gusto de usted ha cambiado.

Parecía hallarse en visita, afectando una seguridad que la ponía la voz un tanto gruesa. Era este el único indicio de su turbación. A ratos, mostraba una contracción leve de la barbilla, como si expe-

IV.

Malignon, tumbado sobre una butaca, alargando las piernas ante el gran fuego que flameaba, aguardaba tranquilamente. Había tenido el refinamiento de cerrar los postigos de las ventanas y de encender las bujías. La primera habitación, en la cual se encontraba, estaba vivamente alumbrada por una pequeña araña y por dos candelabros. En la alcoba, por el contrario, reinaba la obscuridad; sólo la suspensión de cristal ponía allí un crepúsculo medio extinguido. Malignon sacó el reloj.

—¡Canastos!—murmuró.—¿A que me va á dar plantón hoy también?

Y bostezó ligeramente. Esperaba desde hacía una hora, y no se divertía gran cosa. Sin embargo, se levantó y echó un vistazo á los preparativos. El arreglo de los sillones no le agradó, é hizo rodar una marquesina hasta la chimenea. Las bujías ardían poniendo reflejos de rosa en las colgaduras de cretona, y la habitación se caldeaba, silenciosa, cerrada herméticamente, en tanto que, por fuera, silbaban bruscas ráfagas de viento. Después, visitó el pollo la al-

rimentase cierta incomodidad en la garganta. Pero sus ojos relucían, y estaba saboreando el vivo placer de su imprudencia. Aquello la cambiaba, y pensaba en Madame de Chermette, que tenía un amante. ¡Dios mío! Aquello tenía gracia al fin y al cabo.

—Veamos la instalación de usted,—continuó.

Y dió la vuelta á la habitación. El la seguía, reflexionando que hubiera debido besarla en el primer momento; entonces ya no podía, y no tenía más recurso que esperar. Entre tanto, Julieta contemplaba los muebles, examinaba las paredes, levantaba la cabeza, y retrocedía sin dejar de hablar.

—No me gusta esa cretona. Es de una vulgaridad... ¿Dónde ha encontrado usted ese abominable rosa?... Hombre, ahí tiene usted una silla que sería bonita si no tuviera tanto dorado... Y ni un cuadro, ni una figurilla... Nada más que la araña y los candelabros, que no tienen estilo... Bueno, amigo mío; ¡venga usted ahora á burlarse de mi pabellón japonés!

Y se reía, vengándose de los antiguos ataques del pollo, por los cuales siempre le había conservado rencor.

—Es bonito el gusto de usted, á fe mía... Pero ¿no sabe usted que mi monigote solo vale más que todo su mobiliario?... Un hortera no hubiera querido ese rosa... ¿Ha pensado usted que iba á seducir á su lavandera?

Malignon, muy vejado, no respondía nada. Intentaba conducirla á la alcoba. Julieta se quedó en el dintel, diciendo que no entraba en sitios en que estaba tan obscuro. Por otro lado, ya lo veía bastante;

la alcoba estaba á la altura del salón. Todo aquello salía del arrabal de San Antonio. Sobre todo, la suspensión fué lo que más la regocijó. Se mostraba despiadada, y no paraba de hablar de aquella mariposa de quincalla, el sueño de todas las obreritas que no tienen muebles propios. Lámparas como aquellas las había en todos los bazares á siete francos cincuenta.

—Me ha costado noventa francos,—acabó por explicar Malignon, impacientado.

Entonces Julieta se mostró encantada por haberle hecho montar en cólera. Cuando se hubo calmado, preguntó Malignon astutamente:

—¿No se quita usted el abrigo?

—Sí,—respondió ella.—Hace un calor en esta casa...

Se quitó también el sombrero, que Malignon fué á colocar con el abrigo sobre el lecho. Cuando volvió á la salita, la halló sentada delante del fuego, mirando aún en torno. Julieta se había vuelto á poner seria, y consintió en mostrarse conciliadora.

—Es muy feo,—dijo,—pero no está usted del todo mal aquí. Las dos habitaciones hubieran podido quedar divinamente.

—¡Oh! Para lo que me sirven...—dijo el pollo con gesto de despreocupación.

En seguida se arrepintió de tan estúpida frase. No era posible ser más grosero ni más torpe. Julieta había bajado la cabeza, asaltada de nuevo por una incomodidad dolorosa en la garganta. Por un instante, acababa de olvidar para qué estaba allí. Ma-

lignon quiso al menos aprovecharse de la turbación en que la había puesto.

—Julieta...—murmuró inclinándose hacia ella.

La joven le hizo sentar con un ademán. Había sido en los baños de mar de Trouville donde Malignon, aburrido por la vista del Océano, había tenido la peregrina idea de enamorarse. Desde hacía ya tres años, vivían en una familiaridad regañona. Una noche, él le tomó la mano. Ella no se incomodó, y empezó por bromear. Después, con la cabeza vacía y el corazón libre, Julieta se figuró que le amaba. Hasta aquel día, había hecho poco más ó menos lo que hacían sus amigas en torno de ella; pero le faltaba una pasión; la curiosidad y el deseo de ser como las otras la impulsaron. Al principio, si el joven se hubiera mostrado brutal, ella habría sucumbido infaliblemente. Pero Malignon tuvo la fatuidad de querer vencer por su ingenio, y la dejó acostumbrarse al juego de coqueta á que jugaba. De modo que, desde su primera violencia, una noche en que contemplaban el mar los dos juntos, como dos amantes de ópera cómica, Julieta lo había rechazado, asombrada, irritada porque él la estropeaba aquella novela que la divertía.

En París, Malignon se había jurado ser más hábil. Habíala vuelto á coger en un período de aburrimiento, al final de un invierno fatigoso, cuando los placeres conocidos, las comidas, los bailes, los estrenos, comenzaban á desconsolarla por su monotonía. La idea de una habitación amueblada en un barrio apartado, el misterio de semejante cita, el punto de aroma sospechoso que olfateaba, ha-

bían seducido á Julieta. Aquello le parecía original, y había que verlo todo. Y Julieta sentía, en el fondo de su sér, una calma tan hermosa, que no estaba mucho más turbada en casa de Malignon que en los talleres de los pintores á quienes visitaba para pedirles lienzos para sus ventas de caridad.

—Julieta... Julieta...—repetía el joven, buscando inflexiones de voz acariciadoras.

—Veamos, sea usted razonable,—dijo ella tranquilamente.

Y tomó de la chimenea un abanico japonés, y continuó, con la mayor soltura, como si se hallase en su propio salón:

—Ya sabe usted que hemos ensayado esta mañana... Me parece que no he estado muy feliz al escoger á madame Berthier. Hace una Matilde lloricona, insoportable... Aquel monólogo tan bonito, cuando se dirige á su bolsa: «Pobrecita mía, te besaba hace un momento...», pues bien, lo recita como una colegiala que ha preparado un saludo... Me tiene muy inquieta.

—¿Y madame de Guiraud?—preguntó él, acercando más la silla y cogiéndole una mano.

—¡Oh, magnífica!... He descubierto en ella á una excelente madame de Léry, que tiene intención, expresión y...

Le abandonaba la mano, que Malignon besaba entre dos frases, sin que la joven pareciera percatarse de ello.

—Pero lo peor del caso,—decía,—es que no esté usted allí. En primer lugar, haría observaciones á madame Berthier; además, es imposible que lle-

guemos á tener un buen conjunto si no va usted nunca.

Malignon había logrado pasarle un brazo al redor del talle.

—Desde el momento en que sé mi papel...—murmuró.

—Sí, muy conforme; pero hay que arreglar el juego escénico. Es usted muy poco amable, por no dedicarnos dos ó tres mañanas...

No pudo continuar, porque Malignon le estaba depositando una lluvia de besos en el cuello. Entonces, tuvo Julieta que fijarse en que él la tenía abrazada, y le rechazó, abofeteándole ligeramente con el abanico japonés que aun tenía en la mano. Sin duda se había jurado no dejarle pasar más adelante. Su blanco rostro enrojecía bajo el ardiente reflejo del fuego, y sus labios se adelgazaban con el mohín de una mujer curiosa á la que asombran tales emociones. ¿De verdad no era más que orgullo? Hubiera sido preciso llegar hasta el fin; y la asaltaba una especie de miedo.

—Déjeme usted,—balbuceó, sonriendo con aire forzado.—Me voy á incomodar...

Pero Malignon creyó que la había conmovido. Con la mayor frialdad pensaba:

—Si la dejo salir de aquí como ha entrado, está perdida para mí.

Las palabras de Julieta eran inútiles; el joven le volvió á coger las manos, y quiso subir hasta los hombros. Por un instante, Julieta pareció entregarse. No tenía más que cerrar los ojos, y sabría. Acometíala este deseo, y lo discutía en su interior

con gran lucidez. Entre tanto, le pareció que alguien gritaba *no*. Era ella la que había gritado aún antes de haberse respondido á sí misma.

—¡No, no!—repetía.—Déjeme usted... Me hace daño... No quiero... no quiero.

Y como Malignon seguía sin decir nada, empujándola hacia la alcoba, la joven se desasíó con violencia. Obedecía á movimientos muy singulares, ajenos á sus deseos; estaba irritada contra sí misma y contra él. En su turbación se le escapaban palabras incoherentes. ¡Ah! Ciertamente que él la recompensaba muy mal por su confianza. ¿Qué esperaba al mostrar semejante brutalidad? Llegó hasta tratarle de cobarde. Nunca, nunca le volvería á ver. Pero Malignon la dejaba hablar para aturdirse, y la perseguía con risa maliciosa y tonta. Julieta acabó por balbucear, refugiándose detrás de un sillón, vencida de pronto, comprendiendo que le pertenecía sin que él hubiera extendido aún las manos para tomarla. Fué uno de los minutos más desagradables de su existencia.

Y estaban allí, frente á frente, con el rostro alterado, avergonzado y violento, cuando se oyó de repente un ruido. Al punto no comprendieron. Habíase abierto una puerta, y unos pasos atravesaban la alcoba, en tanto que una voz les gritaba:

—¡Huyan!... ¡Huyan! Van ustedes á ser sorprendidos.

Era Elena. Los dos, estupefactos, la contemplaban. Su asombro era tan grande, que olvidaban lo embarazoso de su situación. Julieta no tuvo ni siquiera un movimiento de contrariedad.

—¡Huya usted!—repetía Elena.—Su marido estará aquí dentro de dos minutos...

—¡Mi marido!—tartamudeó la joven.—¡Mi marido!... ¿Por qué? ¿Para qué?

Volvíase imbécil. Todo se hacía un caos en su cabeza. Le parecía prodigioso que Elena estuviese allí y le hablase de su marido. Pero la joven hizo un gesto de cólera.

—¡Ah! ¿Cree usted que tenemos tiempo de explicarnos?... Va á venir. Ya está usted advertida. Váyase en seguida... ¡Váyanse los dos!

Entonces, Julieta entró en agitación extraordinaria. Corría por medio de las habitaciones, trastornada, profiriendo palabras incoherentes:

—¡Ah, Dios mío! ¡Ah, Dios mío!... Gracias. ¿Dónde está mi abrigo! ¡Qué majadería tener una alcoba tan oscura!... Déme usted mi abrigo... Traiga una bujía para que encuentre mi abrigo... Amiga mía, no haga usted caso si no le doy las gracias... No sé dónde están las mangas... No, no sé, no puedo...

El miedo la paralizaba, y fué preciso que Elena la ayudara á ponerse el abrigo. Julieta se puso el sombrero al revés, y ni siquiera se ató las bridas, pero lo peor fué que perdieron un minuto largo en buscar el velo, que se había caído debajo de la cama. Balbuceaba la joven, con las manos perdidas y temblorosas, palpándose á sí misma para ver si no olvidaba algo comprometedor.

—¡Qué lección! ¡Qué lección! ¡Una y no más, lo juro!

Malignon, muy pálido, tenía rostro de imbécil,

Golpeaba el suelo con el pie, viéndose detestado y en ridículo. La única reflexión clara que estaba en estado de hacerse, era que decididamente no tenía suerte. No le subió á los labios más que esta desdichada pregunta:

—Entonces, ¿créé usted que yo debo irme también?

Y como Elena no le respondiera, tomó su bastón sin dejar de hablar, para fingir hermosa sangre fría. Había tiempo. Precisamente, existía otra escalera, una escalerilla de servicio abandonada, pero por la cual aun se podría pasar. El fiacre de madame Deberle se había quedado delante de la puerta. Los llevaría á los dos por los muelles. Y el pollo repetía:

—Cálmese usted. Todo se puede arreglar. Mire usted, es por aquí.

Había abierto una puerta, y se veía la serie de las tres habitaciones pequeñas, negras, desahajadas, que conservaban toda su hediondez. Una bocanada de aire húmedo entró en la sala. Julieta, antes de penetrar en aquella miseria, tuvo el último estallido de rebeldía, preguntando en voz alta:

—¡Cómo he podido venir aquí! ¡Qué abominación!... No me perdonaré nunca.

—De prisa,—decía Elena, tan ansiosa como ella.

La empujó. Entonces la joven se arrojó á su cuello llorando. Era una reacción nerviosa. Sentíase muerta de vergüenza; hubiera querido defenderse, decir por qué la habían encontrado en casa de aquel hombre. Después con movimiento instintivo, se recogió las faldas, como si hubiese tenido que

pasar un arroyuelo. Malignon, que había pasado delante, apartaba con la punta del pie el yeso que llenaba la escalera de servicio. Las puertas se cerraron tras ellos.

Entre tanto, Elena había permanecido en pie en medio del saloncito. Escuchaba. En torno de ella se había extendido un gran silencio, un silencio cálido y encerrado, turbado sólo por el chisporroteo de la leña reducida á brasas. Los oídos le zumbaban y no oía nada. Pero, al cabo de un rato que le pareció interminable, se oyó el súbito rodar de un coche. Era el fiacre de Julieta que partía. Entonces, Elena suspiró, y se vió en su rostro un gesto mudo de agradecimiento. El pensar en que no tendría el remordimiento eterno de haber obrado con bajeza, la anegaba en un sentimiento lleno de dulzura y de gratitud vagas. Sentíase aliviada, enternecidísima, pero con tan repentina debilidad, después de la crisis atroz de que salía, que no se sentía ya con fuerzas bastantes para alejarse á su vez. En el fondo pensaba que Enrique iba á llegar y en que era preciso que encontrase allí á alguien. Llamaron y Elena abrió en seguida.

Al pronto fué una sorpresa enorme. Enrique entraba, preocupado por aquella carta sin firma que había recibido, con el rostro lívido de inquietud. Pero al ver á Elena, dejó escapar un grito:

—¡Usted!... ¡Dios mío! ¡Era usted!

Había, en este grito, más estupor aun que alegría. No contaba con aquella cita dada con semejante audacia. Después, todos sus deseos de hombre fueron despertados por aquel ofrecimiento tan im-

previsto, en el voluptuoso misterio de aquel retiro.

—Usted me ama... usted me ama,—balbuceó.— Por fin está usted aquí... ¡Y yo que no había comprendido!

Abría los brazos y quería tomarla en ellos. Elena le había sonreído á su entrada. Pero ya retrocedía, completamente pálida. Cierta que le esperaba, que se había dicho que charlarían un rato, que inventaría un pretexto, cualquier cosa. Pero bruscamente se le aparecía la situación. Enrique creía en una cita. Nunca hubiera querido Elena tal cosa. Se rebelaba.

—Enrique, se lo ruego... Déjeme...

Pero él le había cogido las muñecas, y la atraía lentamente, como para vencerla después de un beso. El amor agrandado por el espacio de meses, dormido más tarde por la ruptura de su intimidad, estallaba tanto más violento, cuanto que comenzaba á olvidar á Elena. Toda la sangre de su corazón se le agolpaba á las mejillas; y Elena se resistía, al verle aquel rostro ardiente, que reconocía y que la asustaba. Ya dos veces la había mirado Enrique con aquellas miradas de loco.

—Déjeme usted, me da miedo... Le juro á usted que se equivoca.

Entonces el doctor pareció de nuevo sorprendido.

—¿No es usted la que me ha escrito?—preguntó.

Elena vaciló un segundo. ¿Qué decir, qué responderle?

—Sí,—dijo por fin á media voz.

No podía, sin embargo, entregar á Julieta des-

pués de haberla salvado. Era aquello como un abismo por el cual se sentía resbalar. Enrique examinaba las dos habitaciones, admirándose del alumbrado y de su mobiliario. Se atrevió á preguntar:

—¿Es esta su casa de usted?

Y como Elena se callara:

Su carta me ha atormentado muchísimo... Elena, usted me oculta algo. Por piedad, tranquilíceme usted.

La joven no escuchaba, y pensaba que tenía razón el doctor al creer en una cita. ¿Qué hubiera hecho ella allí? ¿Por qué le habría esperado? No encontraba ningún pretexto. Ya no estaba ni siquiera segura de no haberle dado aquella cita. Envolvía un abrazo en el cual iba desapareciendo lentamente.

El la estrechaba más aun. Le preguntaba muy de cerca, con los labios juntos á los de ella, para arrancarle la verdad.

—¿Me esperaba usted? ¿Me esperaba usted?

Entonces, entregándose, sin fuerza, asaltada de nuevo por aquella lasitud y por aquella dulzura que la destrozaban, consintió en decir lo que él dijese, en querer lo que él quisiera.

—Le esperaba á usted, Enrique...

Sus bocas se acercaban más aun.

—Pero ¿á qué la carta?... Y la encuentro á usted aquí... ¿Dónde estamos?

—No me pregunte usted, no procure nunca saber...

Tiene usted que jurármelo... Soy yo, y estoy á

su lado, ya lo ve usted. ¿Para qué quiere usted saber más?

—¿Me ama usted?

—Sí, le amo.

—¿Es usted mía, Elena, completamente mía?

—Sí, completamente.

Labios contra labios se habían besado. Elena lo había olvidado todo, y cedía á una fuerza superior. Aquello le parecía ya natural y necesario. Sentíase invadida por una gran paz, y ya no tenía más que sensaciones y recuerdos de juventud. En un día de invierno semejante, cuando era muchacha, en la calle de las Petites Maries, había estado á punto de morir, en una estancia sin ventilación, delante de un gran fuego de carbón encendido para planchar. Otro día, en verano, las ventanas estaban abiertas, y un pinzón perdido en la calle negra había recorrido toda su habitación de un aletazo. ¿Por qué pensaba en su muerte? ¿Por qué veía volar á aquel pájaro? Sentíase llena de melancolía y de puerilidad en el anonadamiento delicioso de todo su sér.

—Pero estás mojada,—murmuró Enrique.—¿Has venido á pie?

Bajaba la voz para tutearla, y le hablaba al oído, como si hubiesen podido oírles. Ahora que la joven se entregaba, sus deseos temblaban delante de ella, y la rodeaba de una caricia ardiente y tímida, sin atreverse ya, retardando el momento. Acometíale por la salud de ella un desvelo paternal, y sentía la necesidad de cuidarla en algo íntimo y pequeño.

—Tienes los pies calados, te vas á resfriar,—repetía.—¡Dios mío! ¡Vaya una ocurrencia la de andar por la calle con esos zapatos!

La había hecho sentar delante del fuego. Ella sonreía, sin defenderse, abandonándole los pies para que la descalzara. Sus zapatitos caseros, rotos en los guijarros del pasaje de las Aguas, estaban pesados como esponjas. Se los quitó Enrique, y los puso á ambos lados de la chimenea. Las medias también estaban húmedas, marcadas por una mancha de barro hasta el tobillo. Entonces, sin que Elena pensara en sonrojarse, con gesto de incomodado y lleno de ternura á pesar de su brusquedad, se las quitó Enrique, diciendo:

—Así es como se resfría uno, Calientate.

Había acercado un taburete. Los dos pies de nieve, delante de la llama, se iluminaban con rosado reflejo. Sentíase el calor. En el fondo, dormía la alcoba con su gran lecho. La mariposa se había anegado, y uno de los cortinajes, desprendido de su abrazadera, cubría por mitad la puerta. En el saloncito, las bujías, que ardían con llama muy alta, habían puesto el olor cálido de un final de velada. A ratos se oía por fuera el chorro de un chubasco, un zumbido sordo en el gran silencio.

—Sí, es verdad, tengo frío,—murmuró Elena con un estremecimiento, á pesar del gran calor.

Sus pies de nieve estaban helados. Entonces Enrique se empeñó en tomarlos en las manos. Las manos le ardían, y le calentarían en seguida los pies.

—¿Los sientes?—preguntaba.—Tienes los pies tan pequeños que puedo envolverlos por entero.

Y los estrechaba entre sus manos febriles. Sólo sobresalían los rosados dedos. Elena alzaba los talones, y se oía el ligero roce de los tobillos. Enrique abría las manos, mimaba durante unos segundos aquellos pies tan suaves, tan delicados, con el pulgar algo separado. La tentación fué muy fuerte, y los besó. Después, como ella se estremeciese:

—No, no, calientate. Cuando no tengas frío.

Los dos habían perdido la conciencia del tiempo y del lugar. Experimentaban la vaga sensación de hallarse ya en una noche de invierno muy avanzada. Aquellas bujías que se acababan en la tibieza adormecida de la estancia, les hacían creer que debían de haber estado en vela horas enteras. Pero no sabían dónde. Alrededor de ellos se extendía un desierto; ni un ruido, ni una voz humana; la impresión de un mar negro en el que soplaba una tempestad. Estaban fuera del mundo, á mil leguas de la tierra. Y este olvido de los vínculos que les unían á los seres y á las cosas era tan absoluto, que les parecía nacer allí, en aquel mismo instante, y tener que morir allí, en seguida, cuando cayeran uno en brazos del otro.

Ni siquiera hallaban ya palabras. Las palabras no expresaban sus sentimientos. Quizá se habían conocido en otra parte; pero aquel conocimiento antiguo no importaba. Sólo existía el minuto actual, y lo vivían largamente, sin hablar de su amor, acostumbrados ya el uno al otro como después de diez años de matrimonio.

—¿Tienes calor?

—Sí, sí, gracias.

Una inquietud la hizo inclinarse, y decir en voz baja:

—Mis zapatos no se van á secar.

El la tranquilizó; cogió los zapatitos, y los apoyó contra los morillos de la chimenea, diciendo en voz muy baja:

—Así se secarán, te lo aseguro.

Se volvió, le besó de nuevo los pies, y subió hasta la cintura. El tizón que llenaba el hogar les quemaba á ambos. Elena no sintió el menor impulso de rebelión ante aquellas manos palpadoras, á las que el deseo extraviaba de nuevo. En el desvanecimiento de todo cuanto la rodeaba y de lo que ella misma era, quedaba sólo el único recuerdo de su juventud, una estancia en donde hacía un calor tan fuerte como aquel, un gran hornillo con planchas sobre el cual se inclinaba ella. Y recordaba que había experimentado un anonadamiento semejante, y que aquello no era más dulce que los besos de que Enrique la cubría, no le daban una muerte lenta más voluptuosa.

No obstante, cuando de repente la cogió él en brazos, para llevarla á la alcoba, sintió Elena una ansiedad postrera. Creía que alguien había gritado, y le parecía que olvidaba á alguien que sollozara en la sombra. Pero fué tan sólo un estremecimiento; miró en torno de la estancia, y no vió á nadie. Aquella habitación era desconocida para ella, y no le hablaba ningún objeto. Fuera caía un chubasco más violento con clamor prolongado. Entonces, como asaltada por la necesidad de dormir, se dejó caer sobre el hombro de Enrique, y se dejó

llevar. Detrás de ellos, el otro cortinaje se escapó de su abrazadera.

Cuando volvió Elena, con los pies descalzos, á coger sus zapatos de delante del fuego que se moría, pensaba que nunca se habían amado menos que aquella tarde.

en la que no estaba su madre, y que yacía caída con dejadez de muerta.

Juntó las manos la niña, y llamó por última vez:
—Mamá... Mamá...

Pero los cortinajes de terciopelo azul ensordecían la habitación. No había más; estaba sola.

Entonces, pasó el tiempo. En el reloj sonaron las tres. Un día oscuro y triste penetraba por las ventanas. Pasaban nubes de color de sebo, que ensombrecían más aun el cielo. Al través de los cristales, empañados por ligera neblina, se distinguía un París brumoso, borrado en una especie de vapor de agua, con lejanías perdidas en grandes humaredas. Ni siquiera la ciudad estaba allí para hacer compañía á la niña, como en aquellas claras tardes en que le parecía que, inclinándose un poco, iba á tocar los barrios con la mano.

¿Qué iba á hacer? Sus bracitos desesperados se oprimieron contra su pecho. Su abandono se le aparecía negro, sin límites, de una injusticia y de una maldad que la enfurecían. No había visto nunca nada más feo, y le parecía que todo iba á desaparecer, que nada volvería.

Después vió á su lado, en un sillón, á la muñeca, sentada, con la espalda apoyada en un cajón, las piernas estiradas, y mirándola como si fuese una persona. Aquella no era su muñeca mecánica, sino una gran muñeca de cabeza de cartón, con el pelo rizado y ojos de esmalte, cuya fija mirada la turbaba á veces; en dos años que llevaba vistiéndola y desnudándola, la cabeza se le había desconchado por la barba y las mejillas, y los miembros de ro-

Juana, con los ojos fijos en la puerta, continuaba con la gran pena de la brusca partida de su madre. Volvió la cabeza; la habitación estaba vacía y silenciosa; pero la niña oía aún la prolongación de los ruidos, de los pasos precipitados que se alejaban, un roce de faldas, la puerta del piso cerrada violentamente. Después no se oyó nada. Y estaba sola.

Sola completamente, completamente sola. Sobre la cama, la bata de su madre, tirada de cualquier modo, colgaba con las faldas extendidas y una manga caída sobre el travesaño, con la postura extrañamente aplastada de una persona que hubiese caído allí sólozando y como vencida por un dolor inmenso.

Sobre el suelo yacían piezas de ropa blanca. Una pañoleta negra formaba allí una mancha de luto. En el desorden de las empujadas sillas, del velador arrastrado hasta el armario de luna, se hallaba Juana completamente sola, y sentía que las lágrimas la asfixiaban al contemplar aquella bata

sada piel rellenos de aserrín habían adquirido una languidez, una blandura desmadejada de trapos viejos. La muñeca, entonces, estaba vestida con traje de noche, con sólo una camisa, y con los brazos dislocados, uno hacia arriba y el otro hacia abajo. Entonces Juana, al ver que había alguien con ella, se sintió menos desgraciada. Tomó á la muñeca en brazos, y la apretó fuerte, en tanto que la cabeza se le caía hacia atrás, con el cuello roto. Y la niña le hablaba; era la mejor, tenía buen corazón; no salía nunca ni la dejaba sola completamente. Era su tesoro, su gatita, su corazoncito. Temblando de pies á cabeza, y conteniéndose para no llorar aún, la cubrió de besos.

Esta furia de caricias la vengaba un poco; la muñeca cayó sobre su brazo como un pingajo. Juana se había levantado, y miraba hacia fuera, con la frente apoyada en un cristal. La lluvia había cesado, y las nubes del último chubasco, arrebatadas por una ráfaga de viento, rodaban hacia el horizonte, por las alturas del Père-Lachaise, anegadas en líneas grises; y París, sobre aquel fondo de tempestad, iluminado por una luz uniforme adquiría una grandeza solitaria y triste. Parecía despojado, semejante á esas ciudades de las pesadillas que se ven en un reflejo de astro muerto. La verdad es que no era bonito.

Vagamente pensaba Juana en los seres á quienes había querido desde que estaba en el mundo. Su buen amigo más antiguo, en Marsella, había sido un gatazo pardo, que pesaba muchísimo. La niña lo cogía por debajo del vientre, apretando los bracitos,

y de aquel modo lo llevaba de una silla á otra sin que el animal se incomodase; después había desaparecido, y esta era la primera maldad de que se acordaba. En seguida había tenido un gorrión; éste había muerto, y una mañana se lo había encontrado sin vida en la jaula; ya eran dos. No contaba los juguetes que se rompían para darle pena, ni las injusticias de todas clases que la hacían sufrir muchísimo, porque era demasiado tonta. Una muñeca sobre todo, no más alta que la mano, la había desesperado dejándose aplastar la cabeza; la había querido tanto, que á escondidas la había enterrado en un rincón del patio; y más tarde, asaltada por la necesidad de volver á verla, la desenterró y se puso mala de miedo, al hallarla tan negra y tan fea. Siempre eran los demás los primeros en dejar de querer. Se rompían, partían; en fin, que era culpa de ellos. ¿Por qué? Ella no cambiaba. Cuando quería á alguien, le duraba toda la vida. Ella no comprendía el abandono. Este era una cosa enorme, monstruosa, que no podía entrar en su corazoncito sin hacerlo estallar. Asaltábale un escalofrío al pensar ideas confusas, lentamente despertadas en ella. De modo que un día se separaban las personas y se iba cada cual por su lado, y no se veían más ni se querían más. Y con los ojos fijos en París, en aquel París inmenso y melancólico, permanecía Juana completamente fría, ante lo que su pasión de doce años adivinaba de las crueldades de la existencia.

Entre tanto, su aliento había empañado los cristales. Juana borró con la mano la neblina que

le impedía ver. Algunos monumentos, á lo lejos, lavados por el chubasco, ofrecían reflejos de espejos bruñidos. Hileras de casas, limpias, de fachadas pálidas, entre medio de los tejados, parecían piezas de ropa blanca extendidas, una colada colosal secándose en prados de rojiza hierba. El día se aclaraba, y la cola de nube que cubría aún con un vapor la ciudad, dejaba pasar la radiación lechosa del sol; y se sentía una alegría vacilante por cima de los barrios, y se veían algunos rincones en que el cielo iba á sonreír. Juana miraba hacia abajo, al muelle y á las cuevas del Trocadero, y veía volver á empezar la vida de las calles, después de aquella ruda lluvia que caía en fuertes chaparrones. Los fiacres volvían á adquirir sus lentos vaivenes, en tanto que los ómnibus, en el silencio de las calzadas desiertas aun, pasaban con redoblada sonoridad. Cerrábanse algunos paraguas; los transeúntes cobijados bajo los árboles se arriesgaban á pasar de una acera á otra, en medio del chorrear de los charcos que fluían hasta las cloacas.

Juana se interesaba sobre todo por una señora con una niña, muy bien aderezadas, á quienes veía en pie bajo el toldo de una vendedora de juguetes, cerca del puente. Sin duda se habían refugiado allí por haberles sorprendido la lluvia. La niña revolvió el tenderete, y atormentaba á la señora para que le comprara un aro; y las dos se iban ya; la niña corriendo, sonriente é indócil, hacía correr el aro por la acera. Entonces Juana se volvió á poner muy triste; su muñeca le pareció horrible. Era un aro lo que quería, y estar allá abajo, y correr, mien-

tras su madre, detrás de ella, anduviera á pasitos cortos, gritándole que no fuera tan lejos.

Todo se empañaba. Cada minuto tenía que limpiar el cristal. Le habían prohibido que abriese la ventana, pero se sentía llena de rebelión, y quería por lo menos mirar hacia afuera, ya que no se la llevaban. Abrió y se apoyó con los codos como una persona mayor, como su madre, cuando se ponía allí sin hablar una palabra.

El aire era suave, de dulzura húmeda, que á Juana le parecía muy bueno. Una sombra, extendida poco á poco sobre el horizonte, le hizo levantar la cabeza. Tenía la sensación de que, por cima de ella, había un pájaro gigante, con las alas tendidas. Al pronto no vio nada; el cielo permanecía claro; pero una mancha sombría se dejó ver en el ángulo del tejado, se desbordó, invadió el cielo. Era una nueva ráfaga, impelida por un terrible viento del Oeste. El día se había oscurecido rápidamente, y la ciudad estaba negra, con resplandor lívido que daba á las fachadas un tono de moho antiguo. Casi en seguida cayó la lluvia. Las calzadas quedaron barridas. Volviéronse algunos paraguas, y los transeúntes, huyendo por todas partes, desaparecieron como por ensalmo. Una señora vieja se llevaba las manos á las faldas, en tanto que el chubasco caía sobre su sombrero con pesadez de canalón. Y la lluvia andaba, y se podía seguir el vuelo de la nube, por la furiosa carrera del agua hacia París; la línea de gruesas gotas enfilaba las avenidas de los muelles, con galope de caballo desbocado, levantando un polvillo cuya pequeña hu-

mareada blanca rodaba al ras del suelo con velocidad prodigiosa; bajaba por los Campos Eliseos, se en-golfaba en las largas calles rectas del barrio de San Germán, llenaba de un salto las anchas llanuras, las plazas vacías, las encrucijadas desiertas. En algunos segundos, tras aquella trama cada vez más espesa, la ciudad palideció, pareció fundirse. Fué como una cortina lanzada oblicuamente del ancho cielo á la tierra. Subían vapores, y el chapoteo inmenso tenía el ruido ensordecedor de herrajes removidos.

Juana, aturdida por el clamor, retrocedía. Parecía que una pared de color opaco se había alzado delante de ella. Pero adoraba la lluvia, y volvió á apoyarse de codos, y alargó los brazos, para sentir las gruesas gotas frías aplastándose en sus manos. Aquello la divertía, y se empapaba hasta las mangas. Su muñeca, como ella, debía de tener dolor de cabeza. De modo que acababa de ponerla á horcajadas en la baranda, con la espalda apoyada en la pared. Y al ver que las gotas la salpicaban, pensaba Juana que la lluvia le hacía mucho bien. La muñeca, muy rígida, con la eterna sonrisa de sus dientesillos, tenía un hombro chorreando, en tanto que las ráfagas de viento le levantaban la camisa. Su pobre cuerpecito, relleno de aserrín, tiritaba.

¿Por qué no se la había llevado su madre? Juana hallaba en aquel agua que le golpeaba las manos, una nueva tentación de estar fuera. Se debía de estar muy bien en la calle. Y volvía á ver, detrás del velo del chaparrón, á la niñita que hacía correr el aro sobre la acera. No había que decir; aquella había salido con

su madre. Hasta parecían las dos soberanamente contentas. Aquello probaba que también salían las niñas cuando llovía. Pero para ello era preciso querer llevarlas. ¿Por qué no habían querido? Entonces volvió Juana á pensar en el gato rojo que se le había marchado, con la cola levantada, hacia las casas de enfrente, y después en aquel pobre animalillo, el gorrion, á quien había intentado hacer comer cuando estaba muerto, y que había hecho como que no entendía. Estos recuerdos se la ocurrían siempre; no la querían con bastante fuerza. ¡Oh! Ella habría estado lista en dos minutos; los días en que le gustaba se vestía en seguida. Las botinas que le abrochaba Rosalía, el gabancito, el sombrero, y ya estaba. Bien hubiera podido su madre esperar dos minutos. Cuando bajaba á casa de sus amigos, no sentía tanta prisa como aquella tarde; cuando iba al Bosque de Bolonia la paseaba lentamente, cogida de la mano, y se paraba en cada tienda de la calle de Passy. Y Juana no adivinaba y sus negras cejas se enarcaban y sus delicadas facciones adquirían la celosa dureza que la comunicaba el rostro descolorido de solterona mala. Comprendía Juana confusamente que su madre iba á algún sitio al que no iban los niños. No se la había llevado para ocultarle algo. Al ocurrírsele estos pensamientos, su corazón se oprimía con tristeza indecible, y se sentía mal.

La lluvia se hacía más fina, y comenzaban á notarse algunas transparencias al través de la cortina que velaba á París. La cúpula de los Inválidos fué la primera en aparecer, ligera y temblorosa, en la vibración reluciente del chubasco. Después, bro-

taban los barrios de la ola que se retiraba, y la ciudad pareció salir de un diluvio, con sus techos chorreantes, en tanto que nuevos arroyos llenaban otra vez las calles con una especie de vapor. Pero, de pronto, brotó una llama y cayó un rayo de luz en medio del chubasco. Entonces, por espacio de un instante, fué una sonrisa entre lágrimas. Ya no llovía en el barrio de los Campos Elíseos, y la lluvia caía sobre la orilla izquierda, la ciudad, las lejanías de los arrabales. Veíase caer las gotas como flechas de acero, delgadas y abundantes entre el sol. Hacia la derecha se dibujaba un arco iris. A medida que el rayo de sol se ensanchaba, fajas rosadas y azules pintaban el horizonte con confusión de acuarela infantil. Hubo una especie de flamear, una caída de nieve de oro sobre una ciudad de cristal. Y el rayo se extinguió; había rodado una nube, y la sonrisa se anegaba en las lágrimas, y París goteaba con largo ruido de sollozos, bajo el cielo de color de plomo.

Juana, con las mangas chorreando agua, tuvo un golpe de tos. Pero no sentía el frío que la penetraba, pues estaba absorta por la idea de que su madre había bajado á París. Había acabado la niña por conocer tres monumentos, los Inválidos, el Panteón y la torre de Santiago; repetía sus nombres, y los señalaba con el dedo, sin imaginar cómo podrían ser cuando se les mirara de cerca. Sin duda su madre se hallaba allá abajo; y la ponía en el Panteón, porque éste era el que más le asombraba, enorme y erguido en el aire, como el penacho de la gran ciudad. Después, se preguntaba,

París seguía siendo para ella el lugar á donde no iban los niños. No la llevaban nunca. Hubiera querido saber, para decirse tranquilamente: «Mamá está allí, hace esto». Pero le parecía demasiado grande, y no se podía encontrar á nadie en él. Sus miradas saltaban al otro extremo de la llanura. ¿No estaría quizá en aquel otro montón de casas, á la izquierda, sobre una colina? ¿O muy cerca bajo los grandes árboles cuyas desnudas ramas parecían haces de leña? ¡Si hubiera podido levantar los tejados! ¿Qué sería aquel monumento tan negro? ¿Y aquella calle en que corría aquéllas? ¿Y todo aquel barrio que le inspiraba miedo, porque de seguro que allí se pegaban? No distinguía con claridad; pero, sin mentir, aquéllas se movía, aquéllas era muy feo, y las niñas no debían mirarlo. Toda clase de suposiciones vagas, que la daban ganas de llorar, turbaban su ignorancia de niña. Lo desconocido de París, con sus humaredas, su retumbar continuo, su vida poderosa, soplabá hasta ella, en aquel húmedo tiempo de deshielo, un olor de miseria, de inmundicias y de crimen, que hacía desviar su joven cabecita, como si se hubiera inclinado encima de uno de esos pozos apestados, que exhalan la asfixia de su lodo invisible. Los Inválidos, el Panteón, la torre de Santiago... Juana los nombraba, los contaba; después, no sabía más, y se quedaba asustada y avergonzada, con el pertinaz pensamiento de que su madre estaba en aquellas cosas horribles, en alguna parte que ella no adivinaba, en todo lo hondo, allá abajo.

Bruscamente, Juana se volvió. Hubiera jurado

haber sentido pasos en la alcoba, y hasta que una mano ligera acababa de posarse levemente en su hombro. Pero la alcoba estaba vacía, en el pesado desorden en que Elena la había dejado; la bata seguía llorando, alargada, aplastada sobre el travesaño de la cama. Entonces Juana, completamente blanca, recorrió con la mirada toda la estancia, y sintió desgarrado el corazón. Estaba sola, enteramente sola. ¡Dios santo! Su madre, al partir, la había rechazado, y muy fuerte, hasta tirarla al suelo. Recordaba esto con una angustia horrible, y el dolor de aquella brutalidad le volvía á dar en las muñecas y en los hombros. ¿Por qué le había pegado? Ella era buena, y no tenía nada que reprocharse. De ordinario le hablaban con tanta dulzura, que aquella corrección la sublevaba. Experimentaba aquella sensación de sus temores de niña, cuando la amenazaban con el lobo y cuando miraba sin ver; era, en la sombra, como una cosa que fuera á aplastarla. Sin embargo, sospechaba, con el rostro descolorido, hinchado poco á poco por una cólera celosa. De repente, el pensamiento de que su madre debía de querer más que á ella á las personas á cuya casa había ido después de rechazarla con tanta fuerza, le hizo llevarse las dos manos al pecho. Ya comprendía. Su madre le hacía traición.

Sobre París se había cernido una gran ansiedad, á la espera de una nueva borrasca. El aire obscurecido tenía una especie de murmurio, y flotaban espesas nubes. La niña, en la ventana, tosió violentamente; pero se sentía como vengada al tener

frío, y hubiera querido ponerse mala. Con las manos contra el pecho, sentía aumentarse en él su malestar. Era una angustia á la cual se abandonaba su cuerpecito. Temblaba de miedo, sin osar volverse ya, helada por completo á la idea de mirar otra vez á la alcoba. Cuando una es pequeña, no se tienen fuerzas. ¿Qué sería, pues, aquel mal nuevo, cuya crisis la llenaba de vergüenza y de amarga dulzura? Cuando le daban bromas, cuando le hacían cosquillas, á pesar de sus risas había sentido á veces aquel desesperado escalofrío. Envarada por completo, esperaba con una rebeldía de sus miembros inocentes y vírgenes. Y en el fondo de su sér, de su sexo de mujer despertado, brotó un vivo dolor como un golpe recibido de lejos. Entonces, sintiéndose desfallecer, lanzó un grito ahogado: «¡Mamá! ¡Mamá!», sin que se pudiera saber si llamaba á su madre en su socorro, ó si la acusaba por haberla ocasionado aquel mal del cual se moría.

En aquel momento, la tempestad estallaba. En el pesado y ansioso silencio, encima de la ciudad tomada negra, silbó el viento, y se oyó el prolongado crujido de París, las persianas que daban golpes, las tejas que volaban, los tubos de chimenea y los canalones que rebotaban en el empedrado de las calles. Hubo una calma de algunos segundos; después pasó una nueva ráfaga, llenando el horizonte de un soplo tan colosal, que el Océano de techumbres, estremecido, pareció levantar sus olas y desapareció en un torbellino. Por espacio de un instante fué el caos. Enormes nubes, alargadas como manchas de tinta, corrían por medio de las más pequeñas,

dispersas y flotantes, parecidas á andrajos que el viento destrozaba y se llevaba hilo á hilo. Un instante se atacaron dos nubes, se destrozaron entre chispas, que llenaron de fragmentos el espacio de color de cobre; y cada vez que el huracán saltaba de aquella suerte, soplando de todos los puntos del cielo, había en el aire un aplastamiento de ejércitos, un desquiciamiento inmenso cuyos escombros suspendidos iban á enterrar á París. No llovía aún. De pronto, reventó una nube en el centro de la ciudad, y una tromba de agua remontó el curso del Sena; la cinta verde del río, acribillada y manchada por el chapotear de las gotas, se trocaba en un río de fango; y uno por uno, detrás del chubasco, reaparecieron los puentes, adelgazados, ligeros en medio del vapor; en tanto que, á derecha é izquierda, los desiertos muelles sacudían furiosamente sus árboles á lo largo de la línea gris de las aceras. En el fondo, sobre Nuestra Señora, la nube se dividió y derramó tal torrente, que la ciudad quedó sumergida; tan sólo, por lo alto del anegado barrio, nadaban las torres en una clara, como brasas de rescoldo. Pero, por todas partes, el cielo se abría, y la ribera derecha pareció tragada por tres veces. La primera oleada devastó los arrabales lejanos, ensanchándose, golpeando las puntas de San Vicente de Paúl y de la torre de Santiago que blanqueaban bajo la ola. Otras dos, una tras otra, chorrearon sobre Montmartre y sobre los Campos Elíseos. A ratos se distinguían las cristaladas del Palacio de la Industria humeando entre las salpicaduras de la lluvia, San Agustín, cuya cúpula rodaba hasta el fondo de un

jirón de bruma como una luna extinguida, la Magdalena que alargaba su techumbre plana, parecida á las losas baldeadas de algún templo en ruinas; en tanto que, por detrás, la masa enorme y sombreada de la Opera hacía pensar en un barco desmantelado, con la quilla cogida entre dos rocas, y resistiéndose á los embates de la tempestad. En la orilla izquierda, velada por un polvillo de agua, se veían la cúpula de los Inválidos, las agujas de Santa Clotilde, las torres de San Sulpicio, fundiéndose en el aire impregnado de humedad. Ensanchóse una nube, y la columnata del Panteón dejó escapar ríos de agua que amenazaban inundar los barrios bajos. Y desde aquel momento, los golpes de la lluvia hirieron á la ciudad por todas partes, hubiérase dicho que el cielo se derrumbaba sobre la tierra. Las calles se hundían, sumergiéndose hasta el fondo y sobrenadando, en sacudidas cuya violencia parecía anunciar el fin de la ciudad. Subía un retumbar continuo, la voz de los arroyos acrecentados, el trueno de las aguas que se vaciaban en los albañales. Entre tanto, por cima del enlodado París, al que aquellos aguaceros manchaban del mismo tono amarillo, las nubes se deshacían en franjas, adquirían una palidez lívida, esparcida por igual, sin una grieta ni una mancha. La lluvia adelgazaba, rígida y puntiaguda; y cuando soplabá una nueva ráfaga, grandes ondas jaspeaban las grises líneas, y se oía á las gotas oblicuas, casi horizontales, que azotaban las paredes con un silbido, hasta que, decaído el viento, se volvían á poner derechas, pinchando el suelo con obstinada tranquilidad, desde el cerro de Passy á

la llana campiña de Charenton. Entonces, la inmensa ciudad, como destruída y muerta después de una suprema convulsión, extendió su campo de derribadas piedras bajo la desaparición del cielo.

La niña, medio caída junto á la ventana, había balbuceado de nuevo: «¡Mamá! ¡Mamá!»; y una fatiga inmensa la dejaba sin fuerzas, frente al sumergido París. En aquel anonadamiento, con los cabellos despinados y el rostro mojado de gotas de lluvia, conservaba el gusto de la amarga dulzura que acababa de estremecerla, en tanto que en su interior lloraba el pesar de algo irremediable. Todo le parecía concluído, y veía que se volvía viejísima. Las horas podían transcurrir, que ella no miraba siquiera á la alcoba. Tal desesperación llenaba su corazoncito de niña, que á su alrededor todo estaba negro. Si la riñeran como otras veces, cuando estaba enferma, sería muy injusto. Aquéllo la quemaba, la asaltaba como un dolor de cabeza. Con seguridad que hacía un momento, se le había roto algo en alguna parte. No podía impedirlo. Era preciso que se dejara hacer lo que quisiesen. Además, estaba ya cansadísima. Sobre la baranda, había anudado sus bracitos, y la asaltaba una especie de sopor; tenía la cabeza apoyada, y abría de vez en cuando sus ojos grandísimos, para ver el aguacero.

Seguía, seguía cayendo la lluvia, y el lívido cielo se fundía en agua. Había pasado un soplo postremo, y se oía un retumbar monótono. La lluvia soberana golpeaba sin fin, en medio de una inmovilidad solemne, á la ciudad que había conquistado, silenciosa y desierta. Y era tras el cristal rayado de

aquel diluvio, un París fantasma, de líneas temblorosas, que parecían disolverse. Ya no proporcionaba á Juana más que la necesidad de dormir, con sueños feos, como si todo lo desconocido de la ciudad, el mal que ella ignoraba, se hubiera exhalado entre brumas para penetrar en ella y hacerla toser. Cada vez que abría los ojos, la sacudían hipo de tos, y permanecía algunos segundos contemplando á París; después, al dejar caer de nuevo la cabeza, se llevaba su imagen, y le parecía que caía sobre ella y la aplastaba.

La lluvia caía sin cesar. ¿Qué hora podría ser ya? Juana no hubiese podido decirlo. Quizá el reloj no andaba ya. Le parecía demasiado fatigoso el volverse. Hacía lo menos ocho días que había marchado su madre. Había dejado ya de esperarla, y se resignaba á no volver á verla. Después, lo olvidaba todo, las crueldades que con ella habían tenido, el mal extraño que acababa de padecer, hasta el abandono en que la dejaba el mundo. Una pesadez bajaba hasta ella con frío de piedra. Era muy desgraciada tanto como los pobrecillos perdidos bajo las puertas, á los cuales daba ella limosna. Y esto no cesaría nunca, y sería tan desgraciada durante muchos años; era demasiado grande y demasiado pesado para una niñita como ella. ¡Dios santo! ¡Cómo se tosía, qué frío daba cuando ya no la querían á una! Y cerraba los apesadumbrados párpados, con el vértigo de un sopor febril, y su último pensamiento era un vago recuerdo de la infancia, una visita á un molino, con trigo amarillo, unos granos

pequeñísimos que pasaban por entre unas piedras grandes como casas.

Horas, horas pasaban, y cada minuto llevaba consigo un siglo. La lluvia caía sin descanso ni tregua, con el mismo gotear tranquilo, como si tuviera infinidad de tiempo, toda la eternidad, para anegar la llanura. Juana dormía. Junto á ella, su muñeca, doblada sobre la baranda, con las piernas en la habitación y la cabeza fuera, parecía una ahogada, con la camisa pegada á su piel de color de rosa, sus ojos fijos, sus cabellos chorreando agua; y estaba tan delgada que daba miedo, con aquella postura cómica y desconsoladora de muertecita. Juana, adormecida, tosía; pero no abría ya los ojos; su cabeza rodaba sobre sus cruzados brazos, y la tos terminaba en un silbido sin que la niña se despertara. No había nada ya; dormía en lo negro, y ni siquiera retiraba la mano, cuyos enrojecidos dedos dejaban caer gotas claras, una por una, en el fondo de los vastos espacios que se abrían bajo la ventana. Aquello duró aún horas y horas. En el horizonte, París se había desvanecido como una sombra de ciudad; el cielo se confundía con el brumoso caos de la planicie, y la lluvia gris seguía cayendo con pertinacia.

QUINTA PARTE

I

Era ya de noche hacía bastante rato, cuando volvió Elena á su casa.

Mientras subía penosamente la escalera agarrándose á la baranda, su paraguas goteaba sobre los peldaños. Delante ya de su puerta, permaneció algunos segundos resollando, aturdida aún por el rumor del chubasco á su alrededor, por los codazos de la gente que corría, por el reflejo de los reverberos que danzaban en los charcos. Andaba como en sueños, con la sorpresa de aquellos besos que acababa de dar y de recibir; y mientras buscaba la llave, pensaba en que no sentía ni remordimiento ni alegría. Había sido aquello, y no podía ella hacer que fuese de otra manera. Pero no encontraba la llave; sin duda se la había dejado olvidada en el bolsillo del otro traje. Entonces se sintió muy contrariada, y le pareció que se había arrojado ella misma de su casa. Tuvo que llamar.

pequeñísimos que pasaban por entre unas piedras grandes como casas.

Horas, horas pasaban, y cada minuto llevaba consigo un siglo. La lluvia caía sin descanso ni tregua, con el mismo gotear tranquilo, como si tuviera infinidad de tiempo, toda la eternidad, para anegar la llanura. Juana dormía. Junto á ella, su muñeca, doblada sobre la baranda, con las piernas en la habitación y la cabeza fuera, parecía una ahogada, con la camisa pegada á su piel de color de rosa, sus ojos fijos, sus cabellos chorreando agua; y estaba tan delgada que daba miedo, con aquella postura cómica y desconsoladora de muertecita. Juana, adormecida, tosía; pero no abría ya los ojos; su cabeza rodaba sobre sus cruzados brazos, y la tos terminaba en un silbido sin que la niña se despertara. No había nada ya; dormía en lo negro, y ni siquiera retiraba la mano, cuyos enrojecidos dedos dejaban caer gotas claras, una por una, en el fondo de los vastos espacios que se abrían bajo la ventana. Aquello duró aún horas y horas. En el horizonte, París se había desvanecido como una sombra de ciudad; el cielo se confundía con el brumoso caos de la planicie, y la lluvia gris seguía cayendo con pertinacia.

QUINTA PARTE

I

Era ya de noche hacía bastante rato, cuando volvió Elena á su casa.

Mientras subía penosamente la escalera agarrándose á la baranda, su paraguas goteaba sobre los peldaños. Delante ya de su puerta, permaneció algunos segundos resollando, aturdida aún por el rumor del chubasco á su alrededor, por los codazos de la gente que corría, por el reflejo de los reverberos que danzaban en los charcos. Andaba como en sueños, con la sorpresa de aquellos besos que acababa de dar y de recibir; y mientras buscaba la llave, pensaba en que no sentía ni remordimiento ni alegría. Había sido aquello, y no podía ella hacer que fuese de otra manera. Pero no encontraba la llave; sin duda se la había dejado olvidada en el bolsillo del otro traje. Entonces se sintió muy contrariada, y le pareció que se había arrojado ella misma de su casa. Tuvo que llamar.

—¡Ah! Es la señora—dijo Rosalía al abrir.—Ya empezaba á estar intranquila.

Y tomando el paraguas para llevarlo á la cocina y ponerlo sobre la piedra del fregadero:

—¡Eh! ¿Qué lluvia?... Ceferino, que acaba de llegar, ha venido hecho una sopa... Me he permitido hacerle quedar á comer, señora... Le han dado diez horas de permiso.

Elena, maquinalmente la seguía. Parecía sentir la necesidad de ver de nuevo todas las estancias de su casa, antes de quitarse el sombrero.

—Ha hecho usted bien, hija mía—respondió.

Por un instante se paró en el dintel de la cocina, contemplando los encendidos fogones. Con ademán instintivo abrió una alacena y la volvió á cerrar. Todos los muebles estaban en su sitio; los volvía á ver, y esto la ocasionaba una satisfacción grande. Entretanto, Ceferino se había levantado respetuosamente. Elena sonrió, dirigiéndole una leve inclinación de cabeza.

—No sabía si había de poner el asado,—dijo la sirvienta.

—¿Pues qué hora es?—preguntó Elena.

—Muy cerca de las siete, señora.

—¡Cómo! ¿Las siete?

Se quedó admiradísima. Había perdido la conciencia del tiempo. Fué para ella como un despertar.

—¿Y Juana?—dijo.

—¡Oh! Ha sido muy buena, señora. Hasta me parece que se ha dormido, porque no la he vuelto á oír.

—¿No le ha encendido usted luz?

Rosalía se quedó cortada, pues no se atrevía á decir que Ceferino le había llevado estampas. La señorita no se había movido, lo cual probaba que la señorita no necesitaba nada. Pero Elena no la escuchaba. Entró en la alcoba, en donde la sobrecogió gran frío.

—¡Juana! ¡Juana!—llamó.

Ninguna voz respondía. Elena tropezó con un sillón. La puerta del comedor, que había dejado entreabierta, iluminaba un ángulo de la alfombra. Elena sintió un estremecimiento; hubiérase dicho que la lluvia caía en la habitación, con sus soplos húmedos y su chorrear continuo. Entonces, al volverse, distinguió el pálido cuadrado que cortaba la ventana en el gris cielo.

—¿Quién ha abierto esa ventana?—gritó Elena.

—¡Juana! ¡Juana!

Tampoco obtuvo respuesta. Una inquietud mortal le oprimía el corazón. Quiso mirar por aquella ventana, pero, al palpar, sintió una cabellera. Juana estaba allí. Y como Rosalía llegara con una lámpara, apareció la niña, completamente blanca, durmiendo con la mejilla apoyada en los cruzados brazos, en tanto que las salpicaduras de las gotas que caían del techo la mojaban. Ya no resollaba, rendida de cansancio y desesperación. Sus grandes párpados azulados retenían en las pestañas dos gruesas lágrimas.

—¡Desgraciada niña!—balbuceaba Elena.—¡Dios mío! Está completamente fría... Dormirse ahí, y con un tiempo semejante, cuando se le había pro-

hibido tocar la ventana... ¡Juana, Juana! ¡Respóndeme! ¡Despiértate!

Rosalía había desaparecido prudentemente. La niña, á quien su madre había levantado en brazos, dejaba caer la cabeza, como si no pudiese sacudir el sueño de plomo que se había apoderado de ella. Sin embargo, abrió los párpados; y se quedó aletargada, entontecida, con los ojos ofendidos por la luz de la lámpara.

—Juana... soy yo... ¿Qué tienes? Mirame, acabo de volver...

Pero la niña no comprendía, y murmuraba con aire de estupor:

—¡Ah!... ¡Ah!

Examinaba á su madre, como si no la hubiera reconocido. Después, de repente, tiritó y pareció sentir el gran frío de la alcoba. Las ideas le volvían á su mente, y las lágrimas de sus pestañas rodaron por las mejillas. Se resistía, negándose á que la tocaran.

—Eres tú... eres tú... ¡Oh! Déjame, me aprietas demasiado... Estaba tan bien...

Y deslizóse de sus brazos, sintiendo miedo de ella. Con mirada inquieta, paseaba la vista de las manos á los hombros de su madre; una de las manos estaba desenguantada, y Juana retrocedía ante la muñeca desnuda, la palma húmeda, los dedos tibios, con el aspecto salvaje con el cual huía de la caricia de un extraño. Ya no era aquel olor de verbena; los dedos debían de haberse alargado, la palma conservaba cierta blandura. Y Juana estaba exasp-

rada al contacto de aquel cutis que le parecía cambiado.

—Vamos, no te riño,—continuaba Elena.—¿Pero te parece razonable esto? Dame un beso.

Juana seguía retrocediendo. No se acordaba de haber visto aquel vestido, aquel abrigo de su madre. La cintura estaba suelta y los pliegues caían de una manera que la irritaba. ¿Por qué volvía su madre tan mal vestida, con algo feo y triste en todas sus cosas? Llevaba la falda manchada de barro, los zapatos habían reventado, y nada se le asentaba al cuerpo, como decía la niña, cuando se incomodaba contra otras niñas que no sabían vestirse.

—Dame un beso, Juana.

Pero la niña no reconoció tampoco la voz, que le parecía más fuerte. Había subido la vista hasta el rostro de su madre, y se admiraba al ver la pequeñez cansada de los ojos, de la rojez febril de los labios, de la sombra extraña que anegaba por completo su rostro. No le gustaba aquéllo, y empezaba á sentir de nuevo el dolor en el pecho que le daba cuando la hacían disgustarse. Entonces, enervada por la proximidad de aquellas cosas sutiles y rudas que olfateaba, comprendiendo que respiraba en ellas el aroma de la traición, prorrumpió en sollozos.

—No, no, te lo ruego... ¡Oh! Me has dejado sola... ¡oh! he sido muy desgraciada...

—Pero he vuelto ya, amor mío... No llores, que ya he vuelto...

—No, no, se ha acabado... Ya no te quiero... ¡Oh! He esperado... he esperado... me hace mucho daño...

Elena la había vuelto á coger y la atraía dulcemente, en tanto que la niña se obstinaba, repitiendo:

—No, no, ya no es lo mismo... No eres la misma ya.

—¡Cómo! ¿Qué dices, hija mía?

—No lo sé, no eres la misma.

—¿Quieres decir que no te quiero?

—No lo sé, no eres la misma... No digas que no... No hueles lo mismo... Se ha acabado, acabado, acabado. Quiero morirme.

Completamente pálida, Elena la tenía de nuevo en los brazos. ¿Se le vería aquéllo en el rostro? Besó á Juana, pero la niña estaba temblorosa, con aspecto de tan profundo malestar, que ño se atrevió á darle el segundo beso en la frente. Sin embargo, la conservó en los brazos. Ni una ni otra dijeron una palabra más. Juana lloraba muy quedo, con la rebeldía nerviosa que la envaraba. Elena pensaba que no había que dar importancia á los caprichos de los niños. En el fondo, sentía una vergüenza sorda, y el peso de su hija sobre los hombros la hacía enrojecer. Entonces, dejó á Juana en el suelo. Las dos se sintieron aliviadas.

—Ahora, sé razonable, límpiate los ojos,—dijo Elena.—Arreglemos todo esto.

La niña obedeció, mostrándose muy dulce, algo temerosa, mirando al suelo. Pero bruscamente la sacudió un ataque de tos.

—¡Dios mío, ya estás mala ahora! No puedo ausentarme ni un segundo... ¿Has tenido frío?

—Sí, mamá, en la espalda.

—Toma, ponte este chal. La estufa del comedor está encendida. Ve á calentarte. ¿Tienes hambre?

Juana vaciló. Iba á decir la verdad, á responder que no; pero lanzó una nueva mirada de soslayo, y retrocedió, diciendo á media voz:

—Sí, mamá.

—Entonces, eso no será nada,—declaró Elena, que sentía necesidad de tranquilizarse. Pero te lo ruego, niña mala; no me llores más de ese modo.

Cuando se presentó Rosalía á avisar que la comida estaba dispuesta, Elena la riñó vivamente. La criadita bajaba la cabeza, murmurando que era mucha verdad, y que hubiera debido vigilar á la señorita. Después, para calmar á la señora, la ayudó á desnudarse. ¡Dios santo! ¡Cómo venía la señora! Juana seguía con la vista las ropas, que caían una por una, como si les preguntara, esperando ver caer de aquellas telas manchadas de barro las cosas que le ocultaban. Sobre todo, el cordón de unas enaguas no quería desatarse. Rosalía tuvo que trabajar un instante para deshacer el nudo; y la niña se acercó, atraída, compartiendo la impaciencia de la criada, incomodándose con aquel nudo, asaltada por la curiosidad de saber cómo estaba hecho. Pero no pudo estar allí, y se refugió detrás de uno de los sillones, lejos de los vestidos cuyo olor la molestaba. Volvía la cabeza. Nunca la había incomodado de aquel modo su madre al cambiarse de ropa.

—La señora debe de sentirse muy bien,—decía Rosalía.—Se está divinamente con la ropa seca cuando se moja una.

Elena, en su bata de muletón azul, lanzó un

leve suspiro, como si efectivamente experimentase bienestar. Volvía á hallarse en su casa, á sus anchas, sin sentir ya en los hombros el peso de aquellos vestidos que había llevado. Fué inútil que la criada le dijese que la sopa estaba en la mesa, porque Elena quiso también lavarse bien la cara y las manos. Cuando estuvo completamente limpia, húmeda aún, con la bata abrochada hasta el cuello, Juana volvió á acercarse á ella, le cogió una mano y se la besó.

Sin embargo, durante la comida, madre é hija no hablaron una palabra. Roncaba la estufa, y el pequeño comedorcito se alegraba con su reluciente caoba y sus porcelanas claras. Pero Elena parecía caída de nuevo en aquel letargo que le impedía pensar; comía maquinalmente, como si tuviera mucho apetito. Juana, enfrente de ella, alzaba las miradas por cima del vaso, solapadamente, sin perder un solo ademán de su madre. Tosió. Elena, que había olvidado, se sintió inquieta de repente.

—¿Cómo? ¿Vuelves á toser? ¿No entras en calor aun?

—Oh, sí, mamá. Tengo mucho calor.

Quiso Elena tocarle la mano, para ver si mentía. Entonces se percató de que el plato de la niña estaba lleno.

—Decías que tenías hambre... ¿No te gusta ésto?

—Sí, sí, mamá. Ya como.

Juana hacía un esfuerzo, tragaba un bocado. Elena la vigilaba un instante, y después su recuerdo se volvía allá abajo, á aquella habitación sombría. Y la niña veía muy bien que ya no le hacía caso.

Hacia el fin de la comida, sus pobres miembros desgarrados se habían dejado caer sobre la silla; parecía una viejecita, con los ojos pálidos de las solteras de muchos años á quienes no amaré ya nadie.

—¿La señorita no toma confitura?—preguntó Rosalía.—Entonces, ¿puedo quitar la mesa?

Elena seguía con los ojos extraviados.

—Mamá, tengo sueño,—dijo Juana, con alterada voz.—¿Quieres permitirme que me acueste?... Estaré mejor en la cama.

De nuevo pareció su madre despertarse con sobresalto.

—¿Estás mala, vida mía? ¿Dónde te duele, dímelo? ¡Habla!

—No, no, cuando te digo que no... Tengo sueño, ya es hora de dormir.

Dejó su silla y se enderezó, para hacer creer que no estaba mala. Sus piecitos entorpecidos se aferraban al pavimento. En la alcoba, se apoyó en los muebles, y tuvo el valor de no llorar, á pesar del fuego que por todas partes la quemaba. Fué su madre á acostarla; pero tanta prisa se había dado la niña para quitarse los vestidos, que Elena no llegó á tiempo más que para anudarle los cabellos. Juana se metió por sí sola entre sábanas, y cerró en seguida los ojos.

—¿Estás bien?—preguntó Elena, arropándola con la colcha.

—Muy bien. Déjame, no me muevas... Llévate la luz.

No deseaba la niña más que una cosa, estar en obscuridad completa para volver á abrir los

ojos y sentir su mal sin que nadie la mirara. Cuando no tuvo ya allí la lámpara, abrió los ojos cuan grandes eran.

Entre tanto, allí al lado, en la alcoba, Elena paseaba. Una singular necesidad de movimiento la tenía en pie, y el pensamiento de acostarse se le hacía insostenible. Miró el reloj; las nueve menos veinte minutos. ¿Qué haría? Revolvió un cajón, y no se acordó de lo que en él estaba buscando. Después, se acercó á la biblioteca, y lanzó una ojeada á los libros, sin decidirse, aburrida por la mera lectura de los títulos. El silencio de la alcoba zumbaba en sus oídos; aquella soledad, aquel ambiente pesado eran un sufrimiento para la joven. Hubiera deseado ruido, gente, algo que la sacara de sí misma. Por dos veces, prestó oído en la puerta del gabinetito, en el que Juana no dejaba oír ni la respiración siquiera. Todo dormía; Elena siguió dando vueltas, quitando y volviendo á poner en su sitio los objetos que le caían bajo las manos. Pero tuvo de repente una idea, la de que Rosalía debía de estar aún con Ceferino. Entonces, consolada, dichosa ante la idea de que no estaba sola, se dirigió hacia la cocina, arrastrando las zapatillas.

Cuando estaba en la antesala, y empujaba ya la puerta de cristales del comedorcito, sorprendió el chasquido sonoro de un bofetón, dado con toda el alma. La voz de Rosalía gritaba:

—¡Vuelve otra vez á pellizcarme!... ¡Baja esas patas!

En tanto que Ceferino murmuraba tartajando:

—No importa, hermosa mía... Así es como te quiero... Y así...

Pero había rechinado la puerta. Cuando entró Elena, el soldadete y la cocinera, sentados á la mesa con la mayor tranquilidad, tenían las narices metidas en los platos. Aparentaban indiferencia, no habían sido ellos. Sólo que estaban coloradísimos, sus ojos relucían como chispas, y la inquietud les hacía saltar sobre sus sillas de paja. Rosalía se levantó, saliendo precipitadamente al encuentro de Elena.

—¿Desea algo la señora?

Elena no había preparado el pretexto. Iba para verles, para hablar, para estar con alguien. Pero le dió vergüenza y no se atrevió á decir que no quería nada.

—¿Tiene usted agua caliente?—preguntó por fin.

—No, señora... El fuego se está apagando... Pero no importa, se la daré á usted dentro de cinco minutos. En seguida hierve.

Puso más carbón, y colocó sobre el fogón la olla. Después, al ver que su ama se quedaba allí, en el dintel:

—Dentro de cinco minutos se la llevaré á usted, señora.

Entonces Elena hizo un gesto vago.

—No me corre prisa; esperaré... No se moleste usted, hija mía; coma... coma... Ahí tenemos un muchacho que se va á ver obligado á volver al cuartel.

Rosalía consintió en sentarse de nuevo. Ceferino, que se mantenía en pie, saludó militarmente

y cortó de nuevo la carne que tenía delante, alargando los codos para demostrar que sabía ser fino. Cuando comían de aquel modo juntos, después de haber comido la señora, ni siquiera sacaban la mesa al centro de la cocina, y preferían sentarse el uno al lado de otro, de cara á la pared. De tal manera podían darse golpes con la rodilla, pellizcarse, soltarse sopapos, sin perder bocado; y si levantaban los ojos, tenían el regocijante espectáculo de las cacerolas. Un manojo de laurel y tomillo estaba colgado de la pared, y la caja de las especias exhalaba olor á pimienta. Alrededor de ellos, la cocina, que no estaba aún arreglada, ostentaba la desbandada de los relieves de la comida, pero no obstante, era muy agradable para dos enamorados de buen apetito, que se refocilaban con manjares que no servían nunca en el cuartel. Sobre todo, olía á asado sazonado con un punto de vinagre, el vinagre de la ensalada. Como el fogón calentaba horriblemente, habían entreabierto la ventana, y frescos soplos de viento, venidos del jardín, hinchaban la cortina azul.

—¿Tiene usted que volver al cuartel á las diez en punto?—preguntó Elena.

—Sí, señora,—respondió Ceferino.—Si no dispone usted otra cosa.

—Y hay una buena caminata... ¿Toma usted el ómnibus?

—Sí, señora, á veces... Pero verá usted, con un buen trote á paso gimnástico, se va mucho mejor aun.

Elena había dado un paso en la cocina, y se

apoyaba en el aparador, con las manos caídas y enlazadas sobre la bata. Habló del mal tiempo del día, de lo que se comía en el regimiento, de la carestía de los huevos. Pero cada vez que había hecho una pregunta y que le habían contestado, la conversación cesaba. La joven les turbaba, allí, á su espalda; ninguno de los dos se movía ya, y hablaban dirigiéndose á los platos, doblando la espalda bajo las miradas de la señora, en tanto que comían á pequeños bocados, para ser limpios. Elena, calmada, se encontraba bien allí.

—No se impaciente usted, señora,—dijo Rosalía.—Ya empieza á cantar el agua... Si el fuego fuese más vivo...

No le permitió Elena que se levantara en seguida. Sólo sentía una gran lasitud en las piernas. Maquinalmente atravesó la cocina y fué al lado de la ventana, en donde veía la tercera silla, una silla de madera, muy alta, que se convertía en escalera cuando le daban vuelta. Pero no se sentó en seguida. Había visto, en una esquina de la mesa, un montón de grabados.

—¡Toma!—dijo cogiéndolos, con deseo de ser agradable á Ceferino.

El soldadete tuvo una silenciosa sonrisa. Estaba radiante, siguiendo los grabados con la vista, y balanceando la cabeza, cuando pasaba uno muy bonito ante los ojos de la señora.

—Ese,—dijo de repente,—lo encontraré en la calle del Temple... Es una mujer muy guapa, que lleva flores en el cesto...

Elena se había sentado. Examinaba á la mujer

guapa, una tapa de caja de pastillas, dorada y barnizada, que Ceferino había limpiado con gran esmero. En el respaldo de la silla, un trapajo impedía á Elena el reclinarsse. Quitólo, y se abstraio de nuevo. Entonces, los dos enamorados, al ver tan buena á la señora, abandonaron su turbación. Acabaron hasta por olvidarla. Elena había dejado, uno por uno, caer sobre sus rodillas todos los grabados; y sonriendo vagamente, miraba á los novios y les escuchaba.

—Díme, pequeño,—murmuraba la cocinera.—¿No quieres más jigote?

El no respondía ni que sí ni que no, y se movía como si le hicieran cosquillas. Después se arrellanaba á sus anchas, en cuanto Rosalía le ponía en el plato una buena tajada. Sus rojas charreteras saltaban, en tanto que su redonda cabeza, de grandes orejas salientes, adquiría el balanceo de un monigote, dentro del cusillo amarillo. Se reía con la espalda reventando dentro de la guerrera, que no se desabrochaba nunca en la cocina, por respeto á la señora.

—Esto es mejor que los rábanos del tío Rouvet,—acabó por decir con la boca llena.

—Esto era un recuerdo del país. Ambos reventaban de risa, y Rosalía se agarró á la mesa, para no caerse. Un día, antes de su primera comunión, Ceferino había robado tres rábanos al tío Rouvet; eran duros los malditos, oh, duros hasta romper los dientes; pero Rosalía, á pesar de ello, se había comido su parte, detrás de la escuela. Desde entonces, cada vez que comían juntos, Ceferino no dejaba de decir:

—Esto es mejor que los rábanos del tío Rouvet.

Y cada vez que lo decía, Rosalía se reía tan fuerte, que rompía el cordón de las faldas. Oyóse el cordón que se rompía.

—¿Lo has roto, verdad?—dijo el soldadillo triunfante.

Y adelantó las manos, y quiso saberlo. Pero recibió cachetes.

—Estate quieto, que no lo compondrás... Es estúpido esto de hacerme romper el cordón. Uno me tengo que poner cada semana.

Después, como él siguiera tentando, Rosalía le cogió un gran pellizco en la mano y lo retorció. Aquella gentileza iba á excitarle más aun, cuando Rosalía, con furiosa mirada, le enseñó á la señora que les estaba mirando. Sin turbarse gran cosa, se hinchó Ceferino los carrillos con un bocado enorme, guiñando los ojos con su aire de militar desbastado, como diciendo que á las mujeres no les disgusta eso, ni aun á las señoras. Seguramente, cuando dos se quieren, da gusto verlo.

—¿Aun le quedan á usted cinco años de ser soldado?—preguntó Elena, abatida sobre la alta silla de madera, abstrayéndose en una gran dulzura.

—Sí, señora. Quizá cuatro solamente, si no me necesitan.

Rosalía comprendió que la señora pensaba en su matrimonio, y exclamó, fingiendo gran cólera:

—¡Oh! Señora, ya se puede quedar diez años más, que no seré yo la que vaya á reclamarlo al gobierno... Se está volviendo demasiado listo. Ya creo que lo despabilan, ya... Sí, sí, ya puedes reir-

te, que conmigo no te vale. Cuando estemos delante del señor alcalde, ya veremos entonces.

Y como Ceferino se riera más fuerte, para presentarse como un seductor ante la señora, la cocinera se incomodó de verdad.

—Cállate, te lo aconsejo... En el fondo, señora, es tan torpe como antes. No puede usted tener una idea de lo tontos que los hace el uniforme... Eso es lo que él presume con sus camaradas. Si lo plantara en la puerta de la calle, ya le oiría usted llorar en la escalera... Me importas un pito, niño mío... Cuando yo quiera, me parece que no estarás siempre aquí, para saber cómo llevo las medias...

Mirábale muy de cerca; pero al verle de aquel modo, con su rostro bonachón de color de salvado que comenzaba á ponerse inquieto, se sintió enternecida de repente. Y sin aparente transición le dijo:

—¡Ah! No te he contado que he recibido una carta de la tía... Los Guignard querían vender su casa... Sí, casi por nada. Quizá, más tarde...

—¡Canastos!—dijo Ceferino extático.—Allí si que estaría uno en su casa... Hay sitio para poner dos vacas...

Entonces se callaron. Estaban en los postres. El soldadito echaba arroyo en el pan, con golosina de niño, en tanto que la cocinera mondaba una manzana, cuidadosamente, con aire maternal. Ceferino, entre tanto, había metido la mano libre bajo la mesa, y le hacía cosquillitas en las rodillas, pero de una manera tan suave, que Rosalía fingía no sentir las. Cuando él estaba decente, ella no se incomodaba.

Y aun debía de gustarle aquello, sin confesarlo, porque daba en la silla ligeros saltos de contento. En fin, aquel día era un regalo completo.

—Señora, el agua hierve—dijo Rosalía después de una pausa.

Elena no se movía. Sentíase como confortada por la ternura de los novios. Y continuaba por ellos sus ensueños, y se los imaginaba allá en el pueblo en la casa de los Guignard, con sus dos vacas. La hacía sonreír el verle tan serio, con la mano debajo de la mesa, en tanto que la criadita se mantenía muy erguida, como si no le hiciera nada. Todas las distancias se habían acortado y Elena no tenía conciencia clara de sí misma ni de los demás, del lugar en que estaba ni de lo que había ido á hacer allí, con el rostro anegado en reflejos, sin que se sintiera ofendida por el desorden de la cocina. Aquel rebajamiento de sí misma le daba el goce profundo de una necesidad satisfecha. Sólo tenía mucho calor, y el hornillo ponía gruesas gotas de sudor en su pálida frente, y, detrás de ella, por la ventana entreabierta soplaba un airecillo que daba á su nuca deliciosos estremecimientos.

—Señora, el agua hierve—repitió Rosalía.—No va á quedar ni una gota en la olla.

Y colocó la olla delante de ella. Elena, sorprendida por un instante, tuvo que levantarse.

—¡Ah! Sí... gracias.

No tenía ya pretexto para quedarse, y se fué lentamente, con pesar. En su alcoba le estorbó la olla. Pero toda su pasión estaba en ella. Aquella pereza que la había tenido como imbécil se deshacía

en una ola de vida ardiente, cuyo fluido la quemaba. Estremeciase por la voluptuosidad que nunca había experimentado. Ocurríansele recuerdos, y sus sentidos se despertaban demasiado tarde, con un deseo inmenso no saciado. En pie en medio de la estancia, estiró todo el cuerpo, con las manos levantadas y retorcidas, haciendo crujir sus enervados músculos. ¡Oh! Le amaba, le quería, y se entregaría de aquel mismo modo la vez próxima.

Y, en el momento en que se quitaba la bata, contemplando sus desnudos brazos, la inquietó un ruido, y creyó que había tosido Juana. Entonces, tomó la lámpara. La niña con los párpados cerrados, parecía dormida. Pero, cuando su madre, tranquilizada, hubo vuelto la espalda, Juana abrió los ojos cuan grandes los tenía, ojos negros que seguían á Elena mientras volvía ésta á la alcoba. No dormía aún, ni quería que la hicieran dormir. Una nueva crisis de tos la desgarró la garganta, y hundió la cabeza bajo los cobertores, para sofocarla. Ya podía morir, que su madre no la vería. Y conservaba los ojos abiertos en la noche, sabiéndolo todo, como si acabara de reflexionar, y muriéndose de aquélla, sin una queja.

II

Elena, á la mañana siguiente, tuvo toda clase de ideas prácticas. Despertóse con la imperiosa necesidad de velar ella misma por su dicha, temblorosa ante la idea de perder á Enrique por cualquier imprudencia. En aquella friolenta hora del levantarse, mientras la aletargada alcoba dormía aún, Elena le adoraba, le deseaba, con impulso de todo su sér. Nunca se había conocido aquel cuidado de ser hábil. Su primera idea fué que iría á ver á Julieta aquella misma mañana. Así evitaría explicaciones enojosas, pesquisas que podían comprometerlo todo.

Cuando llegó á casa de madame Deberle, á cosa de las nueve, la encontró levantada ya, pálida, y con los ojos enrojecidos como una heroina de drama. Y, en cuanto la vió, la pobre señora se arrojó en sus brazos llorando, y llamándola su ángel bueno. No amaba á Malignon en absoluto, ¡oh! lo juraba. ¡Dios santo, qué estúpida aventura! Se hubiera quedado muerta, de seguro; porque, ahora, comprendía ya que ella no estaba hecha para aque-

en una ola de vida ardiente, cuyo fluido la quemaba. Estremeciase por la voluptuosidad que nunca había experimentado. Ocurríansele recuerdos, y sus sentidos se despertaban demasiado tarde, con un deseo inmenso no saciado. En pie en medio de la estancia, estiró todo el cuerpo, con las manos levantadas y retorcidas, haciendo crujir sus enervados músculos. ¡Oh! Le amaba, le quería, y se entregaría de aquel mismo modo la vez próxima.

Y, en el momento en que se quitaba la bata, contemplando sus desnudos brazos, la inquietó un ruido, y creyó que había tosido Juana. Entonces, tomó la lámpara. La niña con los párpados cerrados, parecía dormida. Pero, cuando su madre, tranquilizada, hubo vuelto la espalda, Juana abrió los ojos cuan grandes los tenía, ojos negros que seguían á Elena mientras volvía ésta á la alcoba. No dormía aún, ni quería que la hicieran dormir. Una nueva crisis de tos la desgarró la garganta, y hundió la cabeza bajo los cobertores, para sofocarla. Ya podía morir, que su madre no la vería. Y conservaba los ojos abiertos en la noche, sabiéndolo todo, como si acabara de reflexionar, y muriéndose de aquélla, sin una queja.

II

Elena, á la mañana siguiente, tuvo toda clase de ideas prácticas. Despertóse con la imperiosa necesidad de velar ella misma por su dicha, temblorosa ante la idea de perder á Enrique por cualquier imprudencia. En aquella friolenta hora del levantarse, mientras la aletargada alcoba dormía aún, Elena le adoraba, le deseaba, con impulso de todo su sér. Nunca se había conocido aquel cuidado de ser hábil. Su primera idea fué que iría á ver á Julieta aquella misma mañana. Así evitaría explicaciones enojosas, pesquisas que podían comprometerlo todo.

Cuando llegó á casa de madame Deberle, á cosa de las nueve, la encontró levantada ya, pálida, y con los ojos enrojecidos como una heroina de drama. Y, en cuanto la vió, la pobre señora se arrojó en sus brazos llorando, y llamándola su ángel bueno. No amaba á Malignon en absoluto, ¡oh! lo juraba. ¡Dios santo, qué estúpida aventura! Se hubiera quedado muerta, de seguro; porque, ahora, comprendía ya que ella no estaba hecha para aque-

llas cosas, las mentiras, los sufrimientos, las tiranías de un sentimiento siempre el mismo. ¡Qué bueno le parecía el verse de nuevo libre! Se reía de felicidad; después, sollozó de nuevo al suplicar á su amiga que no la despreciase. En el fondo de su fiebre, había parte de miedo, pues creía que su marido lo sabía todo. El día anterior, había vuelto muy agitado. Aturdió á preguntas á Elena. Entonces, ésta, con una audacia y una facilidad que á ella misma la asombraban, le contó una historia cuyos detalles inventaba uno por uno, abundantemente. Le juró que su marido no sospechaba la menor cosa. Era ella la que, habiéndose enterado de todo y queriendo salvarla, había imaginado ir á turbar de aquel modo la cita. Julieta la escuchaba, y aceptaba aquella novela, con el rostro iluminado por desbordante alegría, en medio de sus lágrimas. Una vez más se arrojó á su cuello. Y Elena no se sentía contrariada lo más mínimo por sus caricias, ni experimentaba ninguno de aquellos escrúpulos de lealtad que tanto la habían hecho padecer antes. Cuando se separó de ella, después de haberle hecho prometer que estaría tranquila, se reía en el fondo de su alma de su destreza, y se sentía entusiasmada.

Transcurrieron algunos días. Toda la existencia de Elena se hallaba fuera de su centro; no vivía ya en su casa; vivía en casa de Enrique, por sus pensamientos de cada instante. No existía nada más que el hotelito vecino, en donde latía su corazón. En cuanto hallaba un pretexto, corría á él, y se distraía, satisfecha por respirar el mismo aire que Enrique. En aquel primer entusiasmo de la posesión, la vista

de Julieta la enternecía, como algo que dependía de Enrique. Y sin embargo, éste no había podido aún encontrarla sola ni un instante. Elena parecía emplear una especie de refinamiento para retrasar la hora de la segunda cita. Una tarde, cuando él la acompañaba hasta el vestíbulo, Elena le había hecho jurar que no volvería á ver la casa del pasaje de las Aguas, añadiendo que la comprometería. Los dos se estremecían á la espera del apasionado abrazo en que volverían á tomarse, no sabían dónde, en cualquier parte, una noche. Y Elena, aguijada por este deseo, no existía ya para nada más que para aquel minuto, indiferente á los demás, pasando los días esperándolo, dichosísima, y teniendo tan sólo, en medio de su felicidad, la sensación de que Juana tosía á su alrededor.

Tosía Juana con tosecilla seca, frecuente, que se acentuaba más á la caída de la tarde. Entonces tenía ligeros accesos de fiebre; los sudores durante el sueño la debilitaban. Cuando su madre le preguntaba, respondía la niña que no estaba enferma, que no sufría. Sin duda sería el final de un resfriado. Y Elena, tranquilizada por esta explicación, y sin tener ya clara conciencia de lo que á su lado pasaba, conservaba no obstante, en el entusiasmo arrebatado en que vivía, el confuso sentimiento de un dolor, como un peso cuyo magullamiento la hiciese manar sangre en un sitio que no hubiese podido precisar. A veces, en medio de una de aquellas alegrías sin causa que la inundaban de ternura, la asaltaba una ansiedad repentina, y le parecía que detrás de ella se hallaba una desgracia. Volvíase

y sonreía. Cuando se es demasiado feliz, se tiembla siempre. Nadie estaba allí. Juana acababa de toser, pero tomaba tisana, y aquello no sería nada.

Sin embargo, una tarde, el anciano doctor Bodin que las visitaba como amigo de la casa, había alargado su visita, preocupado, estudiando á Juana con el rabillo de sus ojuelos azules. Hacía preguntas á la niña fingiendo que jugaba con ella. Aquel día no dijo nada, pero se presentó dos días después, y entonces, sin examinar á Juana, y con la alegría de un anciano que ha visto muchas cosas, hizo recaer la conversación sobre los viajes. En otro tiempo, había servido como cirujano militar, y conocía toda Italia. Era un país soberbio, que era preciso admirar en primavera. ¿Por qué madame Grandjean no llevaba á Juana á Italia? Y de esta suerte, por medio de hábiles transiciones, llegó á aconsejar una permanencia allá abajo, en el país del sol, como él decía. Elena le contemplaba fijamente. Entonces, el doctor se explicó; cierto que ni una ni otra estaban enfermas, pero el cambiar de aires rejuvenecía. Elena se había puesto palidísima, sobrecogida de frío mortal, á la idea de salir de París. ¡Dios mío, ir tan lejos, tan lejos! ¡Perder á Enrique de pronto, dejar á sus amores sin mañana! Sentía tan desgarradas sus entrañas, que se inclinó hacia Juana, para ocultar la turbación que la había asaltado. ¿Quería viajar Juana? La niña había juntado los deditos con ademán de frío. ¡Oh, sí que quería! Quería ir al país del sol, solas ella y su madre. ¡Oh! Completamente solas; y en su pobre carita adelgazada, cuyas mejillas quemaba la fie-

bre, renacía la esperanza de una vida nueva. Pero Elena no escuchaba ya, rebelada y desconfiando, persuadida de que todo el mundo, el doctor Bodin, el sacerdote, la misma Juana, se habían puesto de acuerdo para separarla de Enrique. Al verla tan descolorida, creyó el viejo médico que había andado poco prudente; y se apresuró á decir que nada urgía, decidido á volver sobre aquella conversación.

Justamente, aquella tarde madame Deberle debía quedarse en casa. En cuanto el doctor hubo partido, Elena se apresuró á ponerse el sombrero. Juana se negaba á salir; estaba mejor al lado del fuego; sería muy buena y no abriría la ventana. Desde hacía algún tiempo, no atormentaba á su madre para acompañarla, y se contentaba con seguirla con larga mirada. Después, cuando se quedaba sola, se acurrucaba en su silla, y permanecía en la misma postura horas enteras, sin moverse.

—Mamá, ¿está lejos Italia?—le preguntó cuando Elena se acercó para besarla.

—Oh, muy lejos, nena mía.

Pero Juana la retenía cogiéndola por el cuello. No la dejó levantarse en seguida, murmurando:

—¿Eh? Rosalía se quedaría aquí al cuidado de todo. No la necesitaríamos para nada... Ya ves, con una maleta no muy grande... ¡Oh, qué bueno sería, mamita! Nada más que nosotros dos... Volvería más gorda, mira, así...
 (R)

Hinchaba los carrillos y redondeaba los brazos. Elena dijo que ya verían. Después se escapó, recomendando á Rosalía que tuviera mucho cuidado con la señorita. Entonces la niña se hizo un ovillo en

el rincón de la chimenea, mirando arder el fuego, sumida en un ensueño. De vez en cuando, adelantaba maquinalmente las manos, para calentárselas. El reflejo de la llama le fatigaba los grandes ojos. Estaba tan abstraída que no oyó entrar á M. Rambaud. Este multiplicaba sus visitas, é iba, según decía, por causa de aquella mujer parálitica á la que el doctor Deberle no había podido todavía hacer entrar en los Incurables. Cuando encontraba sola á Juana, se sentaba en el otro rincón de la chimenea, y charlaba con ella como con una persona mayor. Era muy fastidioso; aquella mujer esperaba desde hacía una semana; pero bajaría en seguida, y vería al doctor, que quizá le daría una respuesta definitiva. Sin embargo, no se movía.

—¿Tu mamá no te ha llevado con ella?—preguntó.

Juana se encogió de hombros, con ademán lleno de cansancio. La incomodaría el ir demasiado á casas ajenas. Ya no le gustaba nada.

Añadió:

—Me estoy volviendo vieja, y no puedo jugar siempre... Mamá se divierte fuera, y yo me divierto aquí dentro; de manera que no estamos juntas.

Reinó un instante de silencio. La niña se estremeció y presentó las dos manos al fuego, que ardía con gran resplandor rosado; y se parecía, en efecto, á una buena mujer, arropada con un inmenso chal, con un pañuelo al cuello y otro en la cabeza. En el fondo de todos aquellos abrigos, se veía que no era más gruesa que un pájaro enfermo, esponjado y sacudiendo las plumas. M. Ram-

baud, con las manos anudadas sobre las rodillas, contemplaba el fuego. Después, volviéndose hacia Juana le preguntó si su madre había salido la víspera. La niña respondió con una seña afirmativa. ¿Y la antevíspera y el día anterior? Juana decía siempre que sí con un movimiento de la barbilla. Su madre salía todos los días. Entonces M. Rambaud y la niña se miraron largamente, con los rostros descoloridos y graves, como si tuviesen que compartir una gran pena. No hablaban palabra, porque una muñeca y un señor de edad no podían hablar de aquello; pero sabían muy bien por qué estaban tan tristes y por qué les gustaba estar de aquel modo, á derecha é izquierda de la chimenea, cuando la casa se hallaba vacía. Aquello les consolaba mucho. Estrechábanse el uno contra el otro, para sentir menos su abandono. Asaltábanles efusiones de ternura, y hubieran querido abrazarse y llorar.

—Tienes frío, mi buen amigo, estoy segura... Acércate al fuego.

—No, queridita, no tengo frío.

—¡Oh! Mientes, tienes las manos heladas... Acércate ó me enfado.

Después era él el que se inquietaba.

—Apuesto á que no te han dejado tisana... Yo te la voy á hacer, ¿quieres? ¡Oh! Sé hacerla muy bien... Si yo te cuidara, ya verías como no te faltaba nada.

El buen señor no se permitía más claras alusiones. Juana, vivamente, respondía que la tisana le disgustaba; le hacían beber demasiada. Sin embargo, á veces, consentía que M. Rambaud diera vueltas

á su alrededor como una madre poníale una almohada detrás de los hombros, le daba la medicina cuando Juana iba á olvidarse de tomarla, y la sostenía del brazo para dar paseos por la habitación. Eran mimos que á los dos les enternecían. Como le decía Juana, con sus profundas miradas, cuya llama tanto turbaba al buen señor, jugaban al papá y la hijita, mientras su madre no estaba allí. De repente, les sobrecogían momentos de tristeza, y se quedaban callados, examinándose de reojo, con mutua compasión.

Aquel día, después de un largo silencio, la niña repitió la pregunta que ya había hecho á su madre.

—¿Está lejos Italia?

—¡Oh! Ya lo creo,—dijo M. Rambaud.—Está allá abajo, detrás de Marsella, en el quinto infierno... ¿Por qué me preguntas eso?

—Porque sí,—dijo la niña gravemente.

Entonces se quejó de no saber nada. Estaba siempre enferma y no la habían hecho ir al colegio. Los dos se callaron; les adormecía el gran calor del fuego.

Entretanto, Elena había hallado á madame Deberle y á su hermana Paulina en el pabellón japonés, en donde solían pasar las tardes. Hacía mucho calor y una boca de calorífero lanzaba en el pabellón un hálito asfixiante. Los anchos cristales estaban cerrados, y se distinguía á través de ellos el estrecho jardín en traje de invierno, destacando sobre la morena tierra las ramitas negras de los árboles. Las dos hermanas estaban peleándose ruidosamente.

—¡Déjame en paz!—exclamaba Julieta.—Nuestro

interés, entendiéndolo bien, está en sostener á Turquía.

—Yo he hablado con un ruso—respondió Paulina con la misma animación.—En San Petersburgo nos quieren, y nuestros verdaderos aliados están allí.

Pero Julieta tomó aire de gravedad, y cruzando los brazos, dijo:

—Entonces, ¿dónde me dejas el equilibrio europeo?

La cuestión de Oriente apasionaba á París, y la conversación natural versaba sobre ella; cualquier mujer algo leída no podía decentemente hablar de otra cosa. De manera que desde hacía dos días, madame Deberle se sumergía con la mayor convicción en la política exterior. Tenía ideas completísimas y muy decididas acerca de las diferentes eventualidades que amenazaban producirse. Su hermana Paulina la hacía rabiarse muchísimo, porque tenía la originalidad de defender á Rusia, en contra de los intereses evidentes de Francia. Julieta quería vencerla, y después acababa por enfadarse.

—Bueno, cállate, que no estás diciendo más que tonterías. Si siquiera hubieses estudiado la cuestión conmigo..

Se interrumpió para saludar á Elena que entraba.

—Buenas tardes, querida amiga. ¡Cuánto le agradezco que haya usted venido!... ¿No sabe usted nada? Se hablaba esta mañana de un ultimatum. La sesión de la Cámara de los Comunes ha sido agitadísima.

—No, no sé nada—respondió Elena, á quien la pregunta había dejado estupefacta.—Salgo tan poco...

Por otra parte, Julieta no había esperado la respuesta. Explicaba á Paulina por qué era preciso neutralizar el Mar Negro, sin dejar de nombrar de cuando en cuando generales ingleses y generales rusos, con pronunciación muy correcta. Pero Enrique acababa de presentarse, llevando en la mano un paquete de periódicos. Elena comprendió que bajaba por ella. Los ojos de ambos se habían buscado, y habían apoyado sus miradas los unos en los otros. Después, él y ella se entregaron por entero en el largo y silencioso apretón de manos que se dieron.

—¿Qué dicen los periódicos?—preguntó nerviosamente Julieta.

—¿Los periódicos, querida?—dijo el doctor.—No dicen nunca nada.

Entonces se olvidó la cuestión de Oriente. Varias veces se habló de alguien á quien se esperaba y que no acababa de llegar. Paulina observaba que iban á dar las tres. ¡Oh! Llegaría, afirmaba madame Deberle, lo había prometido con demasiada formalidad; pero no nombraba á nadie. Elena escuchaba sin oír. Lo que no era Enrique no la interesaba. Ya no se llevaba la labor, y hacía visitas de dos horas, ajena á la conversación, con la cabeza absorta casi siempre en el mismo ensueño infantil, imaginando que los demás desaparecían como por un prodigio y que se quedaba sola con él. Sin embargo, respondía á Julieta cuando ésta le preguntaba algo, en tanto que la mirada de Enrique, clavada siempre en la suya, la fatigaba deliciosamente. El doctor pasó por detrás de ella, como para levantar uno de los *stores*, y Elena comprendió muy

bien que exigía una cita, por el estremecimiento con que rozó su cabellera. Ella consentía, pues no tenía ya fuerzas para esperar más tiempo.

—Han llamado, debe de ser él,—dijo Paulina de repente.

Las dos hermanas adoptaron actitud de indiferencia. Fué Malignon el que se presentó, más atildado aún que de costumbre, con una punta de gravedad. El pollo estrechó las manos que se le tendían, pero evitó soltar sus bromas habituales, pues entraba como de ceremonia en la casa en donde no se había presentado desde hacía algún tiempo. En tanto que el doctor y Paulina se quejaban de la poca frecuencia de sus visitas, Julieta se inclinó al oído de Elena, que estaba sorprendida, á pesar de su soberana indiferencia.

—¿Se asombra usted, verdad? ¡Oh! Yo no le guardo rencor. En el fondo, es tan buen muchacho que no puede una quedar enfadada... Imagínese usted que nos ha sacado un marido para Paulina... Es amable, ¿verdad?

—Sin duda,—murmuraba Elena por complacencia.

—Sí, uno de sus amigos, muy rico, que no pensaba siquiera casarse, y al que nos ha jurado traer... Le esperábamos hoy para saber su respuesta definitiva... De modo que, ya comprenderá usted que he tenido que pasar por alto muchas cosas... ¡Oh! Ya no hay peligro, ahora ya nos conocemos.

Y dejó ver una bonita sonrisa, ruborizándose un poco ante el recuerdo que evocaba; después, se apoderó vivamente de Malignon. Elena sonreía también. Aquellas facilidades de la existencia, la

excusaban á ella misma. Era una tontería pensar en dramas tremendos, pues todo se desenlazaba con una tranquilidad encantadora. Mas, en tanto que gozaba de este modo una felicidad cobarde al decirse que nada había prohibido, Julieta y Paulina acababan de abrir la puerta del pabellón, arrastrando á Malignon al jardín. De repente, oyó Elena, detrás de su cuello, la voz de Enrique, baja y ardiente:

—¡Se lo ruego á usted, Elena! ¡Oh, se lo ruego á usted!

La joven se estremeció, y miró en torno con repentina inquietud. Estaban completamente solos, y Elena vió que los demás paseaban lentamente por una de las avenidas del jardín. Enrique había osado cogerla por los hombros, y Elena temblaba, y su terror estaba lleno de embriaguez.

—Cuando usted quiera,—balbuceó, comprendiendo que el doctor le pedía una cita.

Y rápidamente cambiaron algunas palabras.

—Espéreme usted esta tarde, en la casa aquella del pasaje de las Aguas...

—No, no puedo... Ya le expliqué á usted... usted me juró...

—En otra parte entonces, donde usted quiera, con tal de que yo la vea... ¿En su casa, esta noche?

Elena sintió que se rebelaba. Pero no pudo negar más que con un gesto, asaltada de nuevo por el miedo, al ver volver á las dos jóvenes y á Malignon. Madame Deberle había fingido llevarse al joven para enseñarle una maravilla, matas de violetas en plena florescencia, á pesar de lo frío del tiempo.

Julieta apresuró el paso, y entró la primera en el pabellón, radiante.

—Hecho está,—dijo.

—¿Qué?—preguntó Elena, estremecida aún de pies á cabeza, y sin recordar de qué se trataba.

—La boda... ¡Oh! ¡Qué consuelo tan grande! Paulina empezaba ya á ser un estorbo... El joven la ha visto y la encuentra encantadora. Mañana comeremos todos en casa de papá... De buena gana hubiera abrazado á Malignon por la noticia.

Enrique, con sangre fría perfecta, había maniobrado de manera que se hallaba alejado de Elena. A él también le parecía Malignon encantador. Pareció regocijarse también tanto como su mujer por ver por fin colocada á su hermanita. Después, advirtió á Elena que iba á perder un guante. La joven le dió las gracias. En el jardín se oía la voz de Paulina que bromeaba; se inclinaba hacia Malignon, y le cuchicheaba palabras entrecortadas, prorrumpiendo en risas cuando el pollo le respondía también al oído. Sin duda estaba haciendo á la joven confidencias acerca de su futuro. Por la puerta del pabellón que había quedado entreabierta, Elena respiraba con delicia el aire fresco.

En aquel momento era cuando, en la alcoba, Juana y M. Rambaud se callaban, aletargados por el gran calor de la chimenea. La niña salió de aquel largo silencio preguntando de pronto, como si la pregunta fuera la conclusión de sus meditaciones.

—¿Quieres que vayamos á la cocina? Veremos si divisamos á mamá.

—Vamos,—respondió M. Rambaud.

Aquel día, la niña se sentía más fuerte. Fué, sin que la sostuvieran, á apoyar el rostro en un cristal. M. Rambaud, también miraba al jardín. No había hojas, y se distinguía con claridad el interior del pabellón japonés, al través de los grandes y lípidos cristales. Rosalía, que estaba al cuidado del cocido, trató de curiosa á la señorita. Pero la niña había visto el vestido de su madre, y la señalaba, aplastando el rostro contra el cristal, para verla mejor. Entre tanto, Paulina levantaba la cabeza y hacía señas. Salió Elena y la llamó con la mano.

—La han visto á usted, señorita,—repetía la cocinera.—Le dicen que baje.

Fué preciso que M. Rambaud abriera la ventana. Le rogaban que bajase á Juana, pues todo el mundo la quería allí. Juana había huído á la alcoba, acusando á su buen amigo de haber golpeado adrede los cristales. Le gustaba mirar á su madre, pero no quería ir más á aquella casa. Y á todas las suplicantes preguntas que le dirigía monsieur Rambaud, respondía con su terrible «porque sí», que lo explicaba todo.

—Y no debieras ser tú el que me obligara,—dijo por fin con aspecto sombrío.

Pero el buen señor le repetía que daría mucha pena á su madre, que no se podía hacer desaires á nadie. El la tataría bien, y la niña no tendría frío; y al hablar, le ataba el chal alrededor de la cintura, y la quitaba el pañolillo que en la cabeza llevaba para ponerle una gorrilla pequeña. Cuando estuvo

Juana arreglada, protestó una vez más. Por fin, se dejó llevar, con la condición de que M. Rambaud la volvería á subir en seguida, si se sentía demasiado mala. La portera les abrió la puerta de comunicación, y en el jardín les acogieron con alegres exclamaciones. Sobre todo, madame Deberle demostró vivísimo cariño á Juana; la acomodó en un sillón, cerca de la boca del calorífero; quiso que cerraran en seguida los cristales, haciendo observar que el aire era demasiado vivo para la pobrecita niña. Malignon se había marchado. Y mientras Elena componía los despeinados cabellos de su hija, algo avergonzada por verla de aquel modo delante de gente, envuelta en un chal y cubierta con una gorrilla, Julieta exclamó:

—¡Quite usted allá! ¿Acaso no estamos todos en familia?... ¡Pobrecita Juana! Nos hacía mucha falta.

Tocó la campanilla, y preguntó si la señorita Smithson y Luciano habían vuelto de su cotidiano paseo. No habían vuelto todavía. Por otra parte, Luciano se estaba poniendo imposible; el día anterior había hecho llorar á las cinco señoritas de Levasseur.

—¿Quieren ustedes que juguemos á la gallina ciega?—preguntó Paulina, á quien la idea de su próximo matrimonio tenía enloquecida.—No es cansado.

Pero Juana negó con la cabeza. Largamente, entre las bajadas pestañas, paseaba su mirada por las personas que la rodeaban. El doctor acababa de decir á M. Rambaud que su protegida había

sido por fin admitida en los Incurables, y el buen señor, muy conmovido, le estrechaba las manos, como si hubiera recibido personalmente un gran beneficio. Todos se arrellanaron en sendos sillones, y la conversación adquirió una intimidad encantadora. Apagábanse las voces, y á cada momento reinaban silencios. Cuando madame Deberle y su hermana se pusieron á hablar entre ellas, Elena dijo á los dos hombres:

—El doctor Bodin nos ha aconsejado un viaje á Italia.

—¡Ah! Por eso me ha preguntado Juana,—exclamó M. Rambaud.—¿Te gustaría ir allí?

La niña, sin responder, se llevó las dos manitas al pecho, en tanto que su rostro gris se iluminaba. Su mirada se había dirigido al doctor, con cierto temor porque había comprendido que su madre le consultaba. Enrique había sentido un leve estremecimiento, pero se había repuesto y se mostraba muy frío. Bruscamente, se mezcló Julieta en la conversación, deseando, como de costumbre, meterse en todos los asuntos.

—¿De qué? ¿Hablan ustedes de Italia? ¿No decían ustedes que se iban á Italia? ¡Ah; bien! Es chocante la coincidencia. Justamente esta mañana, daba yo matraca á Enrique para que me llevara á Nápoles. Imagínese usted que, desde hace diez años, estoy soñando con ver Nápoles. Cada primavera me lo promete, pero después no me cumple su palabra.

—No te he dicho que no quisiera,—murmuró el doctor.

—¿Cómo que no me lo has dicho?... Me lo has

negado en redondo, pretextando que no podías dejar á tus enfermos.

Juana escuchaba. Una gruesa arruga cortaba en dos su frente pura, en tanto que maquinalmente se retorció los dedos, uno tras otro.

—¡Oh! Mis enfermos...—repuso el médico.—Por algunas semanas bien podía confiárselos á un colega... Si creyese que tanto empeño tenías...

—Doctor,—interrumpió Elena,—¿usted es también de parecer de que un viaje semejante convendría á Juana?

—Ya lo creo; sería excelente, y la fortalecería mucho... A los niños les sienta siempre bien un viaje.

—Entonces,—exclamó Julieta,—nos llevaremos á Luciano, y nos vamos todos juntos. ¿Quieres?

—Sin duda, yo quiero todo lo que quieras tú,—respondió el doctor con una sonrisa.

Juana, bajando la cabeza, enjugó dos gruesas lágrimas de cólera y de dolor que le quemaban los ojos. Y se hundió más en el sillón, como para no ver ni oír más, en tanto que madame Deberle, entusiasmada por aquella inesperada distracción que se le ofrecía, prorrumplía en bulliciosas frases. ¡Oh, qué bueno era su marido! Le besó con toda su alma. En seguida habló de los preparativos. Partirían en la semana siguiente. ¡Dios santo! No le quedaría tiempo de prepararlo todo. Después, quiso trazar un itinerario; había que pasar por tal parte; estarían ocho días en Roma, se detendrían en un pueblecito encantador del que le había hablado madame de Guiraud; y acabó por pelearse con Paulina, que pe-

día que retrasasen el viaje, para formar parte de él con su marido.

—¡Ah! no, de ningún modo,—decía Julieta.— Os casaréis á nuestro regreso.

Olvidábanse de Juana. Esta examinaba fijamente á su madre y al doctor. Elena, ciertamente, aceptaba ya aquel viaje, que debía aproximarla á Enrique. Era una gran alegría; irse los dos juntos al país del sol, vivir días enteros uno al lado del otro, aprovechando las horas libres. Una sonrisa de consuelo subía á sus labios; ¡había tenido tanto miedo de perderle, y se sentía tan feliz por poder partir con todos sus amores! Y en tanto que Julieta hablaba de los países que atravesarían, los dos creían ya pasear bajo una primavera ideal, diciéndose con la mirada que se amarían en tal parte, y en tal otra, y en todos los lugares por donde pasarán juntos.

Entre tanto, M. Rambaud, que había sentido una tristeza que poco á poco le había dejado silencioso, se percató del malestar de Juana.

—¿No estás bien, ángel mío?—le preguntó á media voz.

—Oh, no... Me siento muy mala... Llévame arriba, te lo ruego.

—Hay que avisar á tu madre.

—No, no, mamá está ocupada, y no tiene tiempo... Llévame arriba, llévame.

M. Rambaud la tomó en brazos, y dijo á Elena que la niña se sentía algo fatigada. Entonces la joven le rogó que la esperase arriba, que les seguía. La niña, aunque muy ligera, se le escurría de los

brazos de M. Rambaud, y éste tuvo que detenerse en el segundo piso. Juana había apoyado la cabeza en su hombro, y los dos se miraban con muchísima pena. Ni un rumor turbaba el silencio helado de la escalera. El buen señor preguntó á media voz:

—Estás contenta de ir á Italia, ¿verdad?

Pero la niña prorrumpió en sollozos, balbuceando que no quería, y que prefería morir en su alcoba. ¡Oh! No iría, se pondría mala, lo veía bien claro. A ninguna parte, no iría á ninguna parte. Podían dar á los pobres sus zapatitos. Después, en medio del llanto, le preguntó en voz muy baja:

—¿Te acuerdas de lo que me preguntaste una noche?

—¿Qué, nenita mía?

—Cuando me pediste quedarte siempre con mamá, siempre, siempre... Pues bueno, si tú quieres aún, yo quiero también.

Las lágrimas se agolparon á los ojos de M. Rambaud. Besó tiernamente á Juana, en tanto que ésta añadía bajando más aún la voz:

—Quizás te incomodarías porque yo me enfadé contigo... Yo no sabía; ¿sabes?... Pero yo te quiero á tí. ¡Oh! En seguida, ¿verdad? En seguida... Yo te prefiero al otro...

Abajo, en el pabellón, Elena se había distraído de nuevo. Seguían hablando del viaje. La joven sentía una necesidad imperiosa de abrir su henchido corazón, de comunicar á Enrique toda la dicha que la ahogaba. Entonces, en tanto que Julieta y Paulina discutían el número de trajes que habían de

llevarse, la joven se inclinó hacia él, y le dió la cita que le había negado una hora antes.

—Venga esta noche; le esperaré.

Y cuando subía al fin, encontró á Rosalía, trastornadísima, que bajaba la escalera corriendo. En cuanto vió á su ama, gritó la criada:

—¡Señora, señora! ¡Corra usted!... La señorita no está buena... Vomita sangre.

III

Al levantarse de la mesa, el doctor habló á su esposa de una dama que estaba de parto, y junto á la cual se vería sin duda obligado á pasar la noche. Partió á las nueve, bajó por la orilla del agua, se paseó á lo largo de los desiertos muelles, en la negra noche; soplabá un vientecillo húmedo, y el crecido Sena deslizaba sus olas de tinta. Cuando dieron las once, volvió á subir Enrique las cuestas del Trocadero, y fué á vagar alrededor de la casa cuya gran masa cuadrada parecía una espesura de las tinieblas. Pero los cristales del comedor relucían aún. Dió la vuelta, y vió que la ventana de la cocina arrojaba también viva claridad. Entonces esperó, asombrado, inquieto poco á poco. Pasaban sombras por detrás de las cortinas, y una especie de agitación parecía llenar todo el piso. ¿Quizá monsieur Rambaud se habría quedado á comer? Sin embargo, nunca el digno caballero permanecía allí hasta más tarde de las diez. Y Enrique no se atrevía á subir, porque, ¿qué diría si fuese Rosalía la que le abriera? Por fin, á eso de las doce, loco de impa-

llevarse, la joven se inclinó hacia él, y le dió la cita que le había negado una hora antes.

—Venga esta noche; le esperaré.

Y cuando subía al fin, encontró á Rosalía, trastornadísima, que bajaba la escalera corriendo. En cuanto vió á su ama, gritó la criada:

—¡Señora, señora! ¡Corra usted!... La señorita no está buena... Vomita sangre.

III

Al levantarse de la mesa, el doctor habló á su esposa de una dama que estaba de parto, y junto á la cual se vería sin duda obligado á pasar la noche. Partió á las nueve, bajó por la orilla del agua, se paseó á lo largo de los desiertos muelles, en la negra noche; soplabá un vientecillo húmedo, y el crecido Sena deslizaba sus olas de tinta. Cuando dieron las once, volvió á subir Enrique las cuestas del Trocadero, y fué á vagar alrededor de la casa cuya gran masa cuadrada parecía una espesura de las tinieblas. Pero los cristales del comedor relucían aún. Dió la vuelta, y vió que la ventana de la cocina arrojaba también viva claridad. Entonces esperó, asombrado, inquieto poco á poco. Pasaban sombras por detrás de las cortinas, y una especie de agitación parecía llenar todo el piso. ¿Quizá monsieur Rambaud se habría quedado á comer? Sin embargo, nunca el digno caballero permanecía allí hasta más tarde de las diez. Y Enrique no se atrevía á subir, porque, ¿qué diría si fuese Rosalía la que le abriera? Por fin, á eso de las doce, loco de impa-

ciencia y olvidando toda clase de precauciones, llamó y pasó sin responder por delante de la habitación de la portera. En lo alto fué Rosalía la que le recibió.

—¡Ah! ¿Es usted, señor? Entre usted. Voy á decir que está usted aquí. La señora debe de esperarle.

No daba muestras de la menor sorpresa por verle á semejante hora. Mientras que Enrique entraba en el comedor, sin hallar la menor palabra que pronunciar, continuó Rosalía trastornada:

—¡Oh! ¡La señorita está muy mala, malísima, señor! ¡Qué noche! No me llega la camisa al cuerpo.

Le dejó solo. El doctor, maquinalmente, se había sentado. Olvidaba que era médico. A lo largo del muelle, había soñado en aquella habitación en que le iba á introducir Elena, poniéndose un dedo sobre los labios para no despertar á Juana, acostada en el gabinete contiguo; la mariposa estaría ardiendo, la habitación se hallaría anegada en sombras y sus besos no harían ruido. Y estaba allí, como de visita, con el sombrero en la mano, y esperando. Detrás de la puerta, tan sólo una tos pertinaz desgarraba el gran silencio.

Rosalía se presentó de nuevo, atravesó rápidamente el comedor, con una copa en la mano, diciéndole tan sólo esta frase:

—Ha dicho la señora que no entre usted.

Enrique permaneció sentado, sin poder marcharse. ¿De modo que la cita sería para otro día? Esto le atontaba, como una cosa imposible. Después, se hacía reflexiones. La pobre Juana estaba verdaderamente falta de salud; no tenía uno mas que penas

y contrariedades con los niños. Pero la puerta volvió á abrirse y se presentó el doctor Bodin, pidiéndole mil perdones. Y por espacio de unos instantes, hilvanó varias frases; le había mandado llamar, y se consideraría muy feliz al consultar á su ilustre colega.

—Sin duda, sin duda,—repetía el doctor Deberle, cuyos oídos zumbaban.

El anciano médico, tranquilizado, fingió hallarse perplejo, vacilar acerca del diagnóstico. Bajando la voz, discutía los síntomas con expresiones técnicas que interrumpía y terminaba guiñando los ojos. Tenía la niñita tos sin expectoración, abatimiento muy grande, fiebre subidísima. Quizá se iba á tratar de una fiebre tifoidea. No obstante, él no se atrevía á pronunciarse por una cosa ni por otra, pues la neurosis cloro-anémica por la cual cuidaban á la enferma hacía tanto tiempo, le hacía temer complicaciones imprevistas.

—¿Qué opina usted?—le preguntaba después de cada frase.

El doctor Deberle respondía con gestos evasivos. En tanto que su colega hablaba, se sentía poco á poco avergonzado de hallarse allí. ¿Por qué había subido?

—Le he puesto dos vegigatorios,—continuó el anciano médico.—Espero, ¿que quiere usted? Pero va usted á verla, y en seguida me dará usted su opinión.

Y le condujo á la alcoba. Enrique entró tembloroso. La habitación estaba muy débilmente iluminada por una lámpara. Enrique recordaba otras noches parecidas, el mismo olor cálido, el mismo aire

ahogado y recogido, con hundimientos de sombra en los que dormían los muebles y las colgaduras. Pero nadie le salió al encuentro con las manos extendidas como en otro tiempo. M. Rambaud, caído como anonadado sobre un sillón, parecía soñar. Elena, en pie ante el lecho, vestida con su bata blanca, no se volvió siquiera; y aquella figura pálida pareció grandísima á Enrique. Entonces, por espacio de un minuto, examinó á Juana. La debilidad de la niña era tan grande, que ya no podía ni abrir los ojos sin cansancio. Bañada en sudor, estaba como agobiada, con el rostro descolorido, encendido por una llama en los pómulos.

—Es una tisis aguda,—murmuró Enrique al fin, hablando en voz alta sin querer, y no demostrando la menor sorpresa, como si hubiese previsto el caso mucho tiempo hacía.

Elena oyó y le miró. Estaba completamente fría y con los ojos secos, en una calma terrible.

—¿Lo cree usted así?—dijo sencillamente el doctor Bodin, moviendo la cabeza con el aire de aprobación de un hombre que no hubiera querido ser el primero en dar su parecer.

Y auscultó á la niña de nuevo. Juana, con todos los miembros inertes, se prestó al examen, sin dar muestras de comprender por qué la molestaban. Los dos médicos cambiaron aún unas cuantas palabras rápidas. El anciano doctor pronunció en voz baja las palabras de respiración anfórica y de rui-

do de olla cascada; sin embargo, fingía vacilar aún, y hablaba de una bronquitis capilar. El doctor Deberle explicaba que una causa accidental debía de haber determinado la enfermedad; un enfriamiento sin duda; por que él había observado ya varias veces que la cloro-anemia favorecía las afecciones de pecho. Elena en pie detrás de ellos, esperaba.

—Ausculte usted mismo,—dijo el doctor Bodin cediendo su puesto á Enrique.

Este se inclinó, y quiso tocar á Juana. Esta no había levantado siquiera los párpados, y se abandonaba, quemada por la fiebre. Su caída camisa mostraba un pecho de niña en el que apenas se indicaban las nacientes formas de mujer; y no podía haber nada más casto ni desconsolador que aquella pubertad tocada ya por la muerte. Juana no había sentido la menor rebeldía bajo las manos del anciano doctor. Pero en cuanto la rozaron los dedos de Enrique, recibió como una sacudida. Todo su pudor trastornado la despertaba del anonadamiento en que estaba sumergida. Hizo el ademán de una mujer sorprendida y forzada, y estrechó los pobrecitos brazos delgadísimo sobre el pecho, balbuceando con temblorosa voz:

—Mamá... mamá...

Y abrió los ojos. Cuando reconoció al hombre que estaba allí, fué verdadero terror el suyo. Se vió desnuda y sollozó de vergüenza, tirando vivamente de la sábana. Parecía que de repente hubiera

envejecido diez años en su agonía, y que, cercanos á la muerte, sus doce abriles estuvieran ya maduros para comprender que aquel hombre no debía tocarla y hallar en ella á su madre. Gritó de nuevo, pidiendo socorro:

—Mamá... mamá... te lo ruego...

Elena, que no había hablado aún, se acercó entonces á Enrique. Le contempló fijamente, con su rostro de mármol. Cuando le tocó, sólo le dijo esta palabra con ahogada voz:

—¡Váyase!

El doctor Bodin intentaba calmar á Juana, á la que un ataque de tos sacudía en el lecho. Le juraba que no la contrariaría más, y que todo el mundo iba á partir, para dejarla tranquila.

—Váyase,—repitió Elena, con voz baja y profunda al oído de su amante.—Ya ve usted que la hemos matado.

Entonces, sin dar con una sola palabra, Enrique se fué. Permaneció aún un instante en el comedor, esperando sin saber qué, algo que quizá sucedería. Después, al ver que no salía el doctor Bodin, partió y bajó la escalera á tientas, sin que Rosalía se tomara siquiera el trabajo de hacerle luz. Pensaba Enrique en el curso fulminante de las tisis agudas, un caso que había estudiado con mucha frecuencia; los tubérculos miliarios se multiplicarían con rapidez, aumentarían los ahogos, y Juana no pasaría con seguridad de las tres semanas.

Pasaron ocho días. El sol se alzaba y se ponía sobre París, en el inmenso cielo que se extendía ante la ventana, sin que Elena tuviera la clara sensación del tiempo despiadado y rítmico. Sabía que su hija estaba condenada, y se hallaba como aturdida, con el horror del desgarramiento que se operaba en ella. Era una espera sin esperanza, una certidumbre de que la muerte no perdonaría. No hallaba lágrimas, y andaba despacito por la habitación, siempre en pie, cuidando á la enferma con ademanes lentos y precisos. A veces, vencida de fatiga, caída sobre una silla, la contemplaba durante horas enteras. Juana se iba debilitando cada vez más; dolorosísimos vómitos la destrozaban, y la fiebre no cesaba un instante. Cuando llegaba el doctor Bodin, la examinaba un instante, y dejaba una receta; y su redonda espalda, al retirarse, expresaba tal impotencia, que la madre no le acompañaba siquiera para interrogarle.

Desde el día siguiente de la crisis había acudido el padre Jouve. El y su hermano llegaban cada noche y cambiaban con Elena un silencioso apretón de manos, sin atreverse á preguntarle noticias. Habían ofrecido quedarse á velar por turno, pero la joven les despedía á eso de las diez, pues no quería á nadie en la alcoba durante la noche. Una tarde, el sacerdote, que parecía muy preocupado desde la víspera, la llamó aparte.

—He pensado una cosa,—dijo en voz baja.—La pobrecita niña ha estado muy retrasada por su sa-

lud... Podría hacer aquí la primera comunión...

Elena, al pronto, pareció no comprender. Aquella idea, en la cual, á pesar de su tolerancia, reaparecía el sacerdote con su preocupación por los intereses del cielo, le sorprendía, llegaba incluso á ofenderla. Hizo un gesto de despreocupación diciendo:

—No, no; no quiero que se la atormente... ¡Oh! Si hay paraíso, subirá á él derechita.

Pero aquella tarde, Juana experimentaba una de esas mejorías engañosas que ilusionan á los moribundos. Había oído al sacerdote, con sus finísimos sentidos de enferma.

—¡Eres tú, buen amigo?—le dijo.—Hablas de la comunión... Será pronto, ¿verdad?

—Sin duda, ángel mío,—respondió el cura.

Entonces, quiso Juana que éste se acercara, para hablar. Su madre la había incorporado sobre la almohada, y la niña se había sentado; y sus quemados labios sonreían, en tanto que la muerte pasaba ya por sus ojos claros.

—¡Oh! Estoy muy bien,—dijo.—Me levantaré si quisiera... Dime, ¿llevaré un traje blanco con un ramo?... ¿Estará la iglesia tan bonita como para el mes de María?

—Más bonita, niña mía.

—¿De veras? ¿Y habrá tantas flores? ¿Y cantarán cosas tan dulces?... Pronto, pronto; ¿me lo prometes?

Sentíase inundada de alegría. Contemplaba ante

ella las cortinas del lecho, como asaltada por un éxtasis, diciendo que amaba mucho á Dios, y que le había visto cuando cantaban cánticos. Oía órganos, veía luces que giraban, en tanto que las flores de las grandes macetas revoloteaban como mariposas. Pero una tos violenta la estremeció, y la derribó de nuevo sobre la cama. Y continuaba sonriendo, como si no supiera que tosía, y repitiendo:

—Me voy á levantar mañana; aprenderé el catecismo sin una falta, y todos estaremos muy contentos.

Elena, al pie del lecho, exhaló un sollozo. Ella que no podía llorar, sentía que una ola de lágrimas le subían á la garganta, al oír las risas de Juana. Se ahogaba, y huyó al comedor, para ocultar su desesperación. El sacerdote la había seguido. M. Rambaud se había levantado vivamente, con objeto de distraer á la niña.

—¡Toma! Mamá ha gritado. ¿Se ha hecho daño?—preguntó Juana.

—¿Tu mamá?—respondió él.—Si no ha gritado; al contrario, se ha reído, de ver que tú estás mejor.

En el comedor, Elena, con la cabeza caída sobre la mesa, ahogaba los sollozos entre las manos juntas. El sacerdote se inclinaba, suplicándole que se contuviera. Pero la joven, alzando el mojado rostro, se acusaba, le decía que había matado á su

hija; y una confesión completa se escapaba de sus labios, en palabras entrecortadas. Nunca se hubiera entregado á aquel hombre si Juana hubiese estado junto á ella. Había sido preciso que le hallara en aquella habitación desconocida. ¡Dios santo! El cielo hubiera debido llevársela con su hija. Ya no podía vivir más. El sacerdote, espantado, la calmaba prometiéndole el perdón.

Llamaron, y de la antesala llegó un ruido de voces. Elena se enjugaba los ojos cuando entró Rosalía.

—Señora, es el doctor Deberle...

—No quiero que entre.

—Pregunta por la señorita...

—Dígale usted que se va á morir.

La puerta había quedado abierta, y Enrique había oído. Entonces, sin esperar á la criada, bajó la escalera. Cada día volvía á llamar, recibía la misma respuesta y se marchaba.

Lo que desgarraba el corazón á Elena eran las visitas. Las pocas señoras á quienes había conocido en casa de los Deberle creían que debían llevarle consuelos. Madame de Chermette, madame Levasseur, madame de Guiraud, y algunas otras, se presentaron en la casa; no pedían entrar, pero preguntaban á Rosalía tan alto, que el ruido de sus voces atravesaba los débiles tabiques de la pequeña vivienda. Entonces, llena de impaciencia, Elena las recibía en el comedor, en pie, y con frases breves.

Estaba todo el día de bata, olvidando cambiarse de ropa, con el hermoso cabello anudado sencillamente. Sus ojos se cerraban de cansancio en su enrojecido rostro, y su boca amarga y pegajosa no encontraba ya palabras. Cuando Julieta subía no podía Elena cerrarle la alcoba, y la dejaba sentarse un rato al lado de la cama.

—Querida mía—le dijo un día madame Deberle.—Se amilana usted demasiado. Tenga usted un poco de valor.

Y Elena iba á responder, cuando Julieta, procurando distraerla, hablaba de los sucesos que preocupaban á París.

—Ya sabe usted que decididamente vamos á tener guerra... Estoy muy enojada, porque tengo dos primos que habrán de partir...

Solía subir al regreso de sus correteos por París, animada por toda una tarde de charloteo, llevando el torbellino de sus largas faldas á aquella recogida alcoba de enferma; y por más que procuraba bajar la voz y adoptar aptitudes compasivas, su hermosa indiferencia se transparentaba, y se la veía risueña y triunfante por gozar de buena salud. Elena, abatida ante ella, sufría una angustia celosa.

—Señora—murmuró Juana una noche.—¿Por qué no viene Luciano á jugar?

Julieta, cortada por un momento, se contentó con sonreír.

—¿Está malo él también?—preguntó la niña.

—No, ángel mío, no está malo... Está en el colegio.

Y cuando Elena la acompañaba al recibimiento, la joven creyó que debía explicarle su mentira.

—¡Oh! Ya lo traería, porque ya sé que esto no es contagioso... Pero los niños se asustan en seguida, y Luciano es tan tonto... Sería capaz de echarse á llorar al ver al pobre angelito...

—Sí, sí, tiene usted razón,—interrumpió Elena, con el corazón desgarrado al pensar en que aquella mujer tan alegre tenía en su casa á su hijo en buena salud.

Había pasado la segunda semana. La enfermedad seguía su curso, y se llevaba cada hora un poco de la vida de Juana. No se apresuraba, empleando al destruir con su fulminante rapidez aquella frágil y adorable carne, todas las fases previstas, sin perdonar una sola. Los esputos sanguinolentos habían desaparecido; á ratos cesaba la tos. La niña se sentía ahogada por tal opresión, que por la dificultad de su aliento se podían seguir los estragos de la enfermedad en su pequeño pecho. Era aquello demasiado duro para tanta debilidad, y al oír la toser los ojos del sacerdote y de M. Rambaud se inundaban de lágrimas. Por espacio de días enteros, de noches enteras, se oía el estertor bajo las cortinas, y la pobre criatura, á la que parecía que había de matar el menor contacto, no se acababa de morir en aquellos ahogos que la dejaban sudó-

rosa. La madre, con las fuerzas agotadas, y sin poder soportar más aquel ruido, se iba á la pieza contigua á apoyar la cabeza contra la pared.

Poco á poco, Juana se aislaba. Ya no veía á la gente, y tenía la expresión del rostro anegada y como perdida, como si hubiera ya vivido sola y en alguna parte. Cuando las personas que la rodeaban querían llamarle la atención, y se nombraban para que las conociera, la niña las miraba fijamente, sin una sonrisa, y después se volvía hacia la pared con aire de cansancio. Envolvía una sombra, y se iba con el mohín irritado de sus malos días de celos. Sin embargo, aun la despertaban algunos caprichos de enferma. Una mañana preguntó á su madre:

—¿Es domingo hoy?

—No, hija mía,—respondió Elena.—No somos más que viernes... ¿Por qué quieres saberlo?

Juana no parecía ya recordar la pregunta que había hecho. Pero á los dos días, cuando Rosalía estaba en la alcoba, le dijo á media voz:

—Es domingo... Ceferino está ahí... Dile que venga.

La criada vacilaba, pero Elena, que había oído á su hija, le dirigió una seña de asentimiento. La niña repetía:

—Tráele, venid los dos; me alegraré mucho.

Cuando Rosalía entró con Ceferino, Juana se incorporó sobre la almohada. El soldadito, des-

cubierto, y con las manos extendidas, se balanceaba para ocultar su gran emoción. Quería mucho á la señorita, y le jorobaba mucho el ver que se ponía el arma á la izquierda, como decía él en la cocina con cuartelera frase. De modo que, á pesar de las advertencias de Rosalía, que le había recomendado que estuviese alegre, permaneció estúpido, con el rostro trastornado, al verla tan pálida, tan reducida á la nada. Se había quedado conmovido, á pesar de su aire conquistador. Ni siquiera halló una de aquellas hermosas frases que sabía ya decir. La criada, detrás de él, le pellizó para hacerle reír. Pero el soldado logró tan sólo balbucear:

—Le pido mil perdones... señorita y la compañía...

Juana seguía incorporada, apoyándose en sus adelgazados brazos. Abría los ojos desmesuradamente, como si buscase algo. Un temblor agitaba su cabeza; sin duda la gran claridad la cegaba, en aquella sombra á que descendía ya.

—Acérquese usted, amigo mío,—dijo Elena al soldado.—Es la señorita la que ha pedido verle á usted.

El sol entraba por la ventana, como ancho rayo amarillo en el cual danzaba el polvo de la alfombra. Había llegado marzo, y por fuera la primavera renacía. Ceferino dió un paso, y apareció en medio del sol; su carita pequeña y redonda, cubierta de barillos, tenía el reflejo dorado del trigo maduro,

en tanto que los botones de su guerrera relucían y su pantalón rojo sangraba como un campo de amapolas. Entonces, Juana le vió. Pero sus ojos se apuraron de nuevo, inciertos, mirando de un lado á otro.

—¿Qué quieres, niña mía?—preguntó su madre.—Estamos todos aquí.

Después comprendió:

—Rosalía, acérquese... La señorita quiere verla á usted.

Rosalía, á su vez, se adelantó hacia el rayo de sol. Llevaba una cofia cuyas bridas, caídas sobre los hombros, volaban como alas de mariposa. Un polvillo de oro caía sobre sus duros cabellos negros y sobre su bondadoso rostro de nariz aplastada y gruesos labios. No había nadie más que ellos en la alcoba, el soldadito y la cocinera, codo con codo, bajo el rayo del sol. Juana les contemplaba.

—Bueno, ángel mío,—dijo Elena.—¿No les dices nada? Ahí los tienes juntos.

Juana les miraba con el temblor de su cabeza, un temblor ligero de mujer viejísima. Estaban los dos allí como marido y mujer, prontos á cogerse del brazo para volver á su tierra. La tibieza de la primavera les enardecía, y deseosos de alegrar á la señorita, acababan por reirse el uno en las barbas del otro, con aspecto de ternura y tontería. Un buen olor de salud ascendía de sus redondeadas espaldas. Si hubieran estado solos, de seguro que Ceferino habría cogido á Rosalía y que hubiera

recibido de ella un bofetón soberano. Se les veía esto en los ojos.

—Bueno, nena mía, ¿no tienes nada que decirles?

Juana les contemplaba, ahogándose más aun. No dijo una sola palabra. Bruscamente, prorrumpió en llanto. Ceferino y Rosalía tuvieron que salir en seguida de la alcoba.

—Mil perdones... señorita y la compañía,—repitió corrido el soldadete al marcharse.

Este fué uno de los últimos caprichos de Juana. Volvió á caer en un humor sombrío del que nada la sacaba. Sentíase despegada de todo, hasta de su madre. Cuando ésta se inclinaba por cima del lecho, para buscar su mirada, la niña conservaba el rostro mudo, como si sólo la sombra de las cortinas pasara ante su vista. Tenía los silencios, la resignación negra de una mujer abandonada que se siente morir. A veces, permanecía mucho tiempo con los párpados medio cerrados, sin que se pudiera adivinar en su debilitado mirar qué pertinaz idea la absorbía. Ya no existía para ella nada más que su gran muñeca, acostada á su lado. Se la habían dado una noche para distraerla de sus sufrimientos intolerables, y se negaba á devolverla, defendiéndola con enérgico ademán en cuanto querían quitársela. La muñeca, con la cabeza de cartón apoyada en los travesaños, estaba estirada como una persona enferma, con los cobertores hasta los hombros. Sin duda la niña la cui-

daba, porque, de vez en cuando, con sus ardientes manos, palpaba los miembros de rosada piel medio arrancados, rellenos de aserrín. Durante horas enteras, los ojos de la niña no se separaban de aquellos ojos de esmalte, siempre fijos, ni de los dientes blancos, que no cesaban de sonreír. Después, la sobrecogían hondas ternuras, necesidades de estrechar á la muñeca contra su pecho, de apoyar la mejilla contra la peluquita, cuya caricia parecía consolarla. Se refugiaba así en su cariño á su gran muñeca, asegurándose, al salir de sus somnolencias, de que la tenía aún allí, sin ver más que á ella, hablando con ella, y vagando á veces por su rostro la sombra de una sonrisa, como si la muñeca le hubiera dicho cosas al oído.

Terminaba la tercer semana. El viejo doctor se instaló en la casa una mañana. Elena comprendió; su hija no pasaría de aquel día. Desde la víspera, había caído en un estupor que le quitaba hasta la conciencia de sus actos. Ya no se luchaba contra la muerte; se contaban las horas. Como la enferma padecía ardiente sed, el médico había recomendado sencillamente que le dieran una bebida opiácea, para facilitarle la agonía; y aquel abandono de todo remedio volvía á Elena imbecil. Mientras vió aún medicinas sobre la mesa de noche, esperó un milagro de curación. Pero ya no había allí tarros ni cajas, y su última esperanza se disipaba. Ya no tenía más que un instinto, el de estar junto á Juana,

no separarse de ella, contemplarla. El doctor, que quería separarla de aquel horrible espectáculo, trataba de alejarla, encargándole pequeños cuidados. Pero Elena volvía, atraída, sintiendo la necesidad física de ver. Completamente erguida, con los brazos caídos, llena de una desesperación que le hinchaba el rostro, esperaba.

Hacia la una, llegaron el sacerdote y M. Rambaud. El médico les salió al encuentro y les dijo una palabra. Los dos palidieron. Quedáronse en pie de tan impresionados, y las manos de ambos temblaban. Elena no se había vuelto.

El día era soberbio, una de esas tardes asoleadas de los primeros días de abril: Juana, en su lecho, se agitaba. La sed que la devoraba le daba por momentos un penoso movimiento de los labios. Había sacado de entre las sábanas sus pobres manos transparentes, y las paseaba dulcemente por el vacío. El sordo trabajo de la enfermedad había terminado, y la niña no tosía ya; su voz extinguida parecía un soplo. Desde hacía un momento, volvía la cabeza, y buscaba la luz con los ojos. El doctor Bodin abrió la ventana de par en par. Entonces Juana no volvió á moverse, y permaneció con la mejilla apoyada en la almohada y la mirada clavada en París, en tanto que su oprimida respiración iba menguando.

Durante aquellas tres semanas de padecimientos, muchas veces se había vuelto de aquel modo hacia

la ciudad que se extendía en el horizonte. El rostro de la niña se ponía grave; meditaba. En aquella hora postrera, París sonreía bajo el rubio sol de abril. Del exterior llegaban hálitos tibios, risas de niños, píos de gorriones. Y la moribunda empleaba fuerzas supremas para seguir viendo, para seguir las volantes humaredas que subían de los lejanos arrabales. Volvía á ver á sus tres conocidos, los Inválidos, el Panteón, la torre de Santiago; después, empezaba lo desconocido, y los cansados párpados de la niña se cerraban á medias, ante el mar inmenso de las techumbres. Quizá soñaba que poco á poco se iba tornando más ligera, y que volaba como un pájaro. Por fin iba á saber; se posaría sobre las cúpulas y las flechas, y vería, con seis ú ocho aletazos, las cosas prohibidas que ocultan á los niños. Pero una nueva inquietud la agitó, y sus manos siguieron buscando; no se calmó hasta que tuvo su gran muñeca entre los bracitos, junto al pecho. Quería llevársela con ella. Sus miradas se perdían á lo lejos, entre las chimeneas, completamente rosadas por el sol.

Las cuatro acababan de dar, y el sol dejaba caer ya sombras azules. Era el final, una sofocación, una agonía lenta y sin sacudidas. El pobre angelito no tenía ya fuerzas para defenderse. M. Rambaud, vencido, cayó de rodillas, estremecido por silenciosos sollozos, arrastrándose hasta detrás de una cortina para ocultar su dolor. El sacerdote se había

arrodillado á la cabecera, con las manos juntas, balbuceando las oraciones de los agonizantes.

—Juana, Juana...—murmuró Elena, helada por un horror que le soplaban un frío enorme á los cabellos.

Había rechazado al doctor, y se arrojó al suelo, apoyándose en el lecho para ver á su hija muy de cerca. Juana abrió los ojos, pero no miró á su madre. Sus miradas, invariablemente, se dirigían á lo lejos, hacia el París que se borraba. Estrechó más aun á su muñeca, su último cariño. Hinchóle el pecho un profundo suspiro, y después exhaló otros dos suspiros más leves. Sus ojos palidecían, y por un instante expresó su rostro una angustia vivísima. Pero muy pronto pareció consolada; no respiraba ya, quedaba con la boca abierta.

—Ha concluído,—dijo el doctor tomándole una mano.

Juana contemplaba París con sus grandes ojos vacíos. Su rostro de cabra se había alargado más aun, adquiriendo rasgos severos, y una sombra gris bajaba de las cejas que enarcaba; y conservaba también en la muerte su rostro descolorido de la mujer celosa. La muñeca, con la cabeza desarticulada y los cabellos colgando, parecía muerta como ella.

—Ha concluído,—repitió el doctor, que dejó caer de nuevo la fría manita.

Elena, con el rostro contraído, se oprimió la frente con las manos, como si sintiese que se le abría el

cráneo. No lloraba; paseaba ante ella miradas de loca. Después, un hipo se desgarró en su garganta. Acababa de ver, al pie del lecho, un par de zapatitos olvidados allí. Había concluído; Juana no volvería á ponérselos; podían dar sus zapatitos á los pobres. Y las lágrimas de Elena fluían, y permanecía en el suelo, apoyando su rostro en la mano de la muerta que había resbalado. M. Rambaud sollozaba. El sacerdote había elevado la voz, en tanto que Rosalía, en la entreabierta puerta del comedor, mordía el pañuelo, para no hacer demasiado ruido.

En aquel momento precisamente llamó el doctor Deberle. No podía por menos de subir á preguntar por la niña.

—¿Cómo está?—preguntó.

—¡Ah, señor!—tartamudeó Rosalía.—¡Se ha muerto!

El doctor permaneció inmóvil, asombrado por aquel desenlace, que esperaba de día en día. Después dijo entre dientes:

—¡Dios mío! ¡Pobre niña! ¡Qué desgracia!

Y no halló más que estas frases tontas y desconsoladoras. La puerta se había vuelto á cerrar. Bajó.

señoras, para comunicarles la espantosa noticia. Su sueño era conseguir un desfile de niñas con trajes blancos. Necesitaba por lo menos treinta, y no regresó hasta que tuvo el número completo. Había ido ella misma á la administración de Pompas fúnebres, discutiendo las clases, eligiendo las telas. Cubrirían las verjas del jardín, y expondrían el cuerpo en medio de las lilas. Sería encantador.

—¡Dios mío! ¡Con tal de que haga buen día mañana!—se dejó decir por la noche después de terminadas todas sus correrías.

La mañana fué radiante; un cielo azul, un sol de oro, con el hálito puro y viviente de la primavera. El entierro estaba señalado para las diez. Desde las nueve se habían puesto las colgaduras. Julieta fué á dar consejos á los trabajadores. No quería que se cubrieran por completo los árboles. Los paños blancos, con franjas de plata, abrían un pórtico entre las dos hojas de la verja, asentados sobre las lilas. Pero volvió á entrar en seguida en el salón, á donde fué á recibir á aquellas señoras. Se reunían en su casa, para no llenar las dos habitaciones de madame Grandjean. Sólo que madame Deberle estaba muy enojada, porque su marido había tenido que partir aquella mañana para Versalles. Una consulta que no podía dejar, había dicho. Estaba sola, y no le sería posible atender á todo.

Madame Berthier fué la primera en llegar, con sus dos niñas.

IV

Quando madame Deberle supo la muerte de Juana, lloró y tuvo uno de esos ataques de cariño que la sacaban de quicio por espacio de cuarenta y ocho horas. Fué una desesperación ruidosa, fuera de límites. Subió á arrojarle en brazos de Elena. Después, al oír una palabra, la idea de hacer á la niña muerta un entierro conmovedor se apoderó de ella y muy pronto la absorbió por completo. Se ofreció á todo y se quiso encargar de los menores detalles. La madre, deshecha en lágrimas, permanecía anonadada sobre una silla. M. Rambaud, que obraba en nombre de ella, perdía la cabeza. Consintió en todo con efusiones de agradecimiento. Elena se despertó un instante para decir que quería flores, muchas flores.

Entonces, sin perder un minuto, madame Deberle se tomó un trabajo infinito. Empleó todo el día siguiente en correr á casa de todas aquellas

—¿Creerá usted,—exclamó madame Deberle,— que Enrique me ha abandonado?... Bueno, Luciano, ¿no das los buenos días?

Luciano se hallaba allí, preparado para el entierro, con guantes negros. Pareció sorprendido al ver á Sofía y á Blanca vestidas como si fuesen á una procesión. Una banda de seda sujetaba su traje de muselina, y el velo, que les caía hasta el suelo, ocultaba sus gorrillas de *tul-ilusión*. En tanto que las dos madres hablaban, los tres niños se miraban unos á otros, algo encogidos en sus trajes. Después, Luciano dijo:

—Juana se ha muerto.

Tenía el corazón oprimido, y no obstante sonreía, con sonrisa de asombro. Desde el día anterior, la idea de que Juana había muerto le tornaba buen chico. Como su madre, demasiado atrafagada, no le respondía, había preguntado á los criados. ¿De modo que ya no se movía uno más, al morirse?

—Se ha muerto, se ha muerto,—repitieron las dos hermanas, rosadas entre sus velos blancos.— ¿Vamos á verla?

Un momento reflexionó Luciano, y con la mirada perdida y la boca abierta, como tratando de adivinar lo que habría allí, más allá de lo que él sabía, dijo en voz baja:

—No la veremos más.

Entre tanto, entraban otras niñas. Luciano, á una seña de su madre, les salía al encuentro. Mar-

garita Tissot, en su nube de muselina, con sus ojos enormes, parecía una Virgen niña: sus rubios cabellos se escapaban de la gorrilla, y ponían como una pelerina brochada de oro bajo la blancura de su velo. Una sonrisa discreta vagó por todos los rostros, á la llegada de las cinco señoritas de Lavasseur; iban todas iguales, y se hubiera creído que eran un colegio; la mayor á la cabeza y la más chica á la cola; sus faldas se hinchaban de tal modo que ocupaban todo un ángulo de la estancia. Pero cuando apareció la pequeña Guiraud, las cuchicheantes voces se subieron de tono; todos reían, y se la pasaban unos á otros para verla y besarla. Tenía aspecto de tortolilla blanca esponjada en sus plumas, no más gruesa que un pájaro, en medio del estremecimiento de gasas que la hacían enorme y completamente redonda. Ni su misma madre podía encontrarle las manos. El salón se llenaba poco á poco con una caída de nieve. Algunos muchachos, de levita, manchaban de negro aquella pureza. Luciano, pues su mujercita había muerto, buscaba otra. Vacilaba mucho, y hubiera querido una mujer más alta que él, como Juana. Sin embargo, parecía decidirse por Margarita, cuyos cabellos le tenían admirado. No se separaba de ella un instante.

—No han bajado aún el cadáver,—dijo Paulina á Julieta.

Paulina se agitaba, como si se hubiera tratado de los preparativos de un baile. Su hermana había

tenido mucho trabajo para convencerla de que no fuese vestida de blanco.

—¡Cómo!—exclamó Julieta.—¿En qué piensan? Voy á subir. Quédate con las señoras.

Abandonó vivamente el salón, en donde las madres, con trajes oscuros, charlaban á media voz, en tanto que las niñas no se atrevían á hacer el menor movimiento, por miedo á descomponerse los vestidos. Arriba, cuando entró en la cámara mortuoria, un gran frío sobrecogió á Julieta. Juana estaba aún tendida en la cama, con las manos juntas; y como Margarita, como las señoritas de Levasseur, llevaba traje blanco, gorra blanca, zapatos blancos. Una corona de rosas blancas, colocada sobre la gorilla, la convertía en la reina de sus amiguitas, festejada por toda la gente que esperaba abajo. Delante de la ventana, el ataúd de encina, forrado de raso, se extendía entre dos sillas, abierto como una cajita de joyas. Los muebles estaban ordenados, y ardía un cirio; la habitación, cerrada, llena de sombra, tenía el olor y la tranquilidad húmedos de una tumba tapiada desde largo tiempo. Y Julieta, que venía del sol, de la vida sonriente del exterior, permanecía muda, detenida de repente, sin atreverse ya á decir que se dieran prisa.

—Hay ya mucha gente,—acabó por murmurar. Después, no habiendo recibido respuesta, añadió para seguir hablando:

—Enrique ha tenido que ir á una consulta en Versalles; ya le perdonará usted.

Elena, sentada delante del lecho, alzaba hacia ella sus ojos sin vista. No la podían arrancar de aquella estancia. Hacía treinta y seis horas que estaba allí, á pesar de las súplicas de M. Rambaud y del padre Jouve, que velaban con ella. Sobre todo, las dos noches la habían destrozado con una agonía sin fin. Después, había soportado el horrible dolor de vestir por última vez á la muerta, y de ponerle los zapatos de seda blanca con que se había obstinado en calzarla por sí misma. No se movía ya, sintiéndose con las fuerzas exhaustas, como adormecida por el exceso de su pena.

—¿Tienen ustedes flores?—tartamudeó haciendo un esfuerzo, con los ojos alzados todavía hacia madame Deberle.

—Sí, sí, amiga mía,—respondió ésta.—No se preocupe usted.

Desde que su hija había exhalado el último suspiro, Elena no había tenido más que esta preocupación: flores, planteles enteros de flores. A cada nueva persona que veía, se apuraba y parecía temer que no se encontrasen flores bastantes.

—¿Tiene usted rosas?—preguntó después de una pausa.

—Sí... Le aseguro á usted que quedará contenta.

Elena movió la cabeza, y cayó de nuevo en su inmovilidad. Entre tanto, los empleados de las Pom-

pas fúnebres aguardaban en el rellano de la escalera. Era preciso acabar. M. Rambaud, que también vacilaba como un borracho, hizo una seña suplicante á Julieta, para que le ayudara á llevarse á la pobre madre. Ambos la cogieron dulcemente de los brazos; la levantaban y la conducían hacia el comedor. Pero cuando comprendió, les rechazó á ambos, con una crisis suprema de desesperación. Fué una escena desconsoladora. Elena había caído de hinojos delante del lecho, aferrada á las sábanas, llenando la alcoba con el tumulto de su rebelión, en tanto que Juana, extendida en el eterno silencio, rígida y completamente fría, conservaba el rostro de piedra. El semblante se le había ennegrecido un tanto, y la boca adquiría una mueca de niña vengativa; y era aquel rostro sombrío y sin perdón de hija celosa lo que enloquecía á Elena. Bien lo había visto, desde hacía treinta y seis horas, helarse en su rencor, ponerse más feroz á medida que se acercaba á la tierra. ¡Qué consuelo si Juana, por última vez, hubiera podido sonreírle!

—¡No, no!—gritaba Elena.—Se lo suplico, déjeme... Quiero darle un beso... ¡Oh! Un instante, un instante solo...

Y con sus brazos temblorosos la cogía, la disputaba á aquellos hombres que se ocultaban en el recibimiento, vueltos de espaldas, con aspecto de aburridos. Pero sus labios no daban calor al helado rostro, y sentía que Juana se empeñaba en negár-

sele. Entonces, Elena se abandonó á las manos que la arrastraban, y cayó sobre una silla del comedor, con esta queja sorda, veinte veces repetida:

—Dios mío... Dios mío...

La emoción había agotado á M. Rambaud y á madame Deberle. Después de un corto silencio, cuando ésta entornó la puerta, todo hubo concluído. No se oyó ya un rumor, ni apenas un leve roce. Los goznes, aceitados de antemano, cerraron para siempre la tapa del féretro. Y la alcoba quedaba vacía; un paño blanco ocultaba el ataúd.

Entonces, la puerta quedó abierta y dejaron á Elena libre. Cuando entró, lanzó una mirada de extravío á los muebles, á lo largo de las paredes. Acababan de llevarse el cadáver. Rosalía había echado el cobertor de la cama para ocultar hasta el ligero peso de la que había partido. Y, abriendo los brazos con ademán de loca, extendidas las manos, Elena se precipitó hasta la escalera. Quería bajar. M. Rambaud la retenía, en tanto que madame Deberle le explicaba que aquello no solía hacerse. Pero Elena juraba que sería razonable, que no seguiría el entierro. Bien podían permitirle que viera; estaría muy quieta en el pabellón. Los dos lloraban al escucharla. Fué preciso vestirla. Julieta la ocultó la bata con un chal negro. Sólo que no encontraba sombrero. Por fin descubrió uno, al que arrancó un ramo de verbenas rojas. M. Rambaud, que

debía presidir el duelo, cogió á Elena del brazo. Cuando estuvieron en el jardín:

—No la abandone usted,—murmuró madame Deberle.—Yo tengo infinidad de cosas que...

Y se escapó. Elena andaba penosamente, buscando con la mirada delante de sí. Al salir al pleno día, había exhalado un gran suspiro. ¡Dios santo, qué mañana tan hermosa! Pero sus ojos se habían dirigido derechamente á la verja, y acababa de ver el pequeño ataúd bajo las blancas colgaduras. M. Rambaud no la dejó acercarse más que dos ó tres pasos.

—Vamos, tenga usted valor,—le decía, temblando él mismo de pies á cabeza.

Ambos se miraron. El estrecho féretro se bañaba en un rayo de sol. Sobre un almohadón de encaje, á los pies, habían depositado un crucifijo de plata. A la izquierda, había un hisopo en un acetre de agua bendita. Los grandes cirios ardían sin resplandor, manchando tan sólo el sol con pequeñas almas danzantes que huían al vuelo. Bajo las colgaduras, ramas de árboles formaban una cuna, con sus brotes violáceos. Era un rincón de primavera, sobre el cual caía, en un lugar en que estaban separadas las colgaduras, el polvo de oro que abría las cortadas flores de que estaba cubierto el ataúd. Había allí una verdadera profusión de flores, manojos en montón de rosas blancas, camelias blancas, lilas blancas, claveles blancos, toda una nieve

amontonada de pétalos blancos; el cadáver desaparecía; blancos racimos colgaban del paño; al suelo pervincas blancas, jacintos blancos habían caído y se deshojaban. Los escasos transeuntes de la calle Vineuse se detenían, con emocionada sonrisa, ante aquel asoleado jardín en que dormía aquella muertecita bajo las flores. Toda aquella blancura cantaba, y una pureza esplendente llameaba bajo la luz; el sol caldeaba las colgaduras, los ramos y las coronas con un estremecimiento de vida. Por cima de las rosas zumbaba una abeja.

—Las flores... las flores...—murmuró Elena, que no podía hallar otras palabras.

Apoyábase el pañuelo en los labios, y sus ojos se llenaban de lágrimas. Le parecía que Juana debía de tener calor, y esta idea le desgarraba el alma mucho más, con un enternecimiento en que había agradecimiento hacia los que acababan de cubrir á la niña con todas aquellas flores. Quiso adelantarse, y M. Rambaud no pensó ya en retenerla. ¡Qué bien se estaba bajo las colgaduras! Subía un perfume, y el aire tibio no lanzaba el menor soplo. Entonces, Elena se bajó y no cogió más que una rosa. Era una rosa lo que iba á buscar, para metérsela en el pecho. Pero la asaltó un temblor, y M. Rambaud tuvo miedo.

—No se quede usted aquí,—dijo arrastrándola.—Me ha prometido usted no ponerse enferma.

Trataba de conducirla al pabellón, cuando la puer-

ta de la sala se abrió de par en par. Paulina fué la primera en presentarse. Se había encargado de organizar el cortejo. Una por una, bajaron al jardín todas las niñas. Parecía ser aquello una floración temprana, ojicantos milagrosamente floridos. Los trajes blancos se hinchaban bajo el sol, jaspándose de transparencias, por las que pasaban todos los delicados matices del blanco como sobre alas de cisne. Un manzano dejaba caer sus pétalos, y los trajes parecían el candor mismo de la primavera. No cesaban de moverse; ya rodeaban el arriate de césped, y seguían bajando por la escalinata, ligeros, como si volasen, floridos de pronto al aire libre.

Después, cuando el jardín estuvo blanco por completo, frente á aquella suelta bandada de niñas, Elena tuvo un recuerdo. Se acordó del baile de la primavera anterior, con la alegría danzarina de aquellos piecitos. Y veía de nuevo á Margarita de lechera, con el tarro de leche colgado á la cintura, A Sofia de *soubrette*, dando vueltas del brazo de su hermana Blanca, cuyo traje de Locura cascabeleaba. Después, eran las cinco señoritas de Levasseur, Capercitas Rojas que multiplicaban los trajes de raso amapola con franjas de terciopelo negro; en tanto que la pequeña Guiraud, con su mariposa de Alsaciana en el cabello, saltaba como una loca frente á un Arlequín dos veces más alto que ella. Hoy todas estaban de blanco. Juana también estaba blanca, sobre la almohada de raso blanco, entre las flores,

La delicada Japonesa, con el moño atravesado por largos alfileres, con túnica de púrpura bordada de pájaros, se iba con traje blanco.

—¡Cómo han crecido!—murmuró Elena prorrumpiendo en llanto.

Todas estaban allí, y sólo su hija faltaba. Monsieur Rambaud la hizo entrar en el pabellón, pero la joven se quedó en la puerta, porque quería ver al cortejo ponerse en movimiento. Algunas señoras fueron á saludarla discretamente. Los niños la miraban con los azules ojos asombrados.

Entre tanto, Paulina circulaba, daba órdenes. Apagaba la voz en atención á las circunstancias, pero á veces se distraía.

—Vamos, sed buenos... Mira, tontita; ya estás sucia... Ya vendré yo por vosotras; no os mováis.

Llegaba el coche fúnebre; ya podían partir. Apareció madame Deberle y exclamó:

—¡Habéis olvidado los ramos!... Paulina, pronto los ramos.

Entonces, hubo un poco de confusión. Habían preparado un ramito de rosas blancas para cada niña. Fué preciso distribuir aquellas rosas; las niñas, entusiasmadas, tenían en la mano los gruesos manojos, como si fueran cirios. Luciano, que no se separaba ya de Margarita, respiraba con delicia cuando ella le acercaba sus flores al rostro. Todas aquellas mocosas, con las manos llenas de flores, se reían bajo el sol, y después se ponían de repente

serias, siguiendo con la vista el ataúd que los hombres transportaban al coche fúnebre.

—¿Está ahí dentro?— preguntó en voz muy baja Sofía.

Su hermana Blanca le dijo que sí con la cabeza. Después, dijo á su vez:

—Para los hombres es así de grande.

Hablaba del féretro, y extendía los bracitos cuanto podía. Pero la pequeña Margarita lanzó una carcajada, con la nariz entre las rosas, diciendo que aquéllo le hacía cosquillas. Entonces las otras hundieron también las narices en los ramos para probarlo. Las llamaron y se volvieron á poner serias.

Ya fuera, el cortejo desfiló. En la esquina de la calle Vineuse, una mujer sin sombrero, en chancletas, lloraba y se enjugaba los ojos con la punta del delantal. Algunas personas habían salido á las ventanas, y exclamaciones compasivas se oyeron en el silencio de la calle. El coche rodaba sin ruido, tapizado de paños blancos con franjas de plata; sólo se oían los pasos cadenciosos de los dos caballos blancos, amortiguados por la apisonada tierra de la calzada. Era como una cosecha de flores, de ramos y de coronas, lo que se llevaba aquel coche fúnebre. No se veía el ataúd; ligeros baches sacudían los amontonados manojos, y el coche iba sembrando tras sí ramas de lilas. En las cuatro esquinas volaban largos lazos de *moiré* blanco, sostenidos

por cuatro niñas, Sofía y Margarita, una de las señoritas de Levasseur y la pequeña Guiraud, ésta muy mona, y tropezando tanto, que su madre la acompañaba. Las otras, en apretado tropel, rodeaban el coche, con los manojos de rosas en la mano. Andaban despacito; los velos se levantaban; las ruedas giraban en medio de aquella muselina como llevadas por una nube en la que sonreían delicadas cabezas de querubines. Después, detrás de ellos, en pos de M. Rambaud, con el rostro pálido y mirando al suelo, iban las señoras, algunos muchachos, Rosalía, Ceferino, los criados de los Deberle. Cinco coches de luto, vacíos, seguían al cortejo. En la calle llena de sol, algunos blancos palomos alzaron el vuelo al paso de aquel coche de primavera.

—¡Dios mío! ¡qué fastidio!— repetía madame Deberle al ver que el cortejo se descomponía. Si Enrique hubiera retrasado la consulta... Bien se lo decía yo.

No sabía qué hacer con Elena, que había caído sobre una silla del pabellón. Enrique se hubiera quedado con ella. La hubiera consolado un poco. Era muy desagradable que no estuviera allí. Felizmente, la señorita Aurelia se ofreció á quedarse; no le gustaban las cosas tristes, y al propio tiempo dispondría la colación que los niños debían tomar al volver. Madame Deberle se apresuró á unirse al desfile que se dirigía hacia la iglesia, por la calle de Passy.

El jardín estaba ya vacío, y los obreros doblaban las colgaduras. Sobre la arena, en el sitio por donde Juana había pasado, no quedaban más que los deshojados pétalos de una camelia. Y Elena, caída de repente en aquella soledad y en aquel gran silencio, experimentaba de nuevo la angustia, el desgarramiento de la eterna separación. Una vez más, estar junto á ella una vez más. La idea fija de que Juana se iba enfadada, con el rostro mudo y negro de rencor, la atravesaba con la viva quemadura de un hierro candente. Entonces, comprendiendo muy bien que la señorita Aurelia la guardaba, se sintió llena de asfucia para librarse de ella y correr al cementerio.

—Sí, es una gran pérdida,—repetía la solterona instalada cómodamente en un sillón.—Yo hubiera adorado á los niños, y á las niñas sobre todo. Pues bueno, cuando pienso en estas cosas, estoy contentísima por no haberme casado. Se evitan penas...

Crefa distraerla. Habló de una de sus amigas que había tenido seis hijos; todos habían muerto. Otra señora se había quedado sola con un hijo que le pegaba; éste hubiera debido morir, y su madre se hubiera consolado con poco trabajo. Elena parecía escucharla. No se movía ya, agitada tan sólo por cierto temblor de impaciencia.

—Ya está usted más calmada,—dijo por fin la señorita Aurelia.—¡Dios mío! Es preciso acabar por ponerse en razón.

La puerta del comedor se abría al pabellón japonés. La solterona se había levantado; empujó aquella puerta y alargó el cuello. Fuentes de pasteles cubrían la mesa. Elena, vivamente, huyó por el jardín. La verja estaba abierta, y los empleados de las Pompas fúnebres se llevaban su escalera.

A la izquierda la calle Vineuse da la vuelta á la calle de los Depósitos. En ésta se encuentra el cementerio de Passy. Un colosal muro de contención se eleva desde el boulevard de la Muette, y el cementerio es como una terraza inmensa que domina la altura del Trocadero, las avenidas, todo París. En veinte pasos, se halló Elena delante del abierto portalón, que dejaba ver el desierto campo de tumbas blancas y de cruces negras. Entró. Dos grandes arbustos de lilas brotaban en los ángulos de la primera avenida. Eran allí muy raros los entierros; la cizaña crecía, y algunos cipreses cortaban la verdura con sus sombrías líneas. Elena penetró en derechura hacia adelante, una bandada de gorriones salió asustada al vuelo, y un enterrador levantó la cabeza, después de haber despedido lejos de sí la paletada de tierra. Sin duda no había llegado aún el cortejo, y el cementerio parecía vacío. Elena se dirigió hacia la derecha, y llegó hasta el parapeto de la terraza; y al dar la vuelta, divisó detrás de un grupo de acacias á las niñas vestidas de blanco, arrodilladas delante de la tumba provisional á la que acababan de bajar el cadáver de Jua-

na. El padre Jouve, con la mano extendida, echaba la última bendición. Elena no oyó más que el ruido sordo de la losa de la tumba que volvía á caer. Había concluído.

Entre tanto, Paulina la había visto y se la enseñaba á madame Deberle. Esta casi se enfadó, murmurando:

—¡Cómo! ¿Ha venido? Eso no se hace; es de muy mal gusto.

Se adelantó hacia ella, y le demostró por el aspecto de su rostro que la desaprobaba. Otras señoras se acercaron á su vez con curiosidad. Monsieur Rambaud se había unido á ellas y permanecía á su lado, en pie y silencioso. Elena se había apoyado en una de las acacias, sintiéndose desfallecer, fatigada de ver á toda aquella gente. En tanto que respondía á los pésames con movimientos de cabeza, un solo pensamiento la ahogaba, había llegado demasiado tarde; sólo había oído el ruido de la losa al caer de nuevo. Y sus ojos se volvían á dirigir á la tumba, cuyos bordes barría un guardián del cementerio.

—Paulina, vigila á los niños,—repetía madame Deberle.

Las niñitas, arrodilladas se levantaban como un vuelo de gorriones blancos. Algunas, demasiado pequeñas, con las rodillas perdidas entre las faldas, se habían sentado en el suelo. Fué preciso levantarlas. Mientras que bajaban á Juana, las mayores

habían alargado la cabeza para ver en el fondo del agujero. Era demasiado negro, y un escalofrío las hacía palidecer. Sofía aseguraba muy bajo que allí dentro se quedaba una años y años. ¿De noche también?—preguntaba una de las señoritas de Levasseur. Ciertamente, de noche también, siempre. ¡Oh! De noche Blanca se moriría. Todas se miraban, con los ojos muy abiertos, como si acabaran de oír un cuento de ladrones. Pero cuando estuvieron ya en pie, al borde de la tumba, volvieron á ponerse rosadas; no era verdad, decían aquellas cosas en broma. Hacía demasiado buen tiempo, y aquel jardín era demasiado bonito, con sus grandes hierbas. ¡Qué hermosas partidas de escondite hubieran jugado allí, detrás de aquellas piedras! Los piecitos bailaban ya, y los trajes blancos se movían como si fueran alas. En el silencio de las tumbas, la lluvia tibia y lenta del sol florecía á toda aquella infancia. Luciano había acabado por meter la mano bajo el velo de Margarita; tocábale los cabellos, y quería saber si se ponía algo encima que los pusiese tan amarillos. La niña se ponía hueca. Después, Luciano le dijo que se casarían. Margarita consentía en ello, pero tenía miedo de que él le tirara de los pelos. Luciano seguía tocándolos, y los encontraba suaves como papel de seda.

—No vayáis tan lejos,—gritó Paulina.

—Pues bien, vámonos,—dijo madame Deberle.—

Nada hacemos ya aquí, y los niños deben de tener hambre...

Fué preciso reunir á las niñas que se habían desbandado como un internado á las horas de recreo. Contáronlas, y vieron que faltaba la pequeña Guiraud; por fin la vieron muy lejos, en una avenida, paseándose gravemente con la sombrilla de su madre. Después las damas se dirigieron hacia la puerta, haciendo echar delante de ellas la ola de trajes blancos. Madame Berthier felicitaba á Paulina por su matrimonio, que debía celebrarse el mes siguiente. Madame Deberle decía que partía dentro de tres días para Nápoles, con su marido y Luciano. Toda la gente se iba, y Rosalía y Ceferino se quedaban los últimos. A su vez se alejaron también ellos. Se cogieron del brazo, encantados con aquel paseo, á pesar de la gran pena que sentían; acortaban el paso, y sus espaldas de enamorados, por un momento aún, danzaron en la luz, al final de una de las avenidas.

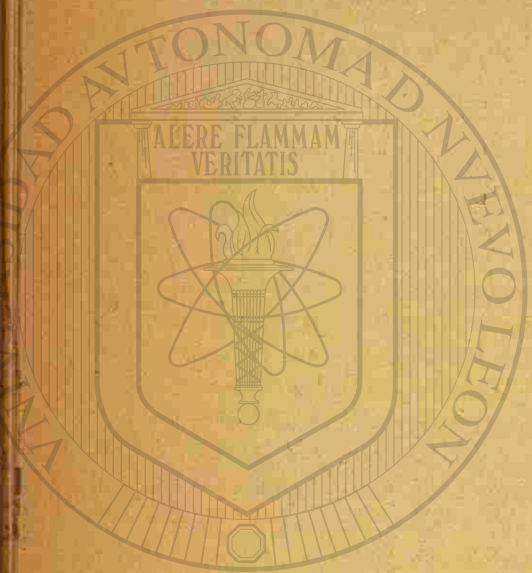
—Venga usted,—murmuró M. Rambaud.

Pero Elena, con un ademán, le rogó que esperase. Se quedaba sola, y le parecía que una página de su vida había sido arrancada. Cuando hubo visto desaparecer á las últimas personas, se arrodilló penosamente delante de la tumba. El padre Jouve, de sobrepelliz, no se había levantado aún. Los dos oraron largo rato. Después, sin hablar, con su her-

mosa mirada de caridad y de perdón, el cura la ayudó á levantarse.

—Dale el brazo,—dijo sencillamente á M. Rambaud.

En el horizonte, París se doraba bajo la radiante mañana de primavera. En el cementerio, un pinzón cantaba.



Habían transcurrido dos años.

Una mañana de diciembre, el pequeño cementerio dormía bajo un gran frío. Nevaba desde el día anterior; una nieve fría impulsada por el viento del Norte. Del cielo que palidecía, caían los más raros copos con ligereza volante de plumas. La nieve se endurecía ya, y un espeso abrigo de plumas de cisne ribeteaba el parapeto de la terraza. Más allá de aquella línea blanca, en la palidez brumosa del horizonte, se extendía París.

Madame Rambaud seguía rezando, de rodillas ante la tumba de Juana, sobre la nieve. Su marido acababa de levantarse, en silencio. Se habían casado por noviembre, en Marsella. M. Rambaud había vendido su casa de los Mercados, y se encontraba en París desde hacía tres días, para terminar aquel asunto. Y el coche que les esperaba en la calle de los Depósitos, debía pasar por el hotel á recoger el equipaje y llevarles en seguida al ferrocarril. Elena

había hecho el viaje con la única idea de arrodillarse allí. Permanecía inmóvil, con la cabeza baja, como abstraída, y sin sentir el frío de la tierra que le helaba las rodillas.

Entre tanto el viento cesaba. M. Rambaud se había adelantado hacia la terraza, para dejar á Elena entregada al mudo dolor de sus recuerdos. Una bruma se elevaba de las lejanías de París, cuya inmensidad se hundía en la vaga lividez de aquella nube. Al pie del Trocadero, la ciudad color de plomo parecía muerta, bajo la lenta caída de los últimos copos de nieve. Eran éstos, en el aire inmóvil ya, como una salpicadura pálida sobre los sombríos fondos, cayendo con balanceo insensible y continuo. Al otro lado de las chimeneas de la Manutención, cuyas torres de ladrillo adquirían el tono del cobre viejo, la caída sin fin de aquellas blancuras espesaba, y se las hubiera creído gasas flotantes, desarrolladas hilo á hilo. Ni un suspiro subía de aquella lluvia del ensueño, encañada en el aire, cayendo adormecida y como arrullada. Los copos parecían acortar su vuelo al aproximarse á las techumbres; se posaban uno por uno, á millones, con tanto silencio, que no hacen más ruido las flores que se deshojan. Y un olvido de la tierra y de la vida, una paz soberana llegaban de aquella multitud en movimiento, cuya marcha por el espacio no se oía. El cielo se aclaraba cada vez más, por todas partes á la vez, adquiriendo un tinte lechoso, turbado aún

por algunas humaredas. Poco á poco, los esplendentes islotes de las casas se destacaban; aparecía la ciudad á vista de pájaro, cortada por sus calles y sus plazas, cuyos surcos y agujeros de sombra diseñaban la gigante osamenta de los barrios.

Elena se había levantado lentamente. En el suelo, sus dos rodillas quedaban señaladas en la nieve. Envuelta en un ancho abrigo oscuro, ribeteado de pieles, parecía inmensa, con los hombros soberbios en medio de toda aquella blancura. El borde de su sombrero, una cinta de terciopelo negro, le ponía en la frente la sombra de una diadema. Había vuelto á adquirir su hermoso rostro tranquilo, sus ojos grises y sus blancos dientes, su barbilla redonda, algo dura, que le daban aspecto razonable y firme. Cuando volvía la cabeza, su perfil adquiría de nuevo una pureza grave de estatua. La sangre dormía bajo la reposada palidez de sus mejillas, y se la comprendía vuelta á la altivez de su honestidad. Dos lágrimas habían rodado por sus párpados; su tranquilidad estaba compuesta de su antiguo dolor. Y permanecía en pie ante la tumba, una sencilla columna, en que el nombre de Juana iba seguido por dos fechas, que medían la corta existencia de la muertecita de doce años.

En torno de Elena, el cementerio ostentaba la blancura de su lienzo, interrumpida por esquinas de tumbas enmohecidas, por hierros de cruz parecidos á brazos en duelo. Sólo los pasos de Elena y

de M. Rambaud habían abierto un sendero en aquel desierto rincón. Era una soledad sin mancha en la que dormían los muertos. Las avenidas hundían los ligeros fantasmas de los árboles. A ratos, un montón de nieve caía sin ruido de una rama demasiado cargada; y nada más se movía. En el otro extremo, había pasado un pisotear negro; enterraban en aquel lugar. Un segundo cortejo pasaba por la izquierda. Los féretros y los acompañamientos desfilaban en silencio, como sombras recortadas sobre la palidez de un blanco lienzo.

Elena salía de su meditación, cuando vió cerca de ella una mendiga que se arrastraba. Era la tía Tétu, cuyos zapatos de hombre, reventados y recompuestos con cordeles, ensordecía la nieve. Nunca la había visto Elena tritar de tan negra miseria, ni cubierta de andrajos más sucios, abotagada aún, con aspecto de embrutecimiento. La vieja, en los tiempos malos, con las fuertes heladas y las azotadoras lluvias, se dedicaba entonces á seguir los entierros, para especular con la compasión de las personas caritativas. Sabía que en el cementerio el miedo á la muerte hacía dar céntimos; visitaba las tumbas, acercándose á las personas arrodilladas en el momento en que prorrumpían en llanto, porque entonces no le podían negar la limosna. Desde hacía un instante, cuando había entrado con el último cortejo, acechaba desde lejos á Elena. Pero no había reconocido á la buena señora, y contaba

entre sollozos, con la mano extendida, que tenía en su casa dos niños que se morían de hambre. Elena la oía, muda ante aquella aparición. Los niños carecían de fuego, y el mayor se moría del pecho. De pronto, la tía Tétu se detuvo; veíase trabajar á las mil arrugas de su rostro, y sus pequeños ojos se entornaban. ¡Cómo! ¿Era la buena señora? ¡El cielo había, pues, acogido sus ruegos! Y sin enmendar la historia de los niños, se puso á gimotear, con inagotable flujo de palabras. Faltábanle aún más dientes, y apenas se la entendía. Todas las miserias de Dios le habían caído sobre la cabeza. Su amo la había despedido, y acababa de pasar tres meses en la cama; sí, le dolía siempre aquéllo, y ahora era ya en todo el cuerpo; una vecina decía que sin duda la debía de haber entrado una araña por la boca, mientras dormía. Si siquiera hubiese tenido un poco de fuego, se habría calentado el vientre; era lo único que podía aliviarla un poco. Pero nada, nada absolutamente tenía; ni cabos de fósforos. ¿Quizá la señora habría ido de viaje? Eso no era cuenta de ella, pero en fin, la hallaba divinamente bien, y fresca y hermosa. Dios se lo pagaría. Cuando Elena sacó el portamonedas, la tía Tétu resoló, apoyándose en la verja de la tumba de Juana.

Los entierros se habían marchado. En alguna parte, en una fosa próxima, se oían los regulares golpes de azadón de un enterrador á quien no se

veía. Entre tanto, la vieja había recuperado el aliento, con los ojos fijos en la bolsa. Entonces, para aumentar la limosna, se mostró muy maliciosa, y habló de la otra dama. No había qué decir; era una señora muy caritativa, pero no sabía arreglarse, y su dinero no aprovechaba á nadie. Prudentemente miraba á Elena al decir estas cosas. En seguida, se atrevió á nombrar al doctor. ¡Oh! Este sí que era bueno como el buen pan. El verano anterior había hecho otro viaje con su esposa. El niño crecía, y era un buen mozo. Pero los dedos de Elena, que estaban abriendo el portamonedas, habían temblado, y la tía Tétu, de repente, cambió de voz. Entontecida, asustada, acababa de comprender en aquel momento, que la buena señora se hallaba allí junto á la tumba de su hija. Tartamudeó, suspiró, trató de hacerla llorar. Una niñita tan gentil, con aquellas manitas tan lindas, que estaba viendo aún cuando le daba monedas blancas. ¡Y qué cabellos tan largos tenía, y cómo miraba á los pobres con los ojos inmensos llenos de lágrimas! ¡Oh! ¡No era posible reemplazar á un ángel como aquél! No había otro, no; ya se podía buscar en todo Passy. En los días buenos, llevaría cada domingo un ramo de margaritas á la tumba, cogidas en el foso de las fortificaciones. Se calló, inquieta por el ademán con que Elena le cortó la palabra. ¿Sería que ya no hallaba lo que debía decir? La buena señora no

lloraba, y no le dió más que una moneda de un franco.

M. Rambaud, entre tanto, se había acercado al parapeto de la terraza. Elena fué á reunirse con él. Entonces, la vista del caballero encendió los ojos de la tía Tétu. Ella no conocía á aquél; debía de ser otro nuevo. Arrastrando los pies, anduvo tras Elena, invocando para ella todas las bendiciones del Paraíso; y cuando estuvo cerca de M. Rambaud, volvió á hablar del doctor. Aquél sí que tendría un hermoso entjiero, cuando se muriera, si seguían su cadáver las gentes pobres á quienes había curado de balde. Era algo correntón, nadie decía lo contrario, Las damas de Passy bien que le conocían. Pero eso no le impedía adorar á su esposa, una señora tan bonita, que hubiera podido portarse mal y que sin embargo, no pensaba en ello. Un verdadero matrimonio de tortolillos. ¿Les había visto la señora? De seguro que estaban en su casa, porque acababa de ver las persianas abiertas en la calle Vineuse. ¡Habían querido tanto á la señora, y se alegrarían tanto de saludarla! Al mascullar estas frases, la vieja guiñaba á M. Rambaud. Este la escuchaba con su tranquilidad de buen hombre. Los recuerdos evocados ante él no dibujaban ni una sombra en su apacible rostro. Sólo creyó observar que el encarnizamiento de aquella mendiga importunaba á Elena; se llevó la mano al bolsillo, y la dió limosna á su vez, alejándola con un gesto. Cuando vió la

segunda moneda blanca, la tía Tétu prorrumpió en expresiones de agradecimiento. Compraría un poco de leña, y se calentaría el mal; no había otra cosa que aquéllo para calmarla el dolor de vientre. Sí, un verdadero matrimonio de tórtolos, y la señora había dado á luz, el invierno anterior, un segundo hijo, una niñita, gorda y sonrosada, que debía de tener ya cerca de catorce meses. El día del bautizo, en la puerta de la iglesia, el doctor le había puesto en la mano una moneda de cien sueldos. ¡Ah! Los buenos corazones se encuentran. La señora le traía la suerte. ¡Haced, Dios mío, que la señora no tenga una sola pena, y colmadla de toda clase de prosperidades! ¡En el nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo, así sea!

VI

Elena quedó completamente erguida delante de París, en tanto que la tía Tétu se iba por medio de las tumbas, mascullando tres Padrenuestros y tres Avemarías. La nieve había cesado, y los últimos copos se habían depositado sobre los techos con cansada lentitud; y en el inmenso cielo de un gris de perla, detrás de las brumas que se esfumaban, el tono de oro del sol encendía una claridad rosada. Una sola cinta de azul, sobre Montmartre, ribeteaba el horizonte, de un azul tan lavado y tierno, que se la hubiera creído la sombra de un raso blanco. París se desprendía de las humaredas, se extendía con sus campos de nieve, su desastre, que la fijaba en inmovilidad de muerte. Las volantes salpicaduras no daban ya á la ciudad aquel gran estremecimiento,

cuyas ondas pálidas temblaban sobre las fachadas de color de orín. Salían las casas completamente negras de las masas blancas en que dormían, como florecidas por siglos de humedad. Calles enteras parecían arruinadas, devoradas por el salitre, las techumbres próximas á derrumbarse, las ventanas hundidas ya. Una plaza, cuyo cuadrado se divisaba, se llenaba de un montón de escombros. Pero, á medida que la cinta azul crecía por el lado de Montmartre, una claridad fluía límpida y fría como agua de manantial, poniendo á París bajo un espejo en el que hasta las lejanías adquirían una nitidez de estampa japonesa.

En su abrigo de pieles, con las manos perdidas en los bordes de las mangas, Elena meditaba. Un solo pensamiento se despertaba en ella como un eco. Habían tenido un hijo, una niña gorda y sonrosada; y Elena la veía en la edad adorable en que Juana había comenzado á hablar. ¡Las niñas son tan monas á los catorce meses! La joven contaba los meses; catorce eran casi dos años, contando los otros; precisamente aquella época, quince días más ó menos. Entonces tuvo una asoleada visión de Italia, un país ideal, con frutos de oro, en el que los amantes paseaban en embelesadas noches, rodeándose la cintura con los brazos. Enrique y Julieta paseaban por delante de ella, en un claro de luna. Se amaban como los esposos que vuelven á convertirse en amantes. Una niña gorda y sonrosada, cu-

yas desnudas carnes se rien al sol, en tanto que intenta tartamudear palabras confusas, que la madre ahoga con sus besos! Y pensaba Elena en estas cosas sin cólera, con el corazón mudo, ensanchando aún su serenidad en su tristeza. El país del sol había desaparecido, y Elena paseaba sus lentas miradas sobre París, cuyo gran cuerpo estaba envinado por el invierno. Colosos de mármol parecían acostados en la paz soberana de su frialdad, con los miembros exhaustos por un antiguo padecimiento que ya no sentían. Un agujero azul se había abierto encima del Panteón.

Entre tanto, los recuerdos de Elena recorrían todos los días pasados. Había vivido en gran estupor, en Marsella. Una mañana, al pasar por la calle de las Petites Maries, se había puesto á sollozar ante la casa de su niñez. Era la última vez que había llorado. M. Rambaud iba á menudo; la joven le sentía en torno de ella como una protección. El buen señor no exigía nada, ni abría nunca su corazón. Hacía el otoño, le había visto entrar una tarde, con los ojos encarnados, destrozado por una gran pena. Su hermano, el padre Jouve, había muerto. A su vez, ella le había consolado. En seguida, no recordaba ya con claridad. El sacerdote parecía siempre detrás de ellos, y la joven cedía á la resignación de que él la rodeaba. Puesto que él también había querido aquello, ella no hallaba razón para negarlo. Aquello le parecía muy prudente.

Por sí misma, cuando iba á terminar su luto, había arreglado tranquilamente los detalles con M. Rambaud. Las manos de su antiguo amigo temblaban de entusiasmada ternura. Cuando ella quisiera; él esperaba desde hacía meses, y una seña le bastaba. Se habían casado de negro. La noche de bodas, él también había besado sus pies desnudos, sus hermosos pies de estatua que se volvían á poner de mármol. Y la vida se deslizaba de nuevo.

En tanto que el cielo azul crecía en el horizonte, aquel despertar de su memoria era una sorpresa para Elena. ¿Había quizá estado loca durante un año? Hoy, al evocar á la mujer que había vivido cerca de tres en la alcoba de la calle Vineuse, creía juzgar á una persona extraña, cuya conducta la llenaba de desprecio y de asombro. ¡Qué golpe de extraña locura, qué enfermedad abominable, ciega como el rayo! Y sin embargo, ella no la había llamado. Ella vivía tranquila, oculta en su rincón, consagrada á la adoración de su hija. El camino se alargaba ante ella sin una curiosidad, sin un deseo. Y un soplo había pasado, y ella había caído al suelo. Aun en aquellos momentos, no podía explicarse nada. Su sér había cesado de pertenecerla, y otra persona obraba en ella. ¿Era posible? ¿Ella hacía aquéllas cosas? Después, un frío enorme la helaba. Juana se iba cubierta de rosas. Entonces, en la insensibilidad de su dolor, se volvía á poner muy tranquila, sin un deseo, sin una curiosidad, con-

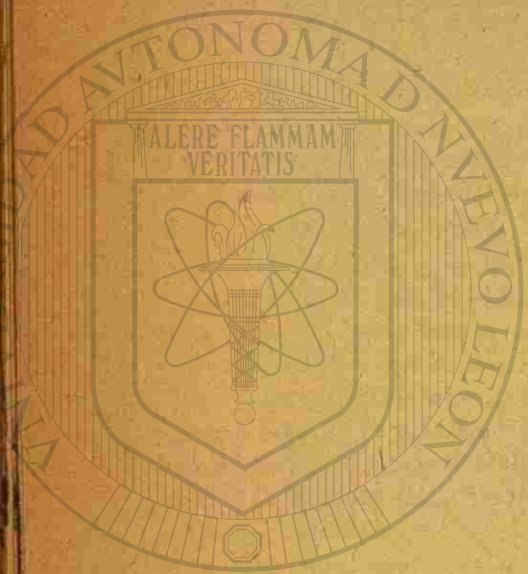
tinuando su lenta marcha por el camino completamente recto. Volvía á comenzar su vida, con su severo sosiego y su orgullo de mujer honrada.

M. Rambaud dió un paso, y quiso llevársela de aquel lugar de tristeza. Pero, con un gesto, le demostró Elena el deseo de quedarse todavía allí. Se había acercado al parapeto, y miraba hacia abajo, en la avenida de la Muette, una estación de coches, cuya hilera ponía en el borde de la acera una cola de vehículos viejos reventados por los años. Las capotas y las blanqueadas ruedas, los caballos, cubiertos de espuma, parecían podrirse allí desde antiguos tiempos. Los cocheros permanecían inmóviles, envarados en sus heladas capas. Sobre la nieve, otros coches avanzaban penosamente, uno por uno. Los animales resbalaban, extendían el cuello, en tanto que los hombres, bajados del pescante, les llevaban de la brida entre blasfemias; y se veía, detrás de los cristales, el rostro de los pacientes viajeros, echados sobre los cojines, resignados á recorrer en tres cuartos de hora una carrera de diez minutos. Una guata ahogaba los ruidos; sólo las voces subían, en aquella muerte de las calles, con vibración particular, débiles y distintas; llamadas, carcajadas de gentes sorprendidas por la escarcha, cóleras de carreteros que hacían restallar los látigos, el resoplido de algún caballo que soplaba de miedo. Más lejos, á la derecha, los grandes árboles del muelle eran otras tantas maravillas. Hubiéranse

creído árboles de vidrio helado, inmensas arañas de Venecia, cuyos brazos, esmaltados de flores, hubiera retorcido el capricho de un artista. El viento, por la parte del Norte, había cambiado los troncos en fustes de columna. Arriba se entrelazaban ramos cubiertos de vello, penachos de plumas, una serie de recortes exquisitos de ramillas negras, ribeteadas de filetes blancos. Helaba, y ni un aliento pasaba por el aire límpido.

Y Elena se decía que no conocía á Enrique. Por espacio de un año, le había visto casi cada día, él había estado horas y horas aproximándose á ella, hablando, con los ojos en los suyos. No, no le conocía. Una tarde, se había entregado y él la había tomado. Ella no le conocía, y hacía un inmenso esfuerzo sin poder comprender. ¿De dónde venía él? ¿Cómo se hallaba junto á ella? ¿Qué hombre era, para que ella le hubiera cedido, ella, que se hubiera muerto antes que ceder á otro? Lo ignoraba; en esto había un vértigo en el que su razón vacilaba. En el último día, como en el primero, Enrique seguía siendo un extraño para ella. En vano procuraba reunir los detallitos, las palabras, los actos de Enrique, todo lo que recordaba de su persona. El amaba á su esposa y á su hijo, y sonreía con aire distinguido, y conservaba la actitud de un hombre bien educado. Después veía Elena su rostro encendido, sus manos perdidas de deseos. Fluían semanas, y desaparecían, y Enrique era arrebatado por ellas.

En aquella hora no hubiera podido Elena decirse dónde le había hablado por última vez. El pasaba, y su sombra se había ido con él. Y su historia no tenía otro desenlace. No le conocía.



VII

Sobre la ciudad se desplegaba un cielo azul, sin una mancha. Elena levantó la cabeza, cansada de recuerdos, dichosa por aquella pureza. Era un azul límpido, muy pálido, apenas un reflejo azul en la blancura del sol. El astro, muy bajo ya sobre el horizonte, tenía un resplandor de lámpara de plata. Ardía sin calor en la reverberación de la nieve, en medio del aire helado. Abajo, anchas techumbres, las tejas de la Manutención, las pizarras de las casas del muelle, extendían lienzos blancos orlados de negro. Al otro lado del río, el cuadrado del Campo de Marte desarrollaba una estepa en la que algunos puntos sombríos, coches perdidos, hacían pensar en los trineos rusos desfilando con ruido de campa-

nillas; en tanto que los olmos del muelle de Orsay, empequeñecidos por su alejamiento, alineaban floraciones de finos cristales, erizando sus agujas. En la inmovilidad de aquel mar de hielo, el Sena desenvolvía sus aguas terrosas, entre las márgenes que lo ribeteaban de armiño. Había empezado á helarse el día anterior, y se percibían con claridad, junto á los pilares del puente de los Inválidos, el aplastamiento de los bloques que se hundían bajo los arcos. Después, los puentes se escalonaban, parecidos á blancos encajes, cada vez más delicados, hasta las esplendentes rocas de Cité, que las torres de Nuestra Señora coronaban con sus nevados picos. Otros puntos, á la izquierda, agujereaban la uniforme planicie de los barrios. San Agustín, la Opera, la torre de Santiago, eran como montes en que reinan las nieves eternas; más cerca, los pabellones de las Tullerías y del Louvre, enlazados por nuevos edificios, dibujaban la arista de una cordillera de inmaculadas cumbres. Y también se veían, á la derecha, las blanqueadas cimas de los Inválidos, de San Sulpicio, del Panteón, éste último muy lejos, perfilando sobre el azul un palacio de ensueño, con revestimientos de azulado mármol. Ni una voz subía. Las calles se adivinaban por las grietas grises, y las encrucijadas parecían haberse hundido por un terremoto. Por hileras completas las casas parecían haber desaparecido. Sólo las fachadas vecinas podían ser conocidas por los vidrios de sus ventanas,

Los lienzos de nieve, en seguida, se confundían, se perdían en su lejanía deslumbrante, en un lago cuyas sombras azules prolongaban el azul del cielo. París, inmenso y claro, en la vivacidad de aquella helada, relucían bajo el sol de plata.

Entonces Elena, por última vez, abarcó con una mirada la ciudad impasible, que también le era desconocida. La volvía á hallar, tranquila y como inmortal entre la nieve, tal como la había abandonado, tal como la había visto todos los días por espacio de tres años. Para ella, París estaba lleno de su pasado; con él había muerto Juana. Pero aquel compañero de todos sus días conservaba la serenidad de su gigantesco rostro, sin un enternecimiento, testigo mudo de las risas y de las lágrimas cuya ola parecía arrastrar el Sena. Ella le había creído, según las horas, de una ferocidad de monstruo, de una bondad de coloso. Aquel día, por fin, comprendía que ignoraría siempre á aquella ciudad, indiferente y ancha. París se desenvolvía; era la vida.

Sin embargo, M. Rambaud acabó por tocarla ligeramente para llevársela del cementerio. Su bondadoso rostro se inquietaba. Murmuró:

—No te apenes.

Lo sabía todo, y no podía hallar más que estas palabras. Madame Rambaud le contempló y se quedó apaciguada. Tenía el rostro rosado por el frío, y

los ojos claros. Ya estaba lejos. La existencia empezaba de nuevo.

—Ya no recuerdo si he cerrado la maleta grande,—dijo.

M. Rambaud prometió asegurarse de ello. El tren partía al medio día, y tenían tiempo suficiente. Enarenaban las calles, y el coche no tardaría ni una hora. Pero de repente, el buen señor alzó la voz:

—Estoy seguro de que te has olvidado de las cañas de pescar.

—¡Oh! ¡Por completo!—exclamó Elena, sorprendida y enojada por su falta de memoria.—Hubiéramos debido tomarlas ayer.

Eran unas cañas muy cómodas, cuyo modelo no se vendía en Marsella. Los esposos poseían, cerca del mar, una casita de campo en donde tenían que pasar el verano. M. Rambaud consultó su reloj. Al ir á la estación, podían aún comprar las cañas. Las atarían con los paraguas. Entonces, se la llevó, pisoteando la nieve, echando por medio de las tumbas. El cementerio estaba vacío, y no había más que sus pasos sobre la nieve. Juana, muerta, quedaba sola en frente de París, para siempre.

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y DE LA NOVELA

PUBLICACIONES DE LA CASA

Ouida

Bebé
La Princesa Xenia
El Correo de la Reina
La Conspiradora
La Condesa de Vassal's
El Secreto de Idalia
La Rodrigona
Los Malhechores

P. Scarrón

La Novela Cómica (Dos tomos)

A. Conan Doyle

Aventuras de Sherlock Holmes
Hazanas de Sherlock Holmes
Memorias de Sherlock Holmes
Un crimen misterioso
Aventuras de un tesoro
Un escándalo en Bohemia
Raffles

Carlota M. de Braemé

Dora
Leonor
Azucena

Conscience

La Huérfana y El Recluta

Dunois

Epistolario ó
El Secretario Universal

Cuentos de Boccaccio (2 tomos)

E. Zola

Teresa Raquin
Magdalena Féral
Los misterios de Marsella
La Taberna (2 tomos)
El Mandato de una Muerta
La Confesión de Claudio
Una página de amor (2 tomos)
La fortuna de los Rougon (2 t.)

Armando del Real

La Cocinera Moderna

Dr. F. A. Cook

Descubrimiento del Polo Norte

POESÍAS

Heine

Hojas Poéticas

Manuel M. Flores

Pasionarias

Muntaner

Cantos

Carlos Corral

Bohemias

